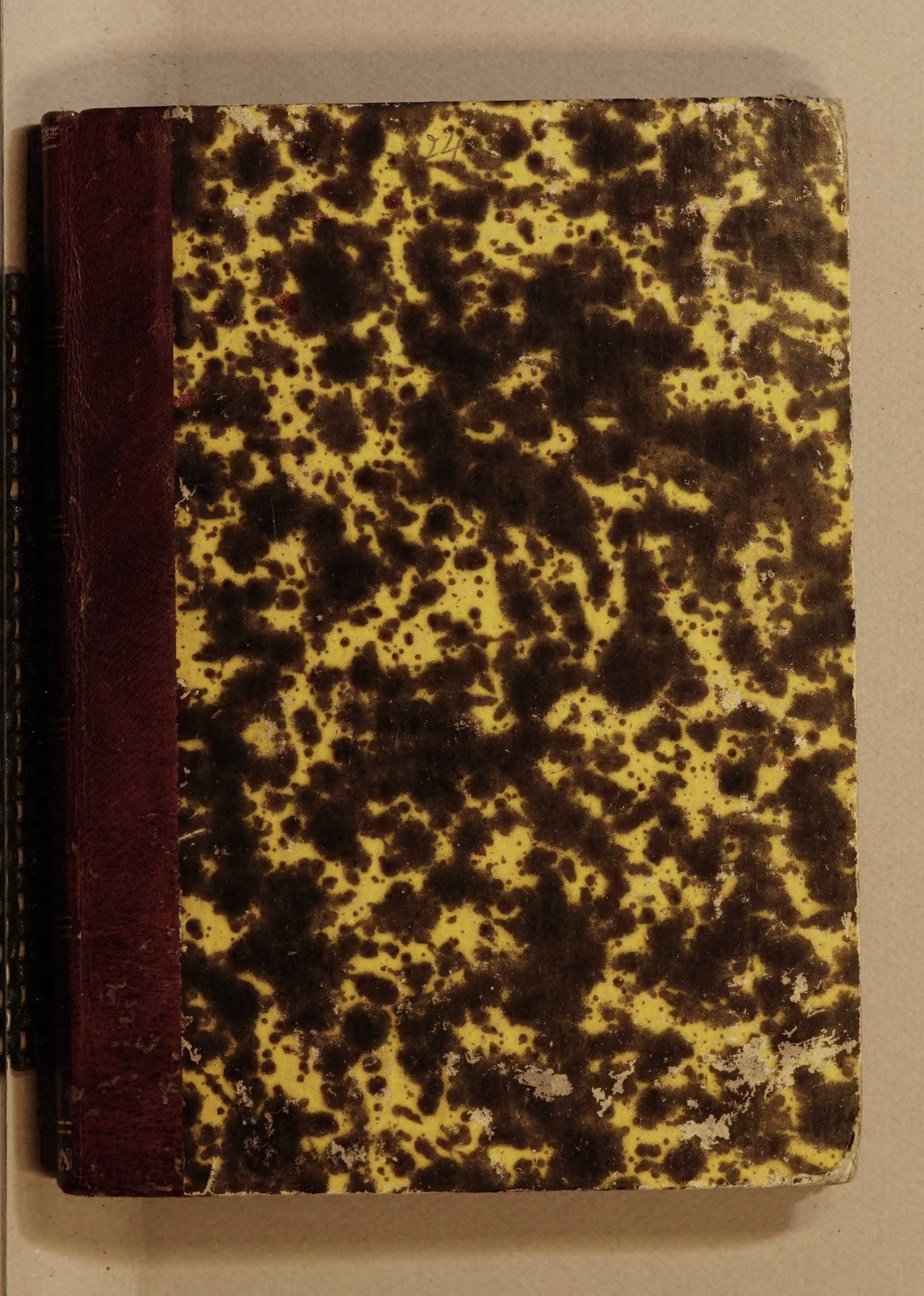
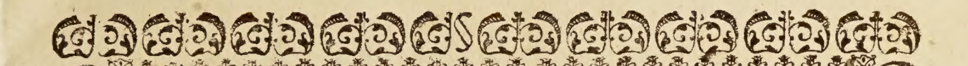
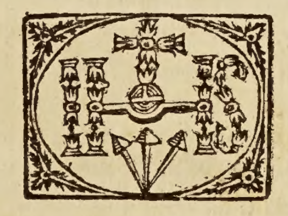



BIBLIOTECA
PARA OBRAR
SABER
GENARO GARCIA.



VIDA.
Y HEROYCAS VIRTUDES DEL V^{BLE}. PADRE
PEDRO DE VELASCO,
Provincial, que fué, de la Compañia de JESUS, de Nueva-España.

POR EL P. FRANCISCO XAVIER de Faría de la misma Compañia de JESUS.



CON LICENCIA EN MEXICO:
En la Imprenta de Doña Maria de Ribera. En el Empedradillo. Año de 1753.

1754

PARECER DEL P. FRANCISCO XAVIER *Lazcano, Religioſo de la Compañia de JESUS.*

Exc^mo^. Señor.

GUſtoſamente obediente al ſuperior Decreto de V. Exc. hè leído la Vida del V. P. Pedro de Velaſco, Varon verdaderamente excelente, y de Virtudes tan heroycas, que nos podemos juſtamente quexar de la perezoſa avaricia del olvido, porque nos hà ocultado por un Siglo entero eſte eſcondido theſoro apreciable, ſobre las immenſas riquezas, que depoſita en ſus entrañas nueſtra Septentrional America. Es verdad, que el màs Sabio de los Reyes Salomon, para erigir ſuntuoſo coloſſo â la gloria de Dios, colocò bajo de tierra unas piedras grandes, y precioſiſſimas: *Præcepitque Rex, ut tollerent lapides grandes, lapides pretioſos in fundamentum templi.* 3. Reg. 5. 17. Venera eſta Provincia de Nueva-Eſpaña por ſu primera piedra â el V. P. Pedro Sanchez, deſtinado para fundar â la mayor gloria de Dios la concertada maquina de la Mexicana Cõpañia, por el Glorioſiſſimo S. Franciſco de Borja; y ſe vè preciſada la miſma Provincia â reſpectar por ſu ſegunda piedra al P. Pedro de Velaſco, piedra grande por el eſplendor de una ſuperior gerarquica nobleza, y piedra precioſiſſima por el brillante conſtante reſplandor de ſu diſtinguida ſublime Santidad: prodigio, en que triumphante la Gracia avergonzò â la naturaleza,

la

la que jamàs dà â luz la preciosidad, sino es engazandola con la pequeñez: lo que corrigiò el Todo-Poderoso en este insigne, y calificado Hombre de un Siglo, engastando la grandeza de su esclarecida prosapia con los mas brillantes resaltes de una â todas luces inestimable religiosa heroycidad. Y yà se vè, que nada es capaz de perjudicar, quando tan maravillosamente exalta â la santa Fee, y buenas costumbres, y acredita las regalias de su Magestad, la Historia de tan edificativas hazañas. Por lo que puede V. Exc. siendo servido, conceder la licencia, que se le suplica. Este es mi parecer, *salvo meliore*, &c. Colegio de S. Pedro, y S. Pablo, y Julio 14. de 1753.

Exc^{mo}. Señor.

B. L. M. de V. Exc. su mas humilde Siervo, y Capellan.

JHS

Francisco Xavier Lazcano.

APROBACION DEL P. FRANCISCO Zevallos, de la Compañia de JESVS.

Señor Proviſo.

DE orden de V. S. he viſto con no pequeño jubilo la Vida del V. P. Pedro de Velaſco, honor de eſta Imperial, Nobiliſſima Ciudad: y piedra, que por ſu ineſtimable valor merece engaſtarse en la Corona de la grande caſſa, que le diò cuna, y que él no ſolo baſtaba para coronar ſu iluſtre aſcendencia, ſino tambien â mi Sagrada Religion, que lo cuenta por uno de ſus grandes Hijos. Pues unió en ſu Perſona la brillantèz de todas las piedras precioſas. La firmeza de ſu fé, y conſtancia heroyca formaron en èl un Diamante, à quien dieron fondos los de ſu profunda humildad. En los verdores de ſu eſperanza copiò la belleza de la Eſmeralda. Los ardores de ſu charidad encendieron en ſu pecho un Rubi muy flammante. El agregado de las otras virtudes lo tranformò en un Zaphyro, que en ſus brillos retrata las Eſtrellas todas del Firmamento. Quizà por eſſo eſta Vida yacia por tantos años en la obſcura noche del olvido; pero yà es tiempo, que ſalga â la luz publica: para que admire el Mundo todo la heroycidad, que otros por dicha veneraron entre paredes domeſticas.

Por lo qual, y no contener coſa que pueda impedir ſu impreſſion, puede V.S. ſiendo ſervido conceder la licencia, que ſe pide. Aſſi lo ſiento *ſalvo meliori*, &c. Colegio de S. Pedro, y S. Pablo, y Agoſto 21. de 1753.

Señor Proviſor.
B. L. M. de V.S. ſu menor Servidor, y Capellan

✝
JHS
Franciſco Zevallos.

Li-

Licencia del Superior Govierno.

EL Exc^{mo} Sr. D. Juan Francisco de Guemes, y Horcasitas Conde de Rebilla Gigedo, Gentil Hombre con entrada de la Camara de su Mageſtad, Theniente General de los Reales Exercitos, Virrey, Gobernador, Capitan General de de eſta Nueva-Eſpaña, y Preſidente de la Real Audiencia, y Chancilleria, que en ella reſide, &c. Concedió ſu licencia para la impreſſion de eſta Vida, viſto el Parecer del R. P. Franciſco Xavier Lazcano, de la Sagrada Compañia de JESUS. Como conſta por ſu Decreto de catorze de Agoſto de mil ſetecientos y cincuenta y tres. Rubricado de ſu Exc.

Licencia del Ordinario.

EL Sr. Dr. D. Francisco Xavier Gomez de Cervantes, Abogado de esta Real Audiencia, Cathedratico Jubilado de Prima de Canones en la Real Universidad de esta Corte, Prebendado de esta Santa Iglesia Metropolitana, Consultor del Santo Oficio de la Inquisicion de este Reyno, Juez, Provisor, y Vicario General de este Arzobispado, &c. Concedio su licencia para la impression de esta Vida, vista la Aprobacion del R. P. Joseph Zevallos, de la Sagrada Compañia de Jesus. Como consta por Auto de catorze de Agosto de mil setecientos y cincuenta y tres. Rubricado de su Señoria.

Licencia de la Religion.

JUAN ANTONIO BALTHAZAR de la Compañia de Jesvs, Provincial de esta Provincia de Nueva-España.

Por comission que para ello tengo de N. M. R. P. Ignacio Visconti, Preposito General de la misma Compañia, doy licencia para que se imprima un Libro, cuyo titulo es: Vida, y heroycas virtudes del Ven. Padre Pedro de Velasco, Provincial, que fuè de la Compañia de JESUS, escrita por el Padre Francisco Xavier Faria de nuestra Compañia, el qual ha sido examinado, y aprobado por Personas doctas, y graves de la misma Compañia. En testimonio de lo qual di esta firmada de mi nombre, y del de mi Secretario, sellada con el sello de mi oficio, en esta nuestra Cassa Professa de Mexico â 25. dias del mes de Agosto de 1753.

✠
IHS
Juan Antonio Balthazar.

✠
IHS
Mariano Gonzalez
Secretario.

CA-

Calidad de la Obra.

POR la loable, y ſiempre util coſtumbre, con que nueſtra Compañia de JESUS procura recoger en un breve eſcrito los religioſos exemplos de ſus difuntos, que imiten los vivos, y por la antigua aclamacion, con que generalmente eſtos Reynos han venerado en el P. Pedro de Velaſco, Varon de excelente virtud, y heroyca religion, ſe conduxeron de la Provincia por orden de los Superiores de ella copioſas, y graves noticias de caſos, y hechos particulares, que iluſtran, y califican la opinion de la Santidad de tan Religioſo Varon, para gloria de Dios, y ornamento de la Compañia. Entregaronſe los materiales para que ſe fabricaſe de ellos una Epiſtola edificatoria al Religioſo P. Balthaſſar Lopez, Maeſtro, que fue, en el Colegio de Mexico, primero de Rhetorica, deſpues de Philoſophia, de Eſcriptura, de Theologia Moral, y â la ſazon era Secretario, y Compañero del P. Provincial Andrès de Rada: en cuyo tiempo ſe celebrò la Congregacion Provincial en que fuè electo primer Procurador para Roma el P. Balthaſſar Lopez, á quien deſde el Mar Occeano, que ſulcaba, yá en derrota, y proſequcion de ſu oficio llevò nueſtro Señor al Puerto de la Bienaventuranza, como de ſu exemplariſſima religion eſperamos. Con la preciſa ocupacion del deſpacho del P. Balthaſſar Lopez, que havia de embarcarſe en la Flota ſiguiente para Eſpaña, y no ſer tan facilmente apreſurable la relacion, que ſe diſponia de las virtudes del P. Pedro de Velaſ-

¶ co,

ęo, me entregaron los Superiores los materiales, cometiendo â mi cuidado ſu diſpoſicion. Forxè de ellos la Epiſtola edificatoria, no tan breve como quieren las Leyes Epiſtolares por no poderſe abarcar en tan eſtrechos limites, exemplos tan grandes. Remitiòſe al P. Marcos de Irala, Prefecto entonces de los Eſtudios mayores de Mexico, y actual Rector del Colegio de S. Ildefonſo de la Puebla, para que la ciñeſſe â mas breves terminos. Fuè neceſſario para ceñirla, cercenarla de muchos caſos. Mas ni una, ni otra ha ſalido â luz haſta el preſente año en que eſcribo eſte quaderno, que es el de 1653. â los quatro años del tranſito â la eternidad del P. Pedro de Velaſco. En eſte tiempo he tenido ocaſion baſtante para averiguar con rigoroſo examen lo que refiero, y parece haver diſpueſto Dios mi venida â eſtas Miſſiones, alcanzando eſta dicha quando menos la dictaban miniſterios del Pulpito, para que hiſtoriaſe como teſtigo de viſta, los empleos Apoſtolicos de ſu Siervo; porque inclinandome â las Miſſiones, que pertenecen á la Nueva-Vizcaya, me ſeñalaron los Superiores eſtas de Cinaloa. Y ſiendo aſſignado en Mexico para otra Miſſion, juzgaron los Superiores de acá por mas conveniente encargarme la Sierra de Chicoráto, de que fuè primer Apoſtol el P. Pedro de Velaſco, en donde muchas vezes con lagrimas de mis ojos beſo la tierra, que piſaron las deſnudas plantas de un Siervo de Dios tan Apoſtolico, y las paredes de la Igleſia, que hicieron ſus proprias manos. Aqui eſcribo de nuevo ſu Vida, y lo que refieren de ſus Miſſiones, y ſan-

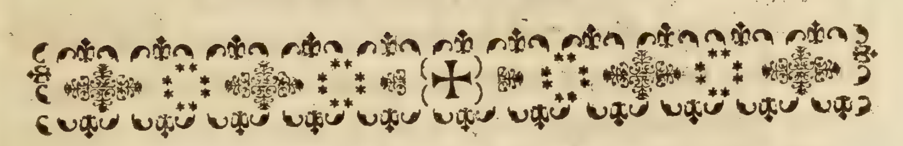
ſantos trabajos en eſte Apoſtolico miniſterio, lo he viſto, y oìdo de los miſmos Indios, que haſta hoy le llaman ſu Padre. Tambien hablo de experiencia propria en lo que toca al oficio de Maeſtro de Novicios, y trabajos, que padeció eſta Provincia en ſu Provincialato, como Novicio, que fui ſuyo, y deſpues ſu aſſiſtente, continuo â la diſpoſicion, y deſpacho de muchos, y graves negocios. Ni ſola es mi experiencia la que califica lo que refiero, porque omitiendo muchos caſos de que por la diſtancia de Lugares, y accidentes de tiempos, no he podido conſeguir la plena noticia, que deſſeaba, por lo quál no los eſcribo en eſta Relacion. Todo lo demás ſon depoſiciones de perſonas mayores de toda excepcion, y en mi Religion calificadas, y Confeſſores ſuyos: y porque algunos ſon yá difuntos, Varones en la Provincia graves, expreſſarè la calidad de ſus perſonas quando la ocaſion nos la ofreciere. Pone Dios en algunos particulares devocion â ſus Siervos, para que ſoliciten ſus veneraciones: la devocion con que venero, y venerarè ſiempre las excelentes virtudes del P. Pedro de Velaſco ha ſido eſtimulo de mi cuidado para no perdonar â deſvelo que pudiera conducir â la cierta noticia de ſus religioſos exemplos, para que conocidos ſe imiten. Dios ſea en ſus Siervos glorificado; y mi Religion, y Provincia ſean en ſus Hijos engrandecidas.

INDICE

de los paragrafos, que contiene este Libro

§.

§.



VIDA, Y VIRTUDES Heroycas de el Venerable Padre Pedro de Velaſco, Provincial, que fuè de la Compañia de Jesvs de Nueva-Eſpaña.

§. I.

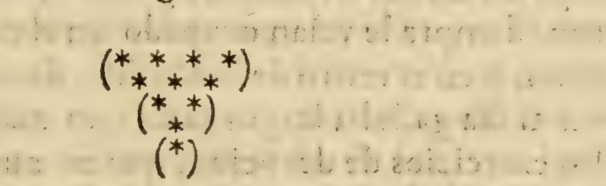
Nacimiento, y educacion del Padre Pedro de Velaſco.

NACIÓ EL P. PEDRO de Velaſco el año de 1581. en la Imperial Ciudad de Mexico, Metropoli de los Reynos de Nueva-Eſpaña; ſu Padre fuè D. Diego Fernandez de Velaſco, Cavallero del Habito de Santiago, rama generoſa del nobiliſſimo tronco de los Señores Condeſtables de Caſtilla, Nieto del Exc^mo^. Condeſtable D. Pedro Fernandez de Velaſco,

lasco, de cuya esclarecida familia gozaron por muchos años su feliz, y acertado govierno estos Reynos. Tuvo preeminentes oficios de Justicia, y Guerra D. Diego Fernandez de Velasco, fué Alguacil Mayor de Corte en la Ciudad de Mexico, Theniente de General, y Governador en la Florida, Theniente de General en el Reyno de Nueva-Galicia, y Theniente de Capitan General, y Governador por su Magestad en el Reyno de Nueva-Vizcaya. Su Madre fué Doña Maria Melendez de Avilez, hija del valeroso Marte Español el Comendador Pedro Melendez de Avilez, tambien del Habito de Santiago, adelantado de la Florida, cuyos raros hechos celebran las Historias; Capitan de cuyo esforzado valor hizo grandes estimaciones el Sr. REY PHELIPE II. llevandole por su Consejero en la jornada, que su Magestad hizo para desposarse con la Señora Reyna Doña Maria en Inglaterra, y â quien se debiò por su pericia nautica la prevenida diligencia, con que saltando con su Magestad en un pequeño navichuelo para tomar tierra en Laredo, le librò de la tempestad, y borrasca, que poco despues sobrevino, con tanto riesgo, y peligro de la Armada, ya â la buelta de España. Fióle muy arduas, y graves empressas, de que salió siempre gloriosamente, y entre ellas el haver limpiado de Francezes con mucha sangre de Hereges Hugonotes la Isla de la Florida, que por orden de la Reyna Madre de Francia tenian ocupada. Destetaron â nuestro D. Pedro Fernandez de Velasco sus piadosos Padres con un

cor-

cordialissimo amor á la Reyna del Cielo Señora nuestra, y devocion â su Santo Rosario, que no dexó de rezar en toda su vida. Desde sus infancias se abstuvo, y retirò de los pueriles juegos. De aquella edad en los Templos era muy frequente â los Predicadores; recogia la familia, y gente de su casa, y en una silla por Pulpito les repetia el Sermon, que en la Iglesia havia oído, con tanta gracia, que llegando â noticia de los Señores Marqueses de Villa Manrique, Vi-Reyes entonces de la Nueva-España, y con quienes sus Padres tenian grande aceptacion, y privanza. Llamaban â nuestro D. Pedro â Palacio, y en una silla con sobre mesa por Pulpito, hacian, que les predicasse el Sermon; oíanle los Señores Vi-Reyes con sumo gusto, admirando en aquella edad tierna, no solo la presteza, y facilidad de su memoria, sino tambien la expedicion, y viveza en el decir, con tal devocion, que la ponia en tan ilustres oyentes, manifestandose ya desde entonces, quan agradable le havia de ser á Dios en lo restante de su vida la purissima alma de aquel niño, que haviendo aprendido con brevedad â leer, y escribir, y saliendo de la Escuela con muy limpia, y garvosa forma de letra, diò principio á sus estudios en nuestro Colegio de Mexico.



§. II.

Sus eſtudios de Latinidad, y Philoſophia.

DESDE LUEGO SE ADELANTÒ D. PEDRO con progreſſos tan apreſurados en los rudimentos de la Grammatica, que ſus Maeſtros le calificaron por uno de los mas vivos, y agudos ingenios de quantos curſaban nueſtras Eſcuelas. Con el amor â la ſabiduria juntaba un teſón, y perſeverancia tan grande, que el miſmo dia, que enterraron à ſu Madre, y quando ſus deudos, hermanos, y familia lamentaban ſu perdida, èl por no perder aquel dia la leccion, ſe fuè cargado de los lutos, que arraſtraba á nueſtras Eſcuelas. Nunca le notaron en ſus Eſtudios, accion, palabra, ni ademàn, que no fueſſe muy ſanto; frequentaba á menudo el Santiſſimo Sacramento de la Euchariſtia en nueſtro Colegio Real de S. Ildefonſo, donde eſtudió Philoſophia, con ſer la ordinaria comunicacion de los compañeros, y Colegiales, que alli ſe crian, y el vacar al eſtudio con las recreaciones, expueſto lance para deſmandar el cuidado en una palabra ſiquiera menos neceſſaria, y ocioſa; nunca ſe la notaron, ſiempre le veìan ocupado en el eſtudio de ſus papeles, ô en el retiro de la Capilla, donde muchas veces al dia gaſtaba largos ratos con nueſtro Señor. En los exercicios de devocion, que en nueſtro Seminario ſe acoſtumbran, era el primero, q con ſu puntualidad,

y

y exemplo edificaba, y alentaba â los otros. Lograba las ocasiones, que se le ofrecian de humillacion, y en una de grande publicidad, en que le diò una bofetada un mancebo, puesto de rodillas D. Pedro, y ofreciendole la otra mexilla, le dixo: dè Vmd. otra, que assi me lo enseña el Evangelio. Esta, y no otra, fué la satisfaccion, que solicitò en lo mas florido de su juventud, â vista de sus nobilissimos deudos, y en concurso de tanta frequencia de Colegiales. Premióle Dios tan heroyca mansedumbre, poniendo en su rostro una venerabilidad, y agrado tan celestial, que nadie le miró por el discurso de su vida â la cara, que no le moviesse â devocion, y respecto, ô no quedasse en sus aflicciones, y desconsuelos, alentado, y alegre. Aprovechò con tan lucidas ventajas en latinidad, letras humanas, Rhetorica, y Philosophia, que fue la emulacion de sus condiscipulos, y aun el cuidado de sus Maestros, la viveza grande, y presteza de su entendimiento, que fue clarissimo. Levantaba question de cada termino, y controversia de cada palabra, con tantos argumentos, y replicas, que parecia alimentaba su natural con el calor, y fuego de un perpetuo arguir. Llamabanle la contienda de los patios; porque donde estaba D. Pedro era como necessaria ilacion el haver dificultades, que conferir, y controversias, que pelear. Coronò su Philosophia el grado de Bachiller en Artes (que en algunas Universidades de Europa llaman de Maestro) Acto de los mas lucidos, y de mayor ostentacion, que viò la Real Univer-

verſidad de Mexico, no ſolo por el aparato, y pompa con que le feſtejaron ſus parientes, y deudos, que ſiendo lo mejor, y mas noble del Reyno, ſe dexa entender, quan magnifico ſería, ſino tambien por el deſempeño con que en el rigoroſo examen, que en ſemejantes actos tiene eſtablecido la Real Univerſidad, ſatisfizo â la expectacion con que ganando aclamaciones de Maeſtro en la facultad, le deſſeaban ya laureado de mas ſagradas infulas, para que lograſſe la Univerſidad en ſu alumno el lucimiento, que de ſus Cathedras eſperaban.

§. III.

Entra en la Compañia de Jesvs.

DEſde que le rayó la luz de la razon â D. Pedro, temiò, y amò tan de veras â Dios, como èl miſmo depuſo en ſu confeſſion ultima, que todo ſu deſſeo era aſpirar á la Religion. Arrebatòle el corazon deſde luego la Compañia de JESUS; ſentia detenerſe violentamente de ſu pequeña edad en el ſiglo; y quando graduado de Bachiller en Artes les parecia á ſus deudos haver llegado yà la ſazon en que el mundo empezara à brindarle ſus vanidades, empezó D. Pedro à hollar el dorado polvo de ſus falaces glorias, pueſtos, y riquezas, que le aguardaban, hechandoſe à los pies del Provincial de la Compañia de JESUS, para que le reciviesſe en ella. Supieron ſus deudos la pretenſion,

y con tanto deſagrado la reſiſtieron, que juzgaron los Superiores por conveniente, no recivirle en la Compañia, ſin que primero alcanzaſſe el beneplacito y licencia del Exc[mo]. Conde de Monterrey, en eſta ſazon Vi-Rey de la Nueva-Eſpaña, de quien era D. Pedro muy cercano pariente; y de quien ſe hallaban no poco embarazados ſus ſantos intentos. Mas no pudiendo recabar de ſus deudos la licencia que deſſeaba, negociò con Dios el deſpacho por un medio bien ſingular. Vivia por aquellos tiempos en Santa Fé, un Pueblo cerca de Mexico, aquel prodigioſo Varon el Ven. Gregorio Lopez, de cuya admirable vida eſtà lleno el mundo, y le han merecido las letras remiſſoriales de la Santa Sede-Apoſtolica para ſu Canonizacion. Eſte Siervo de Dios admirable. eſtaba yà cerca de ir à gozar la Gloria, que le tenia tan afianzada ſu Santa vida; y era vos publica de los que iban à viſirarle, que quanto pedian les alcanzaſſe de Dios para ſervicio de ſu Divina Mageſtad, tanto conſeguian por ſus oraciones. Quiſo valerſe de ellas D. Pedro para conſeguir el deſſeado, y feliz eſtado de la Religion, y ſin dár parte á ſus parientes, ſin acobardarle ſu delicadeza, ni embarazarle ſu calidad, caminó à pie cerca de tres leguas, que hay deſde la Ciudad de Mexico â Santa Fé, en donde viſitò al Ven. Gregorio Lopez, y le pidiò le alcanzaſſe de nueſtro Señor lo reciviessen en la Compañia de Jesus: y de tal manera lo conſiguió, que deſandando el miſmo camino à pie, hazaña de no poca fineſa, y eſtimacion en un niño, que nun-

ca

ca havia ſalido de Mexico, tierno, y delicado, de tanta calidad, y en tierras donde aun los mas ruſticos, y plebeyos caminan ſiempre à caballo. Luego, que llegò à la Ciudad, hallò de ſu parte la voluntad de ſus deudos determinados á no eſtorvarle, y la de los Superiores à recivirle, que con la licencia del Señor Vi-Rey fue recivido en la Compañia de JESUS por el P. Eſtevan Paez, Provincial, que era de eſta Provincia de Nueva-Eſpaña, á los quinze años cumplidos de ſu edad, dia del Glorioſo Santo Thomàs de Aquino, feliz prognoſtico del magiſterio, y ſabiduria, que alcanzò de ſu doctrina Angelica.

§. IV.

Su Noviciado.

LUego que entró en el Noviciado olvidò de modo nueſtro Hermano Pedro todo lo que es carne, y ſangre, que parecia un hombre ſin genealogia de mundo, y viſtiendoſe de la librea de Chriſto para ſeguirle, toda ſu felicidad era el abatimiento, y deſprecio continuo de ſu perſona. Salia por las calles publicas de la Ciudad de la Puebla, donde eſtaba entonces el Noviciado, con una ſotanilla â media pierna, rota, y remendada, y una gorrilla raìda por ſombrero haſta la pila de la plaza publica de la Ciudad, de donde llevaba en ſus hombros el agua, que continuamente acarreaba para la obra del Colegio; con el miſmo trage, y por las miſmas calles publicas traia patentes, como quien triumpha del mundo, las cerdas

de

de que ſe texian los cilicios. Iba â nueſtro Colegio Seminario de S. Geronymo, y en una eſcudilla vieja, y quebrada, que llaman cajetillo en eſtas Indias, entrando en el Refectorio pedia de rodillas â los Colegiales las ſobras de ſus platos: de unos oía vilipendios, tratandole de hypocrita, otros le baldonaban con mas peſada irricion, haſta que la manſedumbre del Hermano Pedro, y ſu perſeverancia, les puſo tanta admiracion, y reſpecto, que yà todos deſſeaban regalarle, y ſervirle. Reconociò el humilde Novicio la mudanza, y aſſi mudò de eſtacion; llegaba á las Porterias de las Religiones à medio dia, y entre los demás pobres mendigos, él tambien pedia por amor de Dios de comer. Reconocieron los Religioſos el motivo de aquel ſanto exercicio, por lo qual le regalaban con amor, y liberalidad: mas como el H. Pedro no buſcaba regalos, ſino abatimiento, y mortificacion, deſiſtiò de eſte genero de exercicio, dedicandoſe á ſervir en la cozina de caſa. Era el eſtropajo de las ollas, fregabalas con una aplicacion tan puntual, como ſi ſolo huviera nacido para eſte abatimiento: inſtò, y recavò de los Superiores el cuidar èl ſolo de la limpieza, y aſſeo del lugar comun, por eſcuſarles eſta mortificacion á ſus Connovicios. Haſta hoy admiran los que lo fueron del H. Pedro de Velaſco, la exaccion, y ſolicitud con que ſe eſmeraba en un miniſterio à los ojos del mundo tan deſapacible; alcanzò por oficio proprio el acudir con un guacal, como los demàs peones de la obra, á dàr materiales â los alarifes, con tanta anſia, que el

B ma-

mayor agazajo, que los Superiores le hacian, era desſcuidar de èl en eſte exercicio. Su oracion deſde entonces mereciò la luz grande que Dios le comunicó para conocer ſuceſſos futuros, eſpiritus, y corazones, como irá manifeſtando el hilo de eſta narracion por el diſcurſo de toda ſu vida. Tenian algunos Novicios fervoroſos, trato de compañia para aviſarſe los unos â los otros de las faltas, para corregirlas, y de lo que fueſſe mas perfeccion para exercitarlo. Eſte genero de compañia tenia el H. Pedro de Velaſco con el H. Andrès de Valencia (oraculo en eſtos tiempos de nueſtra Provincia) y el H. Andrès tenia la miſma compañia con otro Novicio, al parecer de muy ſolidas obſervancias. Dixole un dia nueſtro H. Pedro de Velaſco al H. Andrès de Valencia ſu Compañero: Hermano Andrès, no trate mucho al Hermano fulano; y como le preguntaſſe la cauſa, reſpondiò: porque á eſſe Hermano no le quiere Dios para la Compañia. Reſpueſta, que cauſó temor en ſu Compañero por el concepto en que eſtaban de que el H. Pedro trataba familiarmente con nueſtro Señor. Y ſucedió aſſi: que de alli â algunos meſes deſpidieron al Novicio de quien havia dicho no quererle Dios para la Compañia. Sus penitencias fueron ſiempre ſin remiſſion; diſciplinabaſſe cada dia haſta derramar ſangre; traìa continuamente cilicio, ayunaba quaſi todos los dias, y los mas de la ſemana dormia en las duras, y deſnudas tablas. Todo eſto con exacta obſervancia, ſin haver quebrantado una regla tan ſola â ſabiendas, le grangeó

geò entre los nueſtros el titulo de Santo, con que le llamaban, y conſervò lo reſtante de ſu vida.

§. V.

Sus Eſtudios de Theologia.

HAviendo hecho ſus votos de Religion, proſiguiò en nueſtro Colegio de Mexico los eſtudios de Theologia. Con ſus exemplos, y ſus eſtudios ſe hallò la caſa nuevamente encendida en emulacion, y en eſpiritu. Como el H. Pedro de Velaſco era de ingenio vivo, que en todo hallaba que replicar, y arguir, no perdia punto, que no le aprovechaſſe. Llevabale el natural â eſtas contiendas, con tanta propenſion, que durmiendo, y entre ſueños, arguía con tanta eficacia como diſpierto, ſin perder en eſtado, que tanto ſe barajan las eſpecies, el hilo, y forma de los argumentos. En ellos fué ſiempre muy formal, y preciſo; jamás arguyó, que no fueſſe apretando la agudeza de ſus replicas; ſe hazia temer aun de los muy Maeſtros; nunca dexò de adelantar con excelente forma ſus replicas, ni ceſſó de ellas, menos que atajado de los Maeſtros, que le mandaban callar, lo que hacia con una obediencia prontiſſima, como ſi nò huvieſſe arguìdo. Muchas vezes le mortificaron en las replicas ſus Maeſtros, y nunca moſtrò por ello el deſabrimiento mas leve. Su eſtudio fuè tan tenaz, que acudiendo al de los papeles, que eſcribía en las aulas, no dexaba de

las manos á ſu devoto Patron Santo Thomàs de Aquino; ſi arguìa era con razon de Santo Thomás; ſi reſpondia era con doctrina de Santo Thomás; ſi predicaba en el Refectorio era con authoridad de Sto. Thomás. Sumò en eſte tiempo con mucha brevedad, y excelencia las quatro partes de Santo Thomás, con inteligencia tan grande, que entrañado, y embebido todo en la doctrina del Santo Doctor, juzgaban unos, que ſabìa â todo Santo Thomás de memoria; otros, que Dios le havia infundido particular ciencia de Santo Thomás. Lo cierto es, que el Santo Doctor correſpondia muy bien â la devocion de ſu Diſcipulo, y le ayudaba en todas ocaſiones con ſu favor. Saliò tan conſumado eſtudiante, que haviendo tenido un acto literario con el P. Dr. Pedro de Hortigoza, que leía la Cathedra de Prima en nueſtro Colegio de Mexico, Sapientiſſimo Maeſtro de Theologia en eſtos Reynos, y Decano de eſta Real Univerſidad, dixo en acabando: el H. Pedro de Velaſco puede leer Theologia ahora como yo. Lo miſmo dixo uno de los Religioſos graves, que aſſiſtieron al acto; y de hecho la leyó el H. Pedro de Velaſco â ſus miſmos Condiſcipulos, ſupliendo un poco de tiempo la Cathedra de ſu Maeſtro el P. Dr. Pedro de Hortigoza, el qual dexando la Cathedra de Theologia, decia muchas vezes, que eſtaba muy conſolado de que el H. Pedro de Velaſco quedaba en ſu lugar. Haviendoſe de partir para el Perù el P. Diego de Santi-Eſtevan, que havia ſuccedido en la Cathedra al P. Dr. Pedro de Hor-

Hortigoza, dixo: que eſtando hay el P. Pedro de Velaſco (era yá Sacerdote) ni èl, ni nadie hacia falta para las letras. Fuè el docto P. Guillermo de los Rios grande apreciador de los aventajados talentos del H. Pedro de Velaſco, y decia de èl repetidamente haver ſido el mayor ingenio, como el mayor eſtudiante, que havian tenido nueſtros eſtudios deſde que ſe fundaron.

§. VI.

Su obſervancia en los eſtudios.

NO le deſvanecieron aplauſos de hombres tan gigantes en la Sabiduria, ni tuvo de sì concepto, que le vanagloriaſe. Teniaſe por el infimo de todos, y â todos acudia dificultando, para que todos le enſeñaſſen lo miſmo que èl podia enſeñar â los otros. Havia laſtrado bien con el ſeguro de la humildad ſus eſtudios; y con ellos diò principio en Mexico â las humillaciones publicas, con que en el Noviciado ſe exercitaba: iba en cuerpo con una ſotana, la peor de caſa, â nueſtro Colegio Real de S. Ildefonſo, donde ſe havia criado, y donde aun permanecian ſus Concolegas, y Condiſcipulos; y con un cajetillo deſaliñado les pedia de rodillas en el Refectorio las ſobras de la comida. A unos cauſaba riſa la nueva demanda de el Hermano Pedro; â otros ſacaba lagrimas de devocion, y ternura, viendo poſtrado â ſus pies, y en forma de pobre mendigo, â quien tres años antes los havia

via honrado con ſu compañia, y con tanta abundancia, y regalo de ſu perſona, y ahora, yá tan hollado, y abatido por Dios; los efectos de eſte abatimiento era venerarle todos, y aclamarle por Sto. Entendiòlo el humilde H. y huyendo de eſtas honras, buſcaba nuevos caminos para ſu deſprecio; pareciòle, que le tendria, no ſiendo conocido, en las Porterias de las Religiones: fueſſe un dia â la del Imperial Convento de Sto. Domingo, que en ella ſe repartia la comida á los pobres, pidiòla de limoſna al Religioſo Portero, hizole rezar, como â los demàs, las quatro Oraciones; notando la modeſtia, devocion, y compoſtura, con que las rezaba, y la ſantidad, que ſe traſlucia por ſu roſtro, diòle limoſna, comiòla el H. Pedro en compañia del pobre mas aſqueroſo, y llagado: diòle las gracias â ſu benefactor, el qual le mandó volvieſſe otro dia para ayudarle. Deſſeoſo de exercitarſe en obra de tanta charidad, y humildad, volvió el dia ſiguiente nueſtro eſtudiante, ordenòle el Religioſo Portero, que mientras èl iba â la cozina, rezaſſe con los pobres las Oraciones. Vióſe el H. Pedro en ſu centro, recogiólos, y empezó á rezar de rodillas con ellos: deſpues de un rato volvió ſu limoſnero con el P. Prior de aquella ſanta Caſa, el qual informado de lo que el dia antecedente havia ſucedido, le aguardaba con beneplacito del P. Rector del Colegio, para que le obedecieſſe en quanto èl ordenaſſe. En viendole el P. Prior, y conociendole muy bien, por la comunicacion de ſus deudos, ſe enterneciò, y abrazandole le dixo: Hermano, orden tengo de ſu

Rector, para que me obedesca, y haga lo que Yo le ordenare. Llevóle â ſu celda, hizóle poner una meſa con mucho regalo: aqui fué la pena, y mortificacion del H. Pedro, viendo quan al contrario de lo que èl pretendia le ſalia la humillacion; y concluyendo brevemente con la comida, congojado, y afligido por verſe conocido, eſtimado, y honrado de perſona tan grave, le pidiò licencia para volverſe â ſu Colegio. Reconociò el P. Prior la mortificacion,y pena del H. Pedro; y aſſi le concediò la licencia que le pedia, quedando grandemente edificado de la virtud de aquel Angel, que tal le pareciò en todo. Deſde entonces ſe ahorró nueſtro Eſtudiante de eſte exercicio, aplicandoſe â cuidar de los enfermos en el Colegio. Hacia lugar entre ſus eſtudios â una rara ſolicitud, con que procuraba el alivio, limpieza,y regalo de los que adolecian, y enfermaban; èl miſmo les barria los apoſentos, les daba de comer, les aderezaba las camas, les purificaba los vaſos inmundos, les aplicaba los medicamentos, de dia les aſſiſtia, de noche los velaba, era la recreacion de los enfermos, todos le amaban, no ſolo por ſu Religion, que ſiempre la virtud es amable, ſino por la obligacion en que â todos les ponia ſu charidad; eſta ſe eſtendia tambien â los criados de Caſa, y de la miſma manera, que de ſus Hermanos, cuidaba de ellos quando adolecian. El mal contagioſo de que cayó gravemente herido un eſclavo de nueſtro Colegio, puſo horror à los que le curaban, temiendo el peligro para deſampararle. Solo el

H.

H. Pedro ſe tuvo por obligado â cuidar de èl, exponiendo á evidentes rieſgos ſu vida; no le dexaba un ſolo momento, aſſiſtente ſiempre à ſu cabezera, ſin que le arredraſſe de ella el mal olor del contagio: èl miſmo con ſus manos le ponia la comida en la boca, él le hacia la cama, èl le aſſeaba los vaſos, y lo levantaba en ſus brazos quando le pedia la neceſſidad; con tan buen logro de ſu charidad fervoroſa, que ſanando ſu enfermo, reconociò eſte deberle la ſanidad, al cuidado, y ſantas Oraciones de ſu charitativo enfermero. Le hiriò al H. Pedro el contagio de ſu doliente, de que eſtuvo muy en peligro ſu vida; y èl muy gozoſo de verſe tan vecino de la muerte por la charidad. Mas nueſtro Señor, que le deſtinó para mas glorioſas empreſſas, le librò, y guardò la vida en eſta ocaſion. Eſtos exercicios, y el teſón de ſu eſtudio, no baſtaron â divertirle de una exactiſſima obſervancia de las Reglas: no ſe ſabe, ni hay quien diga, que en toda ſu vida huvieſſe quebrantado una tan ſola, ſiendo lasReglas de la Compañia tan ajuſtadas â las acciones mas leves de la vida humana. Con ſer el H. Pedro de Velaſco tan inclinado al conferir, y una viva centella en el argumentar, es coſa que pone admiracion veer quan advertido eſtuvo ſiempre en guardar ſu lengua; no ſolo de palabras ofenſivas, que ſuelen originarſe de la emulacion de las letras, y eficacia de las razones, con que tal vez eſcandecido el ingenio, ſuele deſmandarſe en la opoſicion; porque en eſta materia nadie huvo quexoſo, ni aun levemente ſentido del H. Pedro.

Quan-

Quando en algunas ocaſiones ſe le atreviò, quizà el deſcomedimiento, antes ſu humildad, modeſtia, y manſedumbre, ponia freno â los mas deſcomedidos, y ganaba â los mas contrarios, callando humildemente luego que ſentia raſtro de menos charidad en los confirientes. Con haver pueſto los Superiores, ſus condiſcipulos, y ſus compañeros particular eſtudio, y cuidado, ſiguiendole los alcanzes para veer ſi alguna vez quebrantaba el ſilencio, no le pudieron notar, ni una ſola palabra, â que ſe pudiera dár viſo de menos neceſſaria. Una vez le ſacaron al jardin del Colegio para hacer mas experiencia de eſte inviolable ſilencio, con pretexto de aſſueto, concedido por los Superiores, para recreacion de los eſtudiantes: mas el ſer fuera de lo acoſtumbrado, y al parecer ſin baſtante cauſa, le hizo luego recelar, y alcanzar el ardid, con que ſin ſer poderoſo el conato de los que le llamaban para hacerle hablar una ſola palabra, ſe recogiò â ſu apoſento. El doctiſſimo P. Andrès de Valencia, que fuè Compañero del H. Pedro de Velaſco, afirmaba no haver quebrantado jamàs la regla del ſilencio. En eſtos ultimos años, con ocaſion del feliz tranſito á la vida eterna, del exemplariſſimo P. Balthaſſar de Cervantes, haciendo memorias de ſus grandes virtudes para nueſtra edificacion, el P. Pedro de Velaſco, dixo, que en un año, que vivieron en un apoſento, no havia faltado al ſilencio el P. Balthaſſar de Cervantes: teſtimonio, que redunda en loor del miſmo P. Pedro de Velaſco, comprueba ſu rara obſervancia en eſta

regla, pues cooperaba á ella con ſu compañero. Quando en los aſſuetos acoſtumbrados iba â la recreacion, ſi acaſo en las converſaciones oia, que no ſe trataba de Dios, decia: aqui no ganamos coſa, y ſe ocupaba en acciones de mas provecho. Silencio en que aprendiò para ſus tiempos mucha ſabiduria, porque como ſabia muy bien quan dificilmente eſcapa de culpa quien facilmente ſe deſliza en las palabras, (*S. Ambr. de Offic. lib.* 1. *c.*) ſiendo caſi impoſſible á lo debil de nueſtra naturaleza el vivir tan ſin mancha de pecado en el alma, que no la padeſca el corazon por la lengua: quiſo el H. Pedro de Velaſco ponerſe tan eſtrechas reglas de ſilencio para eſcuſarle con eſte reſguardo â ſu inocencia los lunares que no puede evitarle la parlería.

§. VII.

Ordenaſe de Sacerdote.

EMbiaronle los Superiores â nueſtra hazienda de Santa Lucia, ſiete leguas de Mexico, en donde ayudó á eſcribir al agudiſſimo P. Dr. Antonio Rubio, lauro de la Univerſidad de Mexico, y Maeſtro de Philoſophia, los Comentarios ſobre Ariſtoteles, que tanto iluſtraron eſtos Reynos, y los de Eſpaña. En eſta hazienda con la compañia del P. Fernando Gomez, Varon eſcrupuloſiſſimo, ſe le pegaron los eſcrupulos demanera, que no oſſando yà abrir los ojos, fuè neceſ-

ſario

ſario llevarle â Mexico para curarle de enfermedad tan prolixa. Leyó en aquel Colegio letras humanas, con aceptacion, y provecho grande de ſus diſcipulos; acabò ſus eſtudios, embiaronle â tener ſu tercera Probacion, aun antes de recivir el Sacerdocio por falta de edad. Apenas ſe vió Diacono entre los demás Sacerdotes ſus Compañeros, quando alegò tocarle de juſticia el cuidado de la Capilla, donde celebraban los Padres de la tercera Probacion, ſirviendoles en el Altar, y cuidando de la Sacriſtia, con la humildad de un H. Coadjutor. Con el miſmo titulo negociò ſalir con ſu ſobrepelliz â ayudar â Miſſa en la Igleſia como qualquiera Novicio. Con eſtos exercicios ſantos ſe diſponia para recivir dignamente el eſtado Sacroſanto del Sacerdocio, que obtuvo para grande gloria de nueſtro Sr. pues deſde entonces ſe manifeſtò mas claramente â nueſtros ojos el impetu de favores, con que ſu Mageſtad le regalaba en la Miſſa. Celebròla por toda ſu vida con uniformidad, ſin que graviſſimos negocios los mas urgentes le obligaſſen â minorar de tres quartos de hora, que gaſtò ſiempre en decirla. Arrebatabaſſe de ordinario ſu eſpiritu, principalmente en conſagrando el Cuerpo de Chriſto Señor nueſtro, y era de modo, que neceſſitaba â los ayudantes â eſtàr muy atentos para aviſarle del eſtado en que le cogian eſtos raptos, de los quales no volvia en mucho tiempo, tirandole muchas vezes de la Caſulla, para que volviendo en sì proſiguieſſe el Sacrificio, que havia comenzado.

§. VIII.

Embianle á las Miſſiones de Cinaloa.

ORdenado de Sacerdote el P. Pedro de Velaſco ſe reſignò con entera obediencia en manos de los Superiores, en cuya voluntad buſcaba la de Dios; y aunque ſus grandes letras, el reſpecto de ſus parientes, y ſus muchos talentos obligaban á detenerle para lucimiento de la Provincia en ſus Cathedras, pudo mas la diſpoſicion Divina, que le tenia eſcogido para Apoſtol, y Padre de nuevas gentes, que en aquella ocaſion ſe reducian en Cinaloa, con el esfuerzo, y valor glorioſo del Invicto Capitan Diego Martinez de Urdaide, terror, y aſſombro de eſtas Provincias: de cuyos famoſos hechos, y valeroſas hazañas, haze memoria el P. Andrès Perez de Rivas en ſu hiſtoria de los Triumphos de Nrâ. Sta. Fé, que ſacò â luz el año de 1645. en donde en el lib. 2. de las Miſſiones de Cinaloa deſde el Cap. 30. y los dos ſiguientes, refiere algo de los empleos Apoſtolicos del P. Pedro de Velaſco, que aun vivia, y viviò algunos años deſpues de ſu impreſſion. Entre las muchas Naciones, que pueblan la Provincia de Cinaloa, no ſon pocas en numero las de ſu montuoſa Sierra, que fue lo poſtrero, que ſe reduxo al Evangelio, porque ſu aſpereza defendia â nueſtros Eſpañoles la entrada. Eran los Serranos tan enemigos de la ſangre Eſpañola, que continuamente vivian inquietos, amotinando otros Pueblos de Chriſtianos vecinos, para que acabaſſen con los Eſpañoles, como

los

los años antecedentes lo havian hecho ellos con algunos pocos, que en demanda de minas havian penetrado â ſus montañas. Eſta inquietud de tanto perjuicio para las Naciones yà reducidas, y baptizadas, traìa en no pequeño cuidado al valeroſo Diego Martinez de Urdaide, prudentiſſimo Capitan, que como era un rayo de fuego por la guerra, abrazandolos ſu valor, quando era forzoſo el caſtigo, aſſi tambien era un rayo de luz para la paz, reduciendolos ſu agazajo, y prudencia, con medios, y ardides ingenioſos, con que los obligaba ſu induſtria, como ſucedió en eſta Sierra; porque penetrando las buenas, y agradables razones del Capitan Urdaide el corazon de aqueſta gente ferril, y barbara, de tal manera amanſó ſu fiereza deſpues de catorze años de empeño, que los reduxo, ſin derramar una gota de ſangre â que ſe recogieſſen â Pueblos, recavando de los Chriſtianos vecinos, que les ayudaſſen en la nueva fabrica de ſus Caſas, acarreandoles con ſus mulas, y requas el maíz, y ſuſtento, que tenian oculto en lo mas arduo de los picachos, y comprando con ſu dinero, y hazienda las tierras, que de los otros Chriſtianos huvieron meneſter para ſus labores: generoſidad por cierto digna de un Principe muy catholico, y que aſſentò en eſtos Serranos una lealtad de mucha gloria de nueſtro Señor, y bien de Cinaloa, como ſe verá preſto, que no ay ferocidad tan brava, que no ſe domeſtique con la benevolencia, ni lealtad mas ſegura, que la que ſe engendra con el beneficio. Eſto ſucedia por los años de 1607.

1607. quando el P. Pedro de Velaſco, havia llegado de Mexico â eſtas Miſſiones con ſed ardiente de poner ſu vida por la ſalvacion de eſtas almas, que le tenia Dios reſervadas para que nacieſſen â Jeſu-Chriſto por medio de ſu doctrina, y Apoſtolicos trabajos. Encargaronle la adminiſtracion de eſta Sierra poblada de varias Naciones Chicoràtos, Ohueras, Bacapaz, Gozopas, Oroniratos, Bayacatos, y Cahuametos, â todos predicò, y dió â conocer à Jeſu-Chriſto Crucificado, eſtrenandoſe con muy copioſas primicias de centenares de parvulos, que baptizò; luego, y dentro de breve tiempo, yá bien inſtruídos, y catequizados en los myſterios de nueſtra ſanta Fè, baptizó ſeis mil de los adultos, aumentandoſe cada dia glorioſamente la nueva Chriſtiandad de eſtas Miſſiones.

§. IX.

Aſſiento, que diò â ſu partido.

TODO ſu cuidado era eſtudiar modos, y trazas con que ſuavemente ſe fueſſe introduciendo en eſtos Pueblos la Ley ſanta del Señor, y politica chriſtiana. El miſmo les ayudaba perſonalmente en ſus ſementeras, veſtialos â coſta de ſus limoſnas, no perdonaba â dificultad por buſcarles con el afán, y ſudor de ſu roſtro el ſuſtento. Haziaſſe todo para todos como el Apoſtol, introduxo con ellos un parenteſco ſanto, para formarlos mas cariñoſamente en Jeſu-Chriſto: con los ancianos ſe hacia hijo, nieto, y ſobrino,

aſſi

assi lo llamaban, porque èl los llamaba Padres, Abuelos, y Tios; con los mas mozos se hacia Padre, Hermano, y Primo, nombrandose ellos sus hijos, sus hermanos, y sus primos: preciabanse de este parentesco, inventado de la charidad con las veras que pudieran heredado por la genealogia de la naturaleza. De estos titulos se aprovechaba para extirpar en ellos las costumbres del gentilismo. Si faltaban á su obligacion les corregia diciendoles: pues como mi Abuelo, mi Padre, mi Tio, mi Hermano, mi Primo, ha de hacer esto, ô aquello, en verdad, que si nò se enmienda, no ha de ser mi pariente. Conminacion bastante para recavar la enmienda por no defraudarse del apellido, y parentesco, que por el zelo santo de su Ministro havian contrahido. Con este modo de tanta suavidad, y otros semejantes, que le dictaba su espiritu, hizo conversiones maravillosas, enmendó vicios envejecidos, y desarraigó facilmente las supersticiones de la idolatria, reduxolos à que cortassen la cabellera quando se convertian, arduo empeño para esta gente, cuyas delicias eran el prolixo vaguear del cabello á la espalda. Observaban estos Pueblos el error Estoico de las almas, enterraban en los campos á sus difuntos, y con ellos el viatico de agua, y otros refrigerios, que les parecian necessarios para la peregrinacion larga, que les restaba en desnudandose de los cuerpos. Costóle mucha solicitud, afán, y desvelo el extirpar este error; facilitòles la inteligencia de la inmortalidad de las almas, y los aficionó tanto á la piedad, y oficios de la Igle-

Igleſia con ſus difuntos, que quando alguno de los Gentiles ſe convertia, preguntado del Padre ſi queria baptizarſe, era el sí con que reſpondia : pues no me havia de enterrar en la Igleſia? Con el miſmo eſtilo fué borrando de ſus corazones otros abuſos diabolicos, y entrañando en ellos tanto amor á la Fé, que no perdian punto de la Doctrina. En tocando à las Ave Marias ſe juntaban todos à rezar por mas de una hora las Oraciones. Quando iban convidados de otros Pueblos circunvecinos para la celebridad de ſus fieſtas, ſe ordenaban en proceſſion, y con Cruz alta, y guirnaldas de flores, entraban cantando la Doctrina Chriſtiana. Deſatóles los labios en las infantiles tartamudezes de ſu converſion,con los dulciſſimos Nombres de JESUS, y MARIA. Eſtas dos palabras de tanta dulzura ſe introduxeron en ellos, por ſalutacion ordinaria, el darſe los buenos dias, y las buenas noches, era diciendo : JESUS MARIA. Al amigo, que recivian en ſus caſas, al foraſtero, que entraba en ſus Pueblos, á qualquiera, que encontraban por los caminos, la bien venida, ô el buen viaje, era diciendo : JESUS MARIA; ſi ſe complacian de qualquier buen ſuceſſo, ſi ſe conſolaban en qualquiera penalidad,era diciendo: JESUS MARIA. Eſte era el aliento, y reſpiracion continua del P. Pedro de Velaſco, jamàs ſe le cayó de los labios la celeſtial dulzura de los Nombres dulciſſimos de JESUS, y de MARIA, à cuya tierniſſima fuerza atribuìa el glorioſo triumpho, con que en la Gentilidad de eſta Sierra ſe enarbolò el Sacroſanto Eſtandar-

te

te de la Cruz, hizo que todos la colocassen á la entrada, y puertas de sus casas; diligencia, que los librò de muchos assaltos de satanàs. Fuè celebre entre estas Naciones el sucesso de un grande hechizero: tenia muy familiar trato con el demonio, renunciòlo todo en el santo Baptismo, por singular amonestacion de su Apostolico P. faltó con el tiempo á la promessa, que â Dios havia hecho, diò nueva entrada, y lugar para que visiblemente le hostigasse el demonio, persuadiendole â que dexasse â Jesu-Christo. Afligiasse el desdichado Indio, atemorizado de satanás, y acosado de su poca fé; llevòle la experiencia, y confianza de las piadosas entrañas del P. Pedro de Velasco â sus ojos; diòle quenta de su trabajo, reciviòle el P. con todo agrado, hizole renunciar de nuevo sus pactos antiguos, y que de nuevo se convirtiesse â Jesu-Christo; embióle â su casa, assegurandole, que no se le atreveria otra vez el demonio si pusiesse la señal de la Santa Cruz en sus puertas. Executólo assi el Indio, y oyendo la voz de su antiguo dueño, que en horrible, y espantosa forma le llamaba, mandandole quitar de la puerta las Cruzes, para entrar en su casa, le respondió: antes para que no entres en ella las puse, vete de hay, que no quiero jamás tu amistad. Respuesta â cuyo valor vencido el demonio, nunca volvió mas â perturbarle; vivió en adelante mas ajustado â sus christianas obligaciones, y los demás del Pueblo mas alentados con el amparo de la Santa Cruz, que erigian en sus casas.

§. X.

Revelanſe algunas Naciones contra el P. Pedro de Velaſco.

AUmentabaſe glorioſamente la Chriſtiandad de eſta Sierra con el eſpiritu, y zelo ſanto del P. Pedro de Velaſco; y procurando el infierno con todas ſus fuerzas embarazarla, concitó los animos inquietos de algunos, que del leve diſturbio de un juego, vinieron â las manos, remitiendo la averiguacion á las armas. Eſtilo, que por nunca entre eſtas gentes acoſtumbrado, manifeſtò claramente haver ſido centella, que arrojò ſatanàs en ſus animos para los incendios, que ſe originaron de tan leves principios; pues aunque por entonces los apaciguó, y compuſo, la amabilidad activa de ſu Miniſtro, que ſe hallò preſente, quedó todavia ſolapado entre las cenizas tibias, al parecer, de ſu conformidad falſa el fuego oculto de un odio encarnizado contra ſu pacificador, y Padre, â quien yà deſde eſta diſcordia, trataron como â enemigo, que les impedia ſu deſenfrenado vivir, y ſuperſticiones. En demanda de tan ſacrilego intento, ſe conduxo una tropa de Chriſtianos apoſtatas, que acogiendoſe â los vecinos Gentiles, facilmente los coligaron, apellidando la libertad de ſu idolatría, con muerte del Padre. Guardabale Dios, y aſſi diſpuſo, que encontrando â otros Gentiles, que havian recivido del Siervo de Dios liberales ſocorros, y piadoſas obras,

obras, aſſi les afearon eſtos ſu depravada intencion, proponiendoles la inocente vida de ſu Apoſtolico P. ſu piedad, y ſu beneficencia, con tan valientes razones, que dando la buelta â ſus rancherias, y deſamparando los coligados Gentiles â los apoſtatas, cebaron eſtos la colera en las vidas de dos pobres Chicoràtos, que hallaron peſcando en el Rio. Injuria cuya ſatisfaccion, y venganza, diſponian por medio de la guerra los Chicorátos, ſi nò ſe interpuſiera el amor, y fidelidad, con que veneraban â ſu Apoſtolico P. por cuyo reſpecto, y perſuacion, dejaron las armas, y olvidaron la injuria. No pequeño teſtimonio de ſu lealtad, por ſer en eſta gente vivo dolor, que ſiempre los atribula, y laſtima, padecer el agravio ſin buſcarle â todo reſto la ſatisfaccion, y el deſquite. A eſtos rebeldes apoſtatas ſe llegaron otros, que apedillando la vana creencia de ſus progenitores, y valiendoſe de la ferocidad, y fiereza de los Gentiles Bacapaz, una de las Naciones mas vezinas à eſte Partido, ſe declararon tan al deſcubierto contra la vida del P. Pedro de Velaſco, que cargandole de baldones, y oprobrios, le mandaron ſalir de ſus tierras, ſi nò queria fenecer â ſus manos. Inmovil á tan fieras amenazas, y deſpechados ultrages el esforzado Soldado de Jeſu-Chriſto, ofreció de nuevo la vida por ſus ovejas, aguardando por inſtantes el dia de la felicidad, que tan anſioſamente eſperaba; ſolicitaban los agreſſores el animo invicto de los Chicorátos, y Ohueras, para que confederados ſe executaſſen ſus intentos ſin reſiſtencia. Hallaronla grande

en la lealtad de eſtos dos Pueblos, que fueron ſiempre el baluarte, y caſtillo de la Chriſtiandad de la Sierra: y aſſi determinaron hazerles la guerra, llevandolo todo â fuego, y â ſangre, para acabarlos á todos. Dieron varios rebatos à la doctrina, quemaban las cementeras, talaban los campos, y pegando fuego à quanto encontraron, abraſaron dos Pueblos con ſus Igleſias, y muerte de muchos Chriſtianos. Caminaban inſolentes, acercandoſe á la cabezera del Partido, en donde el P. Pedro de Velaſco aſſiſtia, y à quien principalmente buſcaban: mas llegando á Ohuera, uno de los dos Pueblos fieles, hallaron los enemigos tan valeroſa la reſiſtencia, que trabandoſe una ſangrienta batalla, ſe huvieron de retirar los Bacapaz, y apoſtatas mal heridos. No del todo ſeguros los valeroſos, y leales Chriſtianos ſe hicieron fuertes en un cerrito cercano, enterraron la campana, porque el enemigo no la quebraſſe, y llevaron conſigo la Imagen, que tenian en ſu Igleſia, mientras les llegaba el ſocorro del Capitan Diego Martinez de Urdaide, que aſſaltando con rara preſteza al enemigo, hizo juſticia de algunos, reduxo â los demás, reparò los Pueblos, reedificò las Igleſias, y aſſentò la paz, y quietud de los Bacapaz, con grande gozo de eſta Chriſtiandad, y Naciones. Soſſegados yá los Bacapaz, no por eſſo ſe aſſeguró la vida del P. Pedro de Velaſco; porque â el miſmo tiempo los Cahuametos, otra Nacion de Gentiles, vecina al Partido, gente belicoſa, y que ſola ella embarazò por quinze años la atencion, y cuidado del

Invicto Capitan Diego Martinez de Urdaide, ſin poder contenerlos en una pacifica, y ſegura amiſtad; gente atrozmente zeloſa de la adoracion, y culto de ſus idolos, y por la cercanía no poco beneficiada del Padre, rompiendo los piadoſos fueros del agradecimiento, procuraron quitarle muchas veces la vida, perſuadidos à que por el comercio, que tenian con los Chriſtianos, ſe les impedian, y eſtorvaban ſus atrocidades, ê idolatrìas. Continuaban los aſſaltos con algunas entradas, que hazian en los Pueblos, con muerte de muchos Chriſtianos; tenian mas declarada la enemiſtad con los Chicoràtos, y Ohueras, por la conſtancia de ſu lealtad, y fê. A ninguno, que pudieſſen haver á las manos perdonaban la vida; hizo eſtrago ſu carnicerìa en muchos de los Chicoràtos, que ſe ocupaban en cortar maderas del monte, y conducirlas para la fabrica de ſu Igleſia. Dieron ſobre ellos tan de improviſo, y con furor tan arrebatado, que no pudiendo deſahogarſe á la defenſa, unos quedaron allí muertos, otros huyeron mal heridos, y muchas Indias quedaron captivas. Suceſſo, que atemorizò grandemente los Pueblos, ſin otro reparo á ſus laſtimas, ni mas ſeguro â ſus rieſgos, que las tiernas lagrimas, que lloraban al Padre, acrecentando las ſuyas. Inſolente corria el Cahuameto barbaro la Campaña, quando reſtando ya ſu impiedad el año de 1614 como un torrente impetuoſo, y arrebatado, entrò talando, encendiendo, arraſando, y deſtruyendo las tierras del Catholico Chicoràto, y Ohuera, los maizes,

zes, las huertas, las troxes, las casas, los Pueblos, los Templos, y quanto se le oponia, pidiendo á voces la cabeza del P. Pedro de Velasco, si querian escapar de su indignacion barbara. Afligiase el Religioso Padre, viendo padecer â sus fieles hijos, cuyas vidas estimaba mas, que la propria, y la ofrecia â Dios, porque no peligrase la de los suyos. Aguardaba por momentos la muerte, con tanta serenidad, y sosiego, como si libre ya de la sensibilidad de la carne se hallara en la tranquilidad de la bienaventuranza. No dexaba un punto las armas de su oracion, solicitando de Dios el amparo de sus ovejas, y la reduccion de los Cahuametos; y de modo venció â sus enemigos orando, que sin saber como, obligados de un impulso secreto, que los rendia, desistieron de su demanda, y dieron â sus rancherias la buelta, satisfechos ya de la atrocidad inhumana con que hasta entonces havian infestado el Partido. Mas como no solo negociaba con su oracion el Apostolico Padre la defensa de sus Christianos, sino la conversion tambien de los Cahuametos, con la facilidad, que alcanzó lo uno, le concedió la Magestad Divina lo otro; porque en breves dias ilustrados del Cielo, con la verdad de la ley Evangelica, ellos mismos de su voluntad pidieron doctrina. Baptizó en esta ocacion mil, y ciento; poco despues â los demás, y se assentò entre ellos el Evangelio, con una paz muy segura, y una fidelidad muy catholica.

* * * *
* * *
* *
*

§.

§. XI.

Invacion de los Tepehuanes en Chicoràto.

NO eran dos años los que havia gozado de quietud el Partido, libre ya de la hoſtilidad de los vecinos Gentiles; y apenas havia cogido el P. Pedro de Velaſco los frutos de ſu charidad, y paciencia en la converſion, y baptiſmo de los Cahuametos, quando por los años de 1616. y 1617. diò victorioſo el rebelado Tepehuan en los Pueblos de eſta Sierra, con deſignio de enſeñorearſe de toda la Provincia de Cinaloa en proſequcion del general alzamiento, que pretendia contra los Eſpañoles; no contento con la rebelacion, y apoſtaſia general de los dilatados Pueblos de ſu nacion, con que en odio de nueſtra ſanta fee dieron la muerte â tantos eſclarecidos Martyres de nueſtra Compañia ſus Evangelicos Miniſtros, como mas latamente refiere en ſu hiſtoria el P. Andrès Perez de Rivas de nueſtra Compañia de JESUS. Las primeras Naciones, que les havian de dàr paſſo â las de Cinaloa, eran las de eſta Sierra: y aſſi procuró ſolicitar con menſages de interès, y amenazas, la confederacion de los Chicoràtos, para que dando la muerte â ſu Apoſtol, y dexando â Jeſu-Chriſto, reſtauraſen ſu idolatria, expeliendo de la tierra â los Eſpañoles. Embiaronles, para mas aterrarlos, la camiſa de uno de los Martyres, teñida en el matíz de ſu bendita ſangre; y las eſpaldas de los Eſpañoles, que havian muerto, como

mo tropheos de ſu ſacrilega atrocidad: mas ni eſtas, ni otras diligencias, y menſages, ni el pavor de eſtas Comarcas, y aſſombro, que iban introduciendo en eſtas Provincias, fueron baſtantes â mover un punto de ſu lealtad el invencible animo de los Chicoràtos, que repelieron la liga, ofreciendoles la guerra. No acoſtumbrado â ſemejantes repulſas el furor orgullo-ſo del Tepehuan, reſolviò acabar de una vez los Serranos, y abrir el camino, con aſolacion de los Chicorátos, que les embarazaban la entrada de Cinaloa. Hallabaſe en la Igleſia de Chicoràto, un Domingo por la mañana el P. Pedro de Velaſco, y haviendoles predicado un Sermon, y ellos rezado las Oraciones, ſe reveſtia ya para decirles la Miſſa, quando de repente los alborotò el rebato, que tocò en el campanario un muchacho, que diviſó bien; acaſo, la tropa de Tepehuanes, que venian â dár de improviſo ſobre la Igleſia con fuego para abraſarlos en ella. Luego que los Chicoràtos ſintieron al enemigo tan cerca, que yá le tenia en la Plaza, ſalieron reſtados por entre las flechas del Tepehuan para arrebatar de ſus caſas el arco, mientras le entretenian los arcabuzes de dos ſoldados Eſpañoles, que eſcoltaban al P. cuyo primer cuidado fue guarecer la gente mas debil de mugeres, y niños en ſu caſita; iba, y venia el P. Pedro de Velaſco de la Igleſia â ſu caſa, llevando en ſus brazos los niños, y como era preciſo el paſſar â viſta de los apoſtatas, le aceſtaban las flechas, como â principal blanco de ſus deſignios: mas divertiàlas Dios

pa-

para que no le tocasse ninguna. Juntaronse con presteza los Chicoràtos, trabaron recia, y sangrienta batalla con el apostata Tepehuan. Puesto de rodillas â vista de los unos, y de los otros el Padre Pedro de Velasco, como otro Moyses de estos Pueblos, pediale â Dios la victoria; llovian flechas donde el estaba, escudandose solamente con la oracion, caso maravilloso! Mientras el P. oraba, sus fieles Chicoràtos vencian, hasta alcanzar la victoria de todo punto, con tan valiente resolucion, y denuedo, que degollando á algunos de los Tepehuanes, y hiriendo â muchos, huvieron de ponerse los demás en huida, y aunq̃ los Chicoràtos quedaron grande parte heridos, fuè cosa rara, y bien advertida de ellos, que â todos los que el P. Pedro de Velasco puso las manos haciendoles la señal de la Santa Cruz sobre las heridas, sanaron de ellas con brevedad, y solo uno, que no permitiò, que el Padre le llegasse, muriò de los flechasos, que no eran tan peligrosos. Vióse en esta ocasion la providencia con que Dios defendia, y guardaba â su Siervo; porque cruzandole los flechasos por los oidos, y haviendole passado de parte â parte una flecha por entre las rodillas, no solo no le hirió ninguna, pero ni le llegó â la carne, haciendo notable estrago en la ropa.



§. XII.

Librale Dios de muchos peligros con ſingular Providencia.

NO ſolo en las rebeliones, y aſſaltos ya referidos, ſino de otras muchas zeladas, que ſe le armaban para matarlo, le guardó milagroſamente la providencia Divina. Algunas vezes viſitando los Pueblos de ſu Doctrina mudaba repentinamente de intento, y ſin paſſar adelante ſe volvia â ſu caſa, no haviendo precedido al parecer cauſa alguna para dejar el camino; y luego ſe deſcubria, que en èl le aguardaban para matarle. Otras vezes ſentia unos ſecretos impulſos, que le obligaban â deſiſtir de algunas acciones, ô retirarſe de algunos lugares, y obedeciendo à la ſecreta voz con que Dios aviſaba, ſe deſcubrian peligros grandiſſimos de ſu vida. Otras vezes bien deſcuidadamente le ſobreſaltaba un temblor en todos los hueſſos, y entendiendo ya ſer aviſos del Cielo, ſe recogia, y al punto ſe conocian las trayciones con que le trazaban la muerte. Sucediò, que paſſeando una vez en ſu ramadilla, rezaba ya al anochecer el Roſario de la Virgen Santiſſima, quando de improviſo le comenzó un temblor repentino en todos los hueſſos; recogióſe â lo interior de ſu choza. Salió al miſmo tiempo un Indiſuelo, que iba por lumbre, y lo flecharon en el miſmo pueſto donde el Padre ſe paſſeaba,

ſeaba, y endonde á no ſer aviſado del Cielo lo huvieran muerto. De eſtos caſos le ſucedieron muchos, y eſte genero de temblor fuè el ordinario aviſo con que nueſtro Señor le libraba de muchos rieſgos; porque aunque deſſeaba, y pedia à Dios le concedieſſe la corona con que havian triunfado de la idolatría los Padres, que entonces murieron à manos del Tepehuan, le guardaba Dios para conſuelo de la Provincia en nueſtros tiempos. Quedaron los Chicoràtos con la victoria, que les diò el Cielo contra los Tepehuanes mas conſtantes en la fee de Jeſu-Chriſto, mas firmes en ſu lealtad, y mas tiernamente amantes de ſu Miniſtro, como ſe viò en el ſuceſſo ſiguiente. Determinaba el P. Pedro de Velaſco, rezeloſo todavia de nuevos acometimientos del Tepehuan, que las Imagenes de la Igleſia ſe llevaſſen, para mas ſeguridad, â la Villa, en el interin, que ſe quitaban los alborotos. No ſe lo permitieron los Chicoràtos, aſſegurandole, que mientras les duraſſe la vida, ni dexarian de hacer centinela à ſu Igleſia, ni á èl le faltarían un inſtante. Ellos miſmos conſolaban al Padre, reconociendo el penoſo cuidado, que le afligia, de vêr en tan fatales peligros à ſu rebaño. Premiò Dios la conſtancia, y fê de eſtos Pueblos; porque vencido de ellos el Tepehuan, que viò ſu furia, y apagó en eſte Partido ſu orgullo, volviò atrás humillado, y confuſo, reconociendo, y atribuyendo la Provincia toda de Cinaloa, â los merecimientos, y ſantas oraciones del P. Pedro de Velaſco, el no haver entrado, aunque lo intentó por otras par-

tes el Tepehuan, y la pacificacion, y sosiego de esta gente, que se siguió luego; porque saliendo en su busca el esforzado Capitan Diego Martinez de Urdaide, los sugetò, y castigò. Resultò tambien de la invasion, que hizieron los Tepehuanes en este Partido, y valor con que los vencieron los Chicoràtos, la conversion de algunos Serranos Gentiles, que viendo la inquietud de los unos, y la constancia pacifica de los otros, venian á tropas de trescientas en trescientas personas, con Cruz alta, en señal de la paz, y verdadero animo con que venian á pedir el santo Baptismo, y poblar entre los Catholicos Chicoràtos, en donde á todos predicò el santo Evangelio, y doctrinò gloriosamente en la fê de Jesu-Christo el fervoroso, y Apostolico P. Pedro de Velasco.

§. XIII.

Aprecio, y estimacion, que hizo del ministerio de Missiones en que se hallaba.

VIVIA tan gozoso en medio de tantos riesgos, y rebeliones, que llamandole los Superiores para que leyesse Philosophia en nuestras Escuelas de Mexico, assi porque le gozassen las Cathedras, como por la instancia, con que le desseaba presente el Exc^mo^. Señor D. Luis de Velasco, su Tio, primer Marqués de Salinas, la segunda vez que fuè Virrey de la Nueva-España, despues de haverlo sido tambien del Perù, an-

anteponiendo el humilde P. la Philoſophia celeſtial del Evangelio, â la natural de Ariſtoteles; reſpondiò â los Superiores, con eſpiritu, y zelo tan apoſtolico, y con eſtimacion, y aprecio de las Miſſiones, tan digna de un hijo de la Compañia de JESUS, que porque lo ſignifica mejor ſu Carta, me pareciò traſladarla en eſte lugar, y dice aſſi: P. Provincial, = *Pax Christi, &c.* = *La de V. R. recivì, y aunque como llena de Paternal amor me fuè de particular conſuelo, no dexó de ſentir mi corazon lo que algunas vezes ſe me ofreciò, y era, que viendo por una parte la gran materia del ſervicio de nueſtro Señor, que en eſtas partes ſe ofrecen, las grandes ocaſiones de ſu mayor gloria, y dandome por otra mis faltas en roſtro, conſideraba, que ſi para eſtas havia de haver alguna pena, y caſtigo, ſeria quitarme el Señor (como á ruin) tan grande empleo, y ponerme en otro; y pues veo cumplido eſte ſentimiento, mucha cauſa tendrè de èl, creyendo eſtá en la memoria del Señor la culpa, viendo executar la pena. Yo mi Padre Provincial, me ſiento tierno, y muy aficionado à ayudar â eſtos pobrecitos, ê inclinado â eſte miniſterio, averſo de mi parte â los lucidos de los Eſpañoles: lo qual aunque debiera tener poco lugar para no dexar de rendirme luego, aunque fuera con gran deſconſuelo mio, â la ſanta Obediencia, todavia lo repreſento à V. R. como à amoroſo Padre; y como à Superior, ſe me ofrece proponer la mucha gloria de nueſtro Señor, que por ventura ſe impedirà con mi mudanza, y puede colegirſe por los millares de almas, que en eſte pueſto ſe han baptizado,*

de

de las quales en los tres años primeros murieron mas de trescientas recien baptizadas, ô Sacramentadas, de lo qual se havrà seguido mas gloria de Dios, que si huviera leìdo en este tiempo un Curso de Artes; y ahora falta gran numero de Gentiles, que baptizar, y bajar muchos huessos secos de viejos desparramados por essos picachos, y juntarlos, y darles espiritu de vida, lo qual parece havia de ser por medio de la voz de algun Propheta, y su voz, y lengua, y aunque Yo no lo sea, en fin, soy el primer Padre, y Ministro de estos. Las lenguas son tres en estos Pueblos, y aunque he hecho mi possible para salir con las dos, voy yà tras la tercera. El puesto de la lectura, y Cathedra se podrà suplir con mucha mas satisfaccion por otros muchos, que allá hay, y en pensar salir de este ministerio se renueva mi sentimiento, pensando tengo de trocar el libro del Evangelio de Christo, y de sus Apostoles, por un Aristoteles; y esto por mis faltas, y no hver sabido leer con debida disposicion, y reverencia el libro de los santos Evangelios: el ir â la cercanía de parientes, solo servirá de menor quietud, y el Señor Vi-Rey, como tan piadoso, y prudente, fio tendrà por bien, que Yo me quede por acà, pues serà de tanto servicio de nuestro Señor, y bien de estas gentes tan desamparadas, como Yo se lo escribo à su Exc^a. Guarde nuestro Señor à V.R. en cuyos santos Sacrificios, y oraciones me encomiendo, pidiendo con la resignacion, que debo, se sirva de admitir mi proposicion, siendo possible.
Hasta aqui la Carta del P. Pedro de Velasco, tan llena de charidad ardiente, y zelo santo de la conver-

sion

ſion de las almas, y del aprecio digno del miniſterio Apoſtolico de las Miſſiones de la Compañia de JESUS, y que dexa bien conocerſe quan ſingularmente favorecido ſe hallaba de la gracia de Dios, que tan dulces le hacia los inſuperables trabajos, que padeciò en eſte Apoſtolico empleo, en donde finalmente recavò con ſu Carta el proſeguir por algunos años, no ſin mucha gloria de nueſtro Señor.

§. XIV.

Su eſtilo de vida en eſte miniſterio.

ES la Sierra de Chicoràto, por ſu montuoſidad, de caminos muy aſperos, y en los principios de ſu Chriſtiandad, por no traginados, eran muy peligroſos. Formabaſſe entonces eſte Partido de varios Pueblos en los Picachos mas arduos, con que ſe hacia rigido, y trabajoſo el camino de ſu comercio. Todos los viſitaba, y andaba â pie el Apoſtolico P. Pedro de Velaſco, y muchas vezes deſcalzo, por llegar ſu pobreza â terminos, que ni zapatos tenia que ponerſe. Admiraban ſu infatigable eſpiritu los Serranos; porque aun para ellos era inſoportable el tragino continuo de eſta Sierra, las incomodidades tan arduas, con que le veìan caminar incanſablemente por eſtos rivazos, y cueſtas, para enſeñarles la Doctrina Chriſtiana, y ſocorrerles ſus aflicciones. Puſo en ellos grande eſtimacion, y concepto de la Ley Evangelica, quedan-

dando tan impreſſas en ſu memoria eſtas peregrinaciones de tanta fatiga con que los buſcaba, y viſitaba ſu Apoſtol, que en los años paſſados, queriendo el Miniſtro, que los doctrinaba, deſmontar, y allanar algunos parages, para que con menos peligro los anduvieſſe el Padre, que havia venido por Viſitador de eſtas Miſſiones, le dixeron los Indios ancianos, que aquellos caminos los andaba à pie ſu Padre Velaſco. No eran baſtantes las arrebatadas corrientes, que baxan de eſtas Montañas para interrumpir el continuo trabajo de ſus caminos. Paſſaba los Rios quando iban mas de avenida, el como no lo ſaben los Indios; porque ſiendo para los nadadores mas dieſtros, no poco peligroſo el paſſarlos â nado, ſolo ſaben decir, que quando menos lo penſaban, veìan al Padre de la otra parte del Rio, y no ſerìa temeridad entender, que los Angeles de eſtos Pueblos le hacian la puente para que los paſſaſe ſin rieſgo. Padeció mucho de los hechizeros, y de el demonio, que por ellos, como por inſtrumentos, y Miniſtros ſuyos, daba á eſtas gentes oraculos infernales, para deſcreditos de la verdad Evangelica, que el Padre les predicaba. La falta de lo mas preciſſo para la vida humana, fuè tal, que podia llamarſe un prolongado martyrio. Eran ſus alimentos ſilveſtres, y muy eſcaſos, ſu veſtido una ſotana parda de paño muy burdo, y tan rota, que por los deſgarros de ella ſe le parecian las carnes, y con el tiempo, y los varios remiendos de que la reparaba, tan varia de colores, y generos, que apenas ſe conocia la

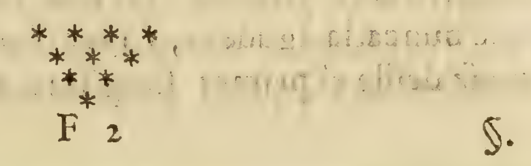
ma-

materia primera de ſus principios. Traia continua oracion, y en ella tan endioſado, y fuera de sí, que algunas vezes, quando el haver de caminar con eſcolta le obligaba á ſubir à caballo, hacia la lentitud de la cavalgadura, que reparaſſen los Compañeros, quan enagenado iba de ſus ſentidos, con tanta fuerza, que porque no ſe le notaſe la ſuſpenſion, que no eſtaba en ſu mano, atribuyendo la lentitud del paſſo â floxedad de la beſtia, les rogaba,que con una vara la fueſſen de quando en quando arreando. Otras vezes, no ſiendo dueño de la violencia con que volaba ſu eſpiritu á Dios, ſin poder diferir para la jornada el repoſo de ſu oracion, dexaba deſcuidar à los Compañeros, y quedandoſe atrás ſe arrojaba en el miſmo camino, poniendoſe de rodillas en medio de la Sierra, en donde le hallaban extatico,quando hechandole menos en algun peligroſo parage, veían, que ſiguiendo ſu cavalgadura el raſtro de las demàs, el Padre no parecia, y rezeloſos de que le huviera ſucedido algun precipicio, ô fracaſo, deſandaban lo andado, buſcandole haſta hallarle, arrebatado, y fuera de sì en la oracion. Llegaba â la Villa ſin reparar muchas vezes, por mas de catorze leguas de camino, que no llevaba freno la mula, haſta, que en el Colegio ſe lo advertian. Havia ſalido para la Villa de Cinaloa,de uno de los Pueblos de ſu Partido,en donde quedaba un vezino Eſpañol, que ſaliendo tambien para la Villa, el miſmo dia encontrò al P. Pedro de Velaſco, que iba como endioſado, rezando en ſu Diurno ya de buelta para

ſus Pueblos. Preguntòle el Eſpañol donde iba? Reſpondiòle el Padre, que â la Villa de Cinaloa, ſin advertir, que ſe volvia â ſu Partido. De eſtos caſos pudieran referirſe aqui muchos, que comprueban todos eſte enagenamiento de ſentidos, en que le traía ſu oracion inceſable. Todos le tenian, y eſtimaban por un hombre endioſado, y con eſte concepto le reverenciaban por Santo eſtas Provincias. Su oracion alcanzaba de Dios la ſanidad de muchas enfermedades, y en tiempo de grandes ſecas, inopinadas lluvias, que el humilde, y religioſo Padre atribuía al favor, y patrocinio de nueſtro Patriarcha San IGNACIO. No eran las grandes diſtancias baſtente titulo para diſpenſar un momento en la obſervancia Religioſa, quando eſta pedia el recurſo del Superior. Hallóſe entre los libros de ſu Partido una cedulilla, en que pedia al Padre Martin Perez, Rector del Colegio de la Villa, le dieſſe licencia para mandar hazer al herrero algunas obrillas neceſſarias, y otras menudencias para el Partido; y el P. Rector al fin del eſcripto decia: todo ſe concede â V. R. Porque no le faltaſſe el criſol, y examen de todos los trabajos, y peligros, que aquilatan las virtudes de un Siervo de Dios; permitiò la Divina Mageſtad, que algunos Eſpañoles embarazados del zelo del Padre, que les corregia ſus exceſſos, deſſeando la libertad de ſus vicios, falſamente le calumniaſſen con grave perjuicio de ſu opinion, y aunque el credito, y fama de ſu Religioſa virtud deſvanecia qualquier calumnia; fué la que le impuſieron

de

de tal calidad, que hizo eco, desde esta Mission hasta Roma. Cometió nuestro Padre General la averiguacion, y el examen al P.Florian de Ayerve, Provincial que havia sido del Nuevo-Reyno, y lo fué despues en esta Provincia.Bien le constaba al P.Pedro de Velasco el peligro en que estaba su honra; mas como tenia por parte de su credito â Dios,no solo no perdiò el sosiego de su corazon en esta borrasca (que es muy tranquila la buena conciencia) pero ni solicitó la mas leve diligencia en su defensa. Hizose rigorosa inquisicion sobre el caso, descubriòse la falsedad, y malicia de los calumniadores, y del uno fué voz constante, que el mismo demonio, que le incitó á la calumnia, le atormentaba con pavorosos assombros, para que retractase su dicho; ni se viò libre de este tormento, hasta restituirle la honra al Siervo de Dios delante del Superior. Averiguada ya la verdad, fueron bien celebres en esta Provincia tres superlativos con que el P. Florian de Ayerve calificò su inocencia, escribiendo à nuestro Padre General, que el P. Pedro de Velasco era un Varon nobilissimo, santissimo, y sapientissimo. Sirviò este nublado de que luciesse mas clara â los ojos de toda la Provincia su santidad,y en el Padre ocasion de humillarse mas delante de nuestro Señor, que tan tiernamente le regalaba.



§. XV.

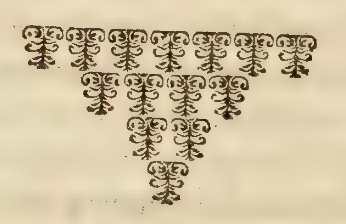
Sale de las Missiones, y lee en Mexico la Cathedra de Escriptura, y Theologia Moral.

CATORZE años se ocupó en el ministerio de las Missiones, en cuyo tiempo adquirió tres Idiomas de los mas dificiles de estas Provincias, con elegancia, y del mas dificil de ellos hizo arte para los successores. Huviera gastado toda su vida en tan Apostolico ministerio, si los Superiores cerrando la puerta á las instancias con que pedia morir entre estas gentes, que havia baptizado, no le embiaran apretadissimo orden para que fuesse á Mexico. Rindióse â la Obediencia, haciendo â Dios sacrificio del empleo, en que tantas almas havia ganado con grande aumento de la Christiandad de esta Sierra, y tierno dolor de sus fieles Chicoràtos, y Ohueras, que con las demás Naciones agregadas â este Partido, lloraban la horfandad en que los dexaba la ausencia de su querido Padre, y Apostol, y cuya buelta solicitaban con cartas, que le remitian. En llegando â Mexico, le mandaron leer la Cathedra de Escriptura, â que estaba entonces conjunta â la de Theologia Moral. Expuso el Evangelio de S. Juan con excelente inteligencia de sus divinos mysterios. En esta ocupacion lució mas que nunca, la agudeza, y precission de sus replicas, poniase desde el primer silogismo en la dificultad, y â

po-

pocos antecedentes daba muy bien, que hazer â los que preſidian. Decia el Sapientiſſimo Padre Maeſtro Juan de Ledeſma, que el dia en que havia de preſidir concluſiones, no tenia otro cuidado, que la replica del P. Pedro de Velaſco; eſte le hacia retirar á ſu apoſento aquel dia â premeditar los caminos por donde el Padre podia dificultar en la queſtion, que ſe controvertìa, y penſar nuevas ſoluciones con que ſatisfacerle; eſte le obligaba â no paſſarle termino ſin reparo. Era de vêr la modeſtia, y ſoſiego del P. Pedro de Velaſco, con tanta eficacia por otra parte, que quando á ſus inſtancias ſe revolvian los Generales, èl ſin hablar oía las explicaciones, que ſe le daban, y deſpues de todo, ſolo decia, formando de nuevo la argumentacion: reſpondanme en forma, tan recogido en medio de lo ardiente de las diſputas, que atendiendole con particular cuidado â los ojos, por vêr ſi alguna vez los fixaba en el Preſidente, ô Suſtentante, nunca le notaron, que los levantaſſe del ſuelo. Aunque la razon de ſus argumentos era ſiempre apretante, fué con atencion al lucimiento, y credito de los que le reſpondian. Sucedió en uno de los Theatros literarios de la Ciudad, inſtar à las ſoluciones, tan inmediato, que le victorió el auditorio, quedò el Padre tan confuſo, y avergonzado, como ſi huviera ſido en aquella controverſia el vencido. Buelto al Colegio, y oyendoſe deſde el tranſito rumor, y eſtruendo de deſciplina, ſe llegaron algunos â la puerta de ſu apoſento para oír lo que ſucedia, en hora, y tiempo tan deſuſado

do para aquel exercicio, y oyeron, que azotandose fuertemente se decia á sì mismo: mirad otra vez por el credito de vuestros Hermanos,y cimbraba la desciplina con recios golpes sobre su cuerpo, tanto era lo que en sus argumentos miraba por el buen nombre de los otros. Era la aclamacion de los Doctos, y la admiracion de los mas exemplares, que igualmente aclamaban su sabiduria, y admiraban su rara humildad. En los actos mas publicos siempre andaban los Superiores en perpetuo cuidado con èl; porque siempre buscaba el lugar infimo,y mas despreciable.Quando iba â oìr Sermon â la Cassa Professa, se sentaba nuestro Cathedratico de Escriptura en las gradas del Altar mayor con los niños, hasta que advirtiendo los Superiores, le hacian subir con mortificacion grande del Padre â las bancas del Presbyterio. Ya desde aqui no pudo ocultar tanto los grandes favores con que le ilustraba el Señor, principalmente con sucessos Profeticos,por mas que su humildad procuraba encubrirlos, que por ser tantos, me pareciò no agregarlos, en particular parrafo, sino referirlos como las mismas ocupaciones de sus oficios lo fueren manifestando.



§.

§. XVI.

Encarganle el Real Colegio de S. Ildefonſo de Mexico.

COMO para la lectura ſus letras, fuè ſu prudencia grande para el govierno. Bien quiſieran los Superiores, que le gozaſſen ſiempre las Cathedras, mas le havian meneſter en los principales Colegios. Uno de eſtos es el Real Colegio de S. Ildefonſo de Mexico, que por eſtàr à los ojos de todo el Reyno, y concurrir en él lo mas granado, y florido de la juventud de la Nueva-Eſpaña, igualmente neceſſitaba de Superior ſabio, y Santo. Concurrian en el P. Pedro de Velaſco eſtas dos calidades, y aſſi le hicieron Rector de eſte Colegio; procuró deſde luego ſus medras eſpirituales, y temporales. Adornólo generoſamente de libros, y alhajas, aſſi de Igleſia, como domeſticas; cuidaba que ſe acudieſſe con liberalidad â lo ordinario del Refectorio, andaba abundante lo temporal, y al miſmo paſſo ſe aumentaba la literal. Era guſto vêr el fervor de los eſtudios en todas facultades, que el Seminario profeſſa, las conferencias, y diſputas publicas, no ſolo no deſcaecian, ſino que ſe aumentaban. Crecia con la ſolicitud del Rector la emulacion de los Colegiales; premiaba â los cuidadoſos, â los deſcuidados reprehendia, aventajando á los unos, y penitenciando â los otros; la eſtimacion de los mas diligen-

ligentes era embidia para los mas perezoſos. Teniale mas grato, quien mejor acudió à ſus obligaciones. Sabia el buen eſtudiante, que tenia ſeguro ſu favor, el buen ingenio juntaba la aplicacion; porque ſabia el P. Rector eſtimar con publicas demoſtraciones lo uno, ſi ſe acompañaba con lo otro. Con los aumentos literarios ſe veìan muy grandes los virtuoſos; era continuo en las exhortaciones, y platicas con que los imponia en temor ſanto de Dios. La puntualidad â los exercicios de devocion era grande, la frequencia de los Sacramentos mas que ordinaria. Cogieronſe copioſos fructos del ſervicio de nueſtro Sr. en ſu tiempo; los diſcolos temblaban de ſolo ſu nombre, por tener entendido, que Dios moraba en ſu alma, y le manifeſtaba ſus corazones. Sucediale muchas vezes llamarlos; á unos reprehendia, â otros diſuadía de algunos intentos, que ſolo ellos, y Dios lo ſabian. Havian retirado â un Colegial por incorregible, y travieſo en la clauſura de un apoſento, deſtinado para ſemejantes perſonas. Eſte una noche ſe quitò las priſſiones, y rompiendo las puertas del apoſento, quebrantò la clauſura, llegò â la mañana, y el Colegial á los pies del P. Rector Pedro de Velaſco pidiendo miſericordia, concediòſela, preguntòle por las priſſiones, dixo haverlas arrojado à la calle, afirmòſe en ello con pertinacia; llamó el P. Rector à dos de los nueſtros, embiò á la galerìa de S. IGNACIO, diferente de la que habitaba el reo, y dixoles: que debajo del colchòn de otro que les nombrò, ſe hallarian las priſſiones, y fué aſſi,

aſſi, caſo, que no podia ſaber por otro camino, que del miſmo Dios, por eſtár tan oculto el complice del delicto, como lo pedia ſu gravedad. Soſpechóſe con fundamento, que havian hecho llave falſa los Colegiales; hicieronſe exquiſitas diligencias para ſaber quien la tenia, quitaron á todos las llaves de ſus eſcritorios, y arcas, eſcudriñaronlas todas, mas la llave no parecia, ni ſe deſcubria quien la tuvieſſe; deſiſtieron del eſcrutinio los nueſtros, y quando eſtaban mas deſcuidados ſe llegó el miſmo P. Pedro de Velaſco al eſcritorio de un Colegial, y de la primera gabeta, que tiró, ſacó la llave, que ſe buſcaba. Havia un Colegial grandemente travieſo, á quien el Padre corregia con particular atencion à las obligaciones de ſu ſangre, por ſer hijo de Padres muy nobles. Llevaba à mal tanta correccion, y cuidado el mancebo; determinò con ſus traveſuras acoſtumbradas purgar al Rector. Era la cena del Padre Pedro de Velaſco una eſcudilla de puchas de maiz, que aqui vulgarmente llaman atole, que ſolo abraſaba ſu eſtomago; previno el Colegial unos polvos de purga, y una noche, que ſervia à la meſa los hechó en las puchas, llevólo al Refectorio, y al tiempo de ponerle à ſu Rector la eſcudilla, le dixo con una riſa apacible: vaya D. Gabriel, y beba èl eſas puchas, coſa, que ſe hizo reparar mucho; porque jamás lo dexaba, y que al Colegial, que havia procedido con el recato, y ſecreto, que pedia tan nociva reſolucion, le obligó á pregonar cõpungido ſu culpa. Contaban unos como les havia deſcubierto los penſamien-

tos, reprehendiendoles algunas determinaciones, que maquinaban en tal, ô en tal ocasion; otros referian, como les havia reprehendido acciones, que se havian hecho fuera de casa, y que humanamente no podian haver llegado á su noticia. Haviase hecho lugar muy grande entre ellos esta opinion, de que Dios le manifestaba sus corazones; y assi le notaban, y le advertian las palabras, y los semblantes. A esta luz atribuyeron la predestinacion de un negro bozál, de dos que compró para el Seminario; havialos sacado de las armazones, que entonces se traían â la Nueva-España. El uno adoleciò gravemente; costòle al Padre Rector Pedro de Velasco mucha solicitud, y afán el hallar otro negro de su misma lengua, que con inteligencia de la Española pudiera hacerle capaz de la Doctrina Christiana. Cathequizóle, baptizóle, y rindiò luego el espiritu en manos de su Redemptor, que le llamó para el Cielo por medio del P. Pedro de Velasco, â quien diciendole algunos, que para que havia comprado un negro enfermo, pues tan en breve se le havia perdido el dinero, nunca mejor logrado, respondia con grande consuelo, que quando en èl rescatamos una alma de la esclavitud del demonio. Guardòle Dios la vida milagrosamente en este Colegio. Pegòse fuego á su pobre camilla con tal incendio, que haciendo pavezas quanto halló cerca, y convirtiendo en cenizas la madera, y toda la demàs ropa de la cama, solo dexò libre, y sin lesion, el lugar, q́ el cuerpo acostado precisamente ocupaba; el modo con que escapò

pó no ſe ſabe. Tuvoſe ſiempre por milagro, ô como ſe dexa entender de las circunſtancias, que vela Dios quando duermen ſus Siervos, para guardarlos.

§. XVII.

Es Rector del Colegio de Valladolid en Mechoacàn, y ocupaciones, que tuvo haſta ſer Maeſtro de Novicios.

DEL Colegio Real de S. Ildefonſo paſſó â ſer Rector del Colegio de Valladolid en la Provincia de Mechoacán. Hallò al Señor Obiſpo de aquella Dioceſis grandemente indignado contra los Prebendados de ſu Igleſia, y otros Republicanos; afligidos buſcaban remedio, para ſu trabajo en los ſantos conſejos del P. Rr. Pedro de Velaſco, quien encomendaba à nueſtro Señor los arduos empeños, que el Sr. Obiſpo emprehendia. La Republica ſe hallaba con inquietudes, y deſconſuelo; cerrabanſe â la pacificacion los caminos, deſſeaba el P. Pedro de Velaſco hablar con buen efecto ſobre las materias de ſu indignacion á aquel Principe. Retiròſe à tener unos exercicios primero para negociar mas à ſus ſolas con Dios: ſaliò de ellos con reſolucion de viſitarle en orden á que templara el exceſivo rigor con que afligia à los Capitulares de ſu Igleſia, y otras perſonas. El dia que lo havia de viſitar ſe arrobò en el ſegundo memento de la Miſſa en que eſtuvo inmoble caſi una hora, haſta que à la fuerza con que el ayudante le tiraba de la ca-

D. Fr. A-lonso E-riquez -ledo, M-cedario murio e 5 .. de 1628

ſulla volvió en sì. Acabada la Miſſa fué á viſitar al Prelado, hablóle con fortaleza, y humildad religioſa; entre otras coſas le dixo ſe quietaſe ſu Señoria, y no fueſſe en proſequcion, y fomento de tan ruidoſo pleyto à Mexico (como eſtaba determinado) porque le hacia ſaber, que ſi no deſiſtia del viaje, no havia de volver mas à Valladolid. Moſtrò por entonces aquel Principe recivir bien las amoneſtaciones del Padre, prometiòle no ſalir de ſu Igleſia: pero al fin diò libres oìdos á la adulacion, y malignidad de algunos, cuya proſpera fortuna es la adverſa de las Republicas; prorrumpiò en palabras de colera, y zaña contra el P. Pedro de Velaſco, vilipendiandole en el miniſterio Apoſtolico de las Miſſiones, que havia exercitado, llamandole Chichimeco, hypocrita, y atrevido; tuvo aqui ſu origen el proverbio, que deſpues ſe hizo vulgar, con que hablò dèl el Sr. Obiſpo: han viſto al Chichimeco, y como dice ſu parecer? Pareciòle tan poco acertado el del P. Pedro de Velaſco, lleno de charidad, y zelo, que ſin eſtàr à lo prometido hizo á Mexico ſu viaje, negoció quanto quiſo, dió la buelta ázia ſu Obiſpado encendido en deſeos de tomar ſatisfaccion á ſu guſto, cargado de cadenas, y grillos para caſtigo de las perſonas de quienes preſumia eſtàr agraviado. En ſabiendoſe en Valladolid la buelta de ſu Obiſpo, empezaron á deſamparar la Ciudad los comprehendidos en eſtas diferencias, huyendo el rigor de un Paſtor indignado. Entre los muchos afligidos, que comunicaron ſu pena con el P. Pedro de Velaſco, fué el Cura de aquel-

aquella Ciudad, que havia mas de treinta años, que ſervia eſte beneficio, á quien el Señor Obiſpo havia eſcrito dos cartas deſde el camino, en un Pueblo llamado Yrimbo, ya cerca de Valladolid, brotando en ella rigores, y amenazas contra el dicho Cura; fuè con ellas en buſca del P. Rector Pedro de Veláſco, encontróle al ſalir de la Tribuna de la Igleſia, y diciendole el Padre, què hay de nuevo Sr. Licenciado? Le reſpondiò con las cartas, ocaſion de ſu deſconſuelo. Leyòlas el Padre, y mirandole le dixo: No tema Señor Licenciado, que Dios no le dará licencia al Señor Obiſpo, que llegue á eſta Ciudad; y ſucediò aſsi, porque otro dia en acabando de decir Miſſa el P. Rector, deſnudandoſe en la Sacriſtia le dixo al ayudante: hermano encomiende á Dios al Señor Obiſpo de Mechoacán, coſa que causó novedad, por no ſaberſe hasta entonces haver enfermado eſte Principe; antes havia nuevas de ſu buena ſalud. Dentro de poco tiempo ſe ſupo, como aquel miſmo dia, que dixo el P. Pedro de Velaſco le encomendaſſen à Dios, havia muerto caſi de repente el Señor Obiſpo, en el Pueblo de Yrimbo; ſuceſo con que iluſtró Dios la ſantidad de ſu Siervo en aquellas Provincias donde fué publico, y permanece la noticia, reconociendo à ſus oraciones la paz, y quietud que ſe ſiguió con la muerte de aquel Prelado. Parece que le maſtifeſtaba nueſtro Señor los rieſgos en que podia vacilar algo el credito de ſu caſa, por la poca circunſpeccion de los criados de ella. Una ſieſta, tiempo en que no acoſtumbraba ſalir de

ſu recogimiento, le viò uno de nueſtros Religioſos, que ſaliendo con mas priſa de la ordinaria ſe encaminaba â la Portería, de donde deſpues de rato entrò con un negro de los que ſervian en el Colegio, y lo llevó conſigo â la huerta. El Religioſo con la novedad los ſiguiò ſin ſer viſto; hallólos, que en un rincòn de ella, dandole al negro una diſciplina le mandaba, que èl miſmo ſe azotaſe. Hizo el negro ſu penitencia, y exhortandole el P. Pedro de Velaſco â que ſe confeſſaſe, y pidieſſe perdon à nueſtro Señor; ſe ſubió á ſu apoſento el Religioſo, que havia viſto lo ſucedido, deſſeando ſaber la cauſa de aquella correccion; ſupo del eſclavo haver ſido, porque eſtaba con una muger en la puerta de nueſtra Caſa, donde el P. Pedro la havia cogido, en ocaſion, que el tiempo, la ſoledad, y el caër ſu apoſento à lo interior del Colegio, haçian impoſſible alcanzar menos que de Dios la noticia. En acabando el Rectorado de Valladolid le llevaron al Colegio de Mexico, donde tuvo à ſu cargo la reſolucion de caſos de conciencia, la Prefectura de eſpiritu, en que ſintieron los nueſtros conocidos aumentos, y la Prefectura de la ſalud, muy conforme á ſu charidad; pues fuè darle titulo para alzarſe con el oficio de enfermero en la perſonal aſiſtencia, y util de los achacoſos, con los miſmos exemplos, que en los eſtudios de ſu juventud. En eſte ſanto exercicio ſe ocupaba alegre, y fervoroſamente, quando nueſtro Padre General le embiò Patente de Rector, y Maeſtro de Novicios del Colegio de Tepotzotlàn, en
que

que moſtrò el Don excelentiſſimo de governar, y conocer eſpiritus, de que le havia dotado el Señor.

§. XVIII.

Modo con que criaba â los Novicios de la Compañia.

SIETE años tuvo â ſu cargo el oficio de Rector, y Maeſtro de Novicios, en que ſacò muchos, y muy aprovechados Diſcipulos. Exercitabalos deſde luego en la abnegacion verdadera de ſu propria voluntad, y juicio; trahialos en perpetua obediencia, dandoles ocupacion, que los humillaſe, en los tiempos que vacaban de la diſtribucion; unas vezes los embiaba â la cozina para que fregaſen las ollas, acarreaſſen la leña, barrieſſen, y aſſeaſen la oficina. Demàs de eſto tenia cuidado de embiarlos por meſes enteros á que aprendieſſen á cozinar con toda ſubordinacion â los cozineros; otras vezes los embiaba â la Porteria de los pobres, para que dandoles la limoſna les fueſſen beſando la mano, y comieſſen con ellos en un miſmo plato. Aficionabalos con eſte exercicio al humilde, y ſeguro trato de la gente mas deſvalida. Havia continua obra en el Noviciado, fabricandoſe entonces el hermoſo edificio, que hoy tiene Tepotzotlan; trahia en ella â ſus Novicios tan ocupados, que era de vèr la humildad, y alborozo con que ſe exercitaban en ella mas de treinta Novicios, que fuè el ordinario numero

ro, antes mas, que menos, de los que tuvo ſiempre á ſu cargo. Repartia conforme las fuerzas de cada uno los exercicios; á unos encomendaba el raſtrillo, para que batieſſen la mezcla; â otros los hazadones, para que repartieſſen la arena, y la cal; â otros los cubos, para que dieſſen el agua; á otros las eſpuertas, para que acarreaſſen la piedra : mas como eſtos exercicios eran no para el trabajo, ſino para humillacion, en tanto los permitia, en quanto los pudieſſe abatir, no de modo, que los llegara â fatigar; ſi havia de derribarſe algun lienzo del edificio antiguo para fabricarle de nuevo, hechaba à los oficiales â que jugaſſen de la barreta, y del pico, y quando yà la ruina levantaba mas polvo, llamaba á ſus Novicios, para que de entre el polvo, padeciendo aquella mortificacion, ſacaſen la madera, y las piedras. En eſtos exercicios de tanta humillacion ſe hallaba preſente el P. Pedro de Velaſco, y era el primero, que con ſu exemplo alentaba á ſus Diſcipulos. Quando paraba la obra por algun tiempo, los llevaba à barrer las azoteas, y patios, todo por zanjar en ellos con profunda humildad, y abnegacion propria la perfeccion Evangelica. A eſte fin, aunque los queria muy limpios, los trahia muy remendados; ſi reparaba en el veſtido algun genero de compoſicion afectada lo mortificaba al inſtante, al uno haciendo, que trocaſſe la ſotana por otra peor; al otro el bonete; al otro la ſobre ropa; y eſto con tal continuidad, que al cabo de la ſemana havia dado buelta un veſtido por caſi todos los Novicios, principal-

palmente unos bonetillos quarteados de colores, y unos xaquetillos, ô sotanas cortas, que mandó hacer para el intento. Lo mismo sucedia en las alhajas de medallas, rosarios, y libritos de devocion; porque si la medalla era curiosa, y reparaba particular aficion en el que la tenia, la mandaba trocar por otra; porque para ganar las Indulgencias, no era menester que fuesse curiosa, sino que tuviesse los mismos Santos, como para rezar el Rosario no era menester, que fuesse bien aderezado, ô pulido. Hasta en las frezadas con que se cubrian las camas, si reparaba mas que ordinario estudio en el asséo, y aliño en las recamaras, hacia que se mudasen las alhajas precisas por otras menos curiosas. Assi descarnaba à sus Novicios de todo genero de aficion â cosas de la tierra, ponderando, que desdecia mucho, que un H. Novicio dexe todos los bienes del siglo por Dios, y en la Religion se embaraze con juguetes, y niñerias, debilitando con estas aficiones rateras una resolucion tan heroyca. En tiempo de frio los exercitaba en ocupaciones, que era forzoso traher en el agua las manos, para que se enseñasen á no arroparlas. Supo de un Novicio, que bien acaso se havia enjavonado las manos, y mandò que por ocho dias se las adovasen con pimientos, sin poder recavar con èl, que conmutase la penitencia, solo porque aquel leve descuido indicaba no tener mucho cuidado de ponerle en Dios todo; y sucediò assi, que dentro de algunos meses lo despidieron. A otros, q̃ parecian mas delicados les hacia batir con las manos el yeso de que

ſe havian de enjalvegar las paredes. Quando ya conocia en ellos, que eſtaban bien actuados en el deſprecio de sì, les daba larga para que en los tiempos de deſcanſo ſe dieſſen al exercicio ſanto de la oracion. Era de vêr lo que ſe frequentaba la Capilla del Noviciado para eſte exercicio, y como todo el tiempo, que les ſobraba de la diſtribucion los tenia ſu Maeſtro ocupados, ſolo les reſtaba para el deſcanſo las fieſtas; y para muchos lo miſmo era tocarles â ſalir de ſilencio, que tocarles á tener oracion. Mas como la hora es de ſuyo tan incomoda, y tan peſada, y expueſta â muchos dolores de cabeza, huvolo de vedar, remitiendoles la licencia para los dias de fieſta, y de aſſueto, principalmente los de la ſagrada Comunion, en que continuaban la accion de gracias por largas horas de rodillas, ſiendo meneſter expreſſo mandato para que algunos delicados de eſtomago la interrumpieſſen por el breve rato, que los mandaba deſayunar. Del deſſeo de exercitarſe en oracion nacia el de maltratarſe con penitencias; por la mañana en diſpertando, y â la noche en recogiendoſe, ſonaban los tranſitos con el eſtruendo de los azotes; muchos hacian tres diſciplinas cada dia haſta derramar ſangre, ibales ſu Maeſtro â la mano, y poniales freno con eſta doctrina: la diſciplina ha de ſer corta, y â menudo, ſegun el dictamen de Santa Tereſa; los azotes han de ſer pocos, buenos, y mal avenidos, porque aſſi ſiempre duelen, y nunca dañan. Lo miſmo ſentia del cilicio, guſtaba que fueſſe de cerdas, no tanto de rayos, ô alam-

alambre; porque aquellos enferman el cuerpo, y le impiden la continuidad, mas aquellos ſiempre cauſan moleſtia, y uſandoſe con prudencia no ſon nocivos â la ſalud. Por eſta cauſa no permitia, que el cilicio paſſaſe de tres horas â la mañana, y â la tarde otras tantas, y eſto no en parte, que dañaſe al eſtomago, ſino en otras, que ſentian mas la aſpereza, y ſe afligian mas con el movimiento; que de eſta manera, decia, ſiempre eſtraña la carne el cilicio, y lo ſiente; porque nunca cobra habito la naturaleza. Aunque era facil en conceder â los Novicios licencia para dormir en la dura deſcomodidad de las tablas, ahorrandoſe del colchón, no permitia que uſaſen de eſta mortificacion ſin hechar una frezada debajo, porque con eſſo la ſalud no peligra, y la deſcomodidad no ſe eſcuſa. Fué caſi inexorable en no conſentir, principalmente â los Novicios mas tiernos, el ayuno de pan, y agua, ſolamente lo permitia â los que entraban ya hombres en la Religion; â los demás el ayuno ordinario, y aun le era meneſter hacerſe con algunos un argos para que comieſſen algo en la meſa. Querialos en la obediencia tan muertos al diſcurſo, que ſi alguno hacia mas de lo que ſe le ordenaba, por juzgar, que aſſi lo quiſo ſignificar, ó entender el Superior, interpretandole las palabras mandaba deshacer lo hecho; porque en obedecer havian de ſer los de la Compañia cuerpos muertos, y baſtones de hombre viejo, conforme â doctrina de nueſtro P. S. IGNACIO, no ſolo para no tener voluntad contraria á la del Superior, pe-

 ro

ro ni entendimiento para diſcurrir, ni adelantarla. A eſtos llamaba Novicios doctos, que para ellos era palabra de grande mortificacion; porque ſabian de èl, que el Novicio tenia mas de verdadero Novicio, que menos tenia de juycio proprio; y aſſi la fraze con que ſignificaba á un Novicio voluntarioſo, era decir: el Hermano fulano es muy docto, que ſabe mejor, que el Superior lo que ha de hacer.

§. XIX.

El eſtilo de oracion, y preſencia de Dios en que imponia â ſus Novicios.

IMponialos en continua preſencia de nueſtro Señor, para que con la accion juntaſen la ſanta contemplacion. A eſte fin quando llegaban las carretas de piedra â la Porteria del Noviciado, llamaba à ſus Novicios para que la acarreaſen á la obra, dandoles materia para que con tal exterior exercicio, y otros ſemejantes, acompañaſen el de la oracion interior; y aſſi les decia à cada uno, lleve tres piedras en nombre de la Santiſſima TRINIDAD. Y al empezar el exercicio ſi alguno por abreviar cargaba con todas tres juntas, no lo ſufria aunque fueſſen muy pequeñas, ſino que las llevaſen de una en una, ſiendo èl el primero, y que les decia: vaya eſta por el Padre Eterno; à la ſegunda, vaya eſta por el Hijo; â la tercera, vaya eſta por el Eſpiritu-Santo. Tenia gran cuidado en que nadie ſe deſcuidaſe en poner ſu piedreſuela, ſegun el

el orden con que las iba ofreciendo. Luego decia: vaya otra por la Santissima Humanidad de Jesu-Christo; otra por el Niño Jesus en el Pesebre; y de esta manera iban refiriendo â Dios, y ofreciendo los Novicios con su Maestro aquel humilde exercicio, discurriendo por los mysterios, y sagrada Passion de Christo Señor nuestro, por los de la Virgen Santissima, y S. Joseph, por nuestros Santos, y almas del Purgatorio. De la misma manera les ocupaba la memoria, y el corazon quando se juntaban â otro qualquier exercicio, y tarèa corporal. Hacia â un Novicio, que fuesse diciendo la Letania de la Virgen, â que respondian los demàs; despues el *Magnificat*, el *Ave maris stella*, el Rosario, y otras Oraciones, pausando â ratos con titulo de descanso, mientras se meditaba algun punto de que les advertia su Maestro; con estas trazas los traia en continua presencia de nuestro Señor, y aficionaba â la oracion mental. Queria que en este exercicio obrase mas la voluntad con afectos, que el entendimiento con discursos. Decia que el discurso solo havia de servir para mostrarnos el bien, descubriendonos la verdad para seguirla, que los afectos unen al alma mas presto con Dios, que era mas seguro para los principiantes, y proficientes, no persistir discurriendo en toda la oracion por el riesgo de curiosidad, que podia introducirse quando la perfeccion no era tan consumada, que tuviesse advertencia bastante para no divertirse el entendimiento; que la voluntad en aficionandose al bien, todo su obrar es amarle, y todo

do ſu deſſeo es poſeerle; de donde ſe ſeguia imperar al entendimiento, para que inquirieſſe, ê inveſtigaſe trazas, y caminos para nunca perder â Dios, y ſiempre agradarle, que es lo mas fino, y lo mas encendido de los afectos, y con que ſiempre andaba la voluntad apeteciendo quanto podia ſervirle al amor en que ſe eſtaba actuando. Induſtriaba mucho á ſus Novicios en el exercicio ſanto de las Jaculatorias, por ſer afectos encendidos del alma, y que con ellas en breve ſe negociaba mucho. Enſeñabales, que de variedad de Jaculatorias, que tenian obſervadas en ſus libritos, eſcogieſſen para entre dia las que mas ſe conformaban con el afecto, que ſacaban de la oracion, ô que hicieſſen el afecto, que ſacaban de la oracion Jaculatoria para entre dia; porque era eſte un modo admirable de continuar la oracion de por la mañana por todo el dia, acordandonos del ſanto propoſito, que haviamos ſacado de ella para executarlo. Mas queria â ſus Novicios muy dados al exercicio ſanto de las Jaculatorias, que ocupados de muchas, y varias devociones vocales; porque para eſtas era meneſter muchas veces lugar, y tiempo â propoſito, y tal vez ſe dexaban, porque no daban lugar los oficios, ô las enfermedades, ſi nò es ya que ſe iban cercenando; porque facilmente ſe canſa la cabeza, y ſe eſcuſaban con qualquier titulo de fatiga. Rara vez duran, y las mas vezes ſe dexan de todo punto, poniendo algunos el ſer recogidos en ſer rezadores; de modo, que en canſandoſe de rezar ſe daban por deſobligados de re-

co-

cogerſe. Exhortabalos â que la devocion con el Santo fueſſe de obras, de mortificacion en honor ſuyo, imitandole en ſus mas ſeñaladas virtudes, que es en lo que conſiſte la devocion, mas que en oraciones vocales. Decia, que muchas vezes los que ſe cargan de devociones vocales, ſe ponen â rieſgo de no hacer lo que deben de obligacion â la regla con que agradaran â Dios, por rezar lo que por guſto, y voluntad ſuya han determinado, con que ni agradan al Santo, ni â Dios, que los quiere mas obedientes, y mas obſervantes, que rezadores: que ninguno de eſtos peligros havia en el exercicio de las Jaculatorias; porque quando los labios no pueden, ſe dicen con el corazon. En todo tiempo, y en todo lugar, en tiempo de enfermedad, y en tiempo de ſalud, en publico, y en ſecreto, canſados, y deſcanſados, ſin peligro de haſtio, y ſin nota de otro. Prohibiales totalmente el hacer votos de rezar â los Santos eſta devocion, ô la otra. Pocas, y con atencion, devocion, y reverencia, y que duren toda la vida, que mas agrada â la Virgen Santiſſima una Ave MARIA bien rezada, que muchos Salterios atropellados. Con eſte eſtilo, y eſpiritu bien fundados en humildad, y proprio conocimiento, en obediencia rendida, en oracion fervoroſa, en penitencia diſcreta, en abnegacion verdadera, deſcarnados de amor, y aficion â coſas de la tierra, y actuados en preſencia de nueſtro Señor, ſacò Novicios de muy ſolida obſervancia, y virtud. Uno de eſtos fuè el charitativo, y fervoroſo Hermano Joſeph de Silva, Coadjutor tempo-

ral, Portuguez de nacion, que muriò en nueſtro Colegio Real de S. Ildefonſo de Mexico de un tabardillo, que le grangeò la charidad con que aſſiſtiò â unos Colegiales, que padecian del proprio accidente, y cuya ſantidad manifeſtò Dios en ſu tranſito, alumbrando mucho numero de luces ſu cuerpo, por eſpacio de caſi veinte y quatro horas, haſta enterrarle, ſin haverſe minorado del peſo de la cera un ſolo adarme.

§. XX.

Conoce el interior, y corazones de ſus Novicios.

ERA comun voz de ſus Novicios, que Dios le manifeſtaba lo interior de ſus corazones. Apenas harìan falta por leve, y oculta que fueſſe, que no la hallaſen en ſus labios, principalmente quando los llamaba â dar quenta de ſus conciencias, que era muy â menudo. Tenia la diſpenſa á ſu cargo un H^{no}. Novicio Coadjutor, ya de edad, y con canas, havia guardado en la diſpenſa unos confites de los que ſe havian repartido â los Novicios en una recreacion mas feſtiva de lo comun, encontróſe con los confites un dia, picaronle las ganas, cerrò la puerta de la diſpenſa, prevenido primero de que nadie le huvieſſe viſto, eſcondióſe en un rincòn de ella, y diò fin â los confites. Saliò muy contento de la diſpenſa para el Refectorio, encontrò en èl â ſu Maeſtro el P. Pedro de Velaſco, que luego le dixo: valgame Dios, Hermano

fu-

fulano, que un hombre viejo â de comer confites como niño? Palabras que le dexaron confuso, viendo, que todos sus recatos, y diligencias no le havian aprovechado, para que el P. Rector no supiesse de Dios su poca mortificacion. En las confessiones les advertia, para que se confessasen con perfeccion, de algunas faltillas, que por muy menudas, y secretas se les passaban de la memoria. Atribuìan esta luz á un Santo Crucifixo pequeño, que tenia sobre su mesa, en quien fixaba tan devotamente los ojos mientras los confessaba, que facilmente creian estarle Dios revelando sus corazones. Sucedióle â un Novicio, que haviendose ya confessado estuvo aguardando por tres quartos de hora, que le diesse la absolucion; y como en todo este tiempo no solo no le hablase, pero ni aun le sintiesse movimiento vital, volviò â mirarle pidiendole la absolucion; viòle tan fixos los ojos en el Sto. Crucifixo, que ni aun pestañeaba, tiròle de la ropa, bolviò en sí, y mandò al Novicio, que â nadie refiriesse lo sucedido. Tenian dos Novicios por oficio el visitar de noche si estaban bien cerradas las puertas de la Casa, hallaron abiertas las de la huerta, entraron en ella, cogieron alguna fruta, fueron al aposento de su Maestro en acabandose la quiete para entregarle las llaves, reciviòlos con seriedad, afeandoles de improviso la golosina; fixò los ojos en el Santo Crucifixo, que tenia sobre su mesa, volviò á mirarlos, comenzò el uno â temblar fuertemente, y se le fuè cayendo la fruta, que tenia guardada, humillaron-

laronse, pidieron penitencia de su falta, mandóles su Maestro recogiessen la fruta, y la almorzasen el dia siguiente, comieronla segun este orden, y ahora fuesse de confusos, y avergonzados, ahora por otra virtud mas secreta, nunca mas apetecieron en su Noviciado esta fruta, ni reiteraron la falta. Con este, y otros semejantes sucesos se persuadian â que todo lo veìa en aquel Santo Crucifixo. Con esta misma luz les hacia làs platicas, y conferencias de la semana, tan conforme â la necessidad de cada uno, que unas mismas palabras obraban muy diferentes efectos en los Novicios; porque unos salian confusos, y cabisbaxos, otros alborosados, y alegres, otros llorosos, y doloridos, otros fortalecidos, y confiados; unos con seguridad de su perseverancia, otros rezelosos de ella; unos aficionados â la oracion, otros â la penitencia; y finalmente, persuadidos todos â que por cada uno de ellos, y no por otro, havia hecho la platica su Maestro; sucediendole al Padre lo que â S. Francisco Xavier, que si el Santo con una razon satisfacia â muchas, y diferentissimas dudas de sus Japones, el P. Pedro de Velasco con una misma razon acudia al remedio de muchas, y diversas aflicciones de sus Novicios. Ponia Dios la medicina de muchas tentaciones, y penosos escrupulos con que examinaba la virtud de sus Novicios en la eficacia de sus palabras. Padecia un Novicio grandes aflicciones, y desconsuelos á cerca de su vocacion, dudando que Dios le quisiesse para la Compañia; determinó manifestarse â su Maestro, y antes

tes de llegar al aposento le salió el P. Pedro de Velasco â la puerta, diciendole solas estas palabras: *Satagite certam facere vocationem vestram per bona opera.* A cuya virtud, y fuerza quedó el Novicio sosegado, alegre, y firme en su vocacion. Iba un Novicio grandemente apurado â comunicar algunos importunos escrupulos con su Maestro, â tiempo, que otros cinco, ô seis havian concurrido á su puerta para lo mismo, y sin haverlos visto el P. en tocando â la puerta respondió desde dentro, entre el H. fulano, nombrandole como si le huviera visto con los demás, y con breves palabras le embiò medicinado, y tranquilo su corazon. Estaban dos Hnos. en el Noviciado, diòle al menor una enfermedad, que decian ser contagiosa, por lo qual le llevò el Provincial á Mexico para despedirle; desconsolado el H. mayor fuesse al aposento del P. Pedro de Velasco su Maestro, el qual estaba en lo interior de su alcoba, y antes de vêrle, ni hablarle el Novicio, le dixo: vaya mi H. que no despedirán al H. Fco. Quedò admirado el Novicio de que se le huviesse entendido su pensamiento, y mas del caso; porque declarandose no ser de contagio el achaque, perseverò su Hermano en la Compañia, y despues leyò una Cathedra de Theologia en la Provincia. A otros decia claramente no quererlos Dios para la Compañia; y el suceso lo mostraba: embiòle el P. Provincial un estudiante para que le reciviesse, detuvolo como huesped, sin darle la ropa hasta tener nuevo orden del P. Provincial, â quien havia escrito las razones, que tenia

para no recivirle: no obſtante, mandó el P. Provincial, que le recivieſſe, y al darle la ropa le dixo: obedeſcamos, pero Dios no le quiere para la Compañia; dentro de cinco años le deſpidieron, y murió fuera de ella. Entraron dos Hermanos en el Noviciado, y dixo de ellos: *Unus aſumetur, & alter relinquetur.* Y fuè aſſi, que el mayor fuè el deſpedido en ſu Noviciado, y el menor perſeveró empleado en Apoſtolicos miniſterios. Del modo con que los trataba quando los recivia entendian muchos le manifeſtaba Dios ſus perſeverancias, las paſſiones mas ſobreſalientes del natural, y ſi las vencerían, ô ſerìan vencidos de ellas. Notòſe el grande regozijo con que diò la ropa à un mancebo de muy lucidas letras, y de grandes eſperanzas en el ſiglo, por ſus muchos talentos, y ſobrada comodidad. Dentro de pocos dias de Novicio le ſalteò al Hermano Joſeph de Cobarrubias, que aſſi ſe llamaba, una calentura maligna, conociò el Novicio, que ſe moria, fundado en el aviſo con que el miſmo dia, que ſe ſintiò enfermo le previno nueſtro Señor, encontrandoſe con la muerte en la forma de ſchele-to, en que la repreſentan al entrar en una oficina del Noviciado. El dia ſiguiente le embió el P. Pedro de Velaſco â nueſtro Colegio de Mexico, para que alli le curaſen; y aquel dia les dixo en la quiete â los Novicios: que encomendaſſen â Dios al Hermano Joſeph, que le havia traìdo â la Compañia para llevarſelo al Cielo; y fuè aſſi, que dentro de pocos dias rindiò ſu eſpiritu con grandes prendas de ſu predeſtinacion, y glo-

gloria; â cuya noticia, y ſeguridad de ſu perſeverancia ſe atribuyò el regozijo extraordinario del dia en que le havia recivido el P. Pedro de Velaſco. Fuè el H. Joſeph de Cobarrubias natural de la Ciudad de Zacatecas, entró en la Compañia graduado en facultades mayores, y dotò en ſu teſtamento la fundacion de un Colegio. Sobrellevaba á unos en los principios; á otros deſde luego los mortificaba con todo rigor; con otros uſaba de medio, de regalo con otros; con otros de ſequedad, y con el tiempo ſe veìan ſer acertados, y aprovecharles eſtos varios afectos. A un eſtudiante le mandó dar el dia que lo recivió una ſotana la mas remendada, y lo dexó en los apoſentos de la Porteria, que ſervian â los hueſpedes, contra el corriente eſtilo, que acoſtumbraba con los recien entrados, retirandolos para que hicieſſen ſus exercicios á lo mas intimo de la caſa. Dentro de onze dias ſe tentó el Novicio de grande preſuncion, y ſobervia, viendo el abatimiento con que ſe trataban los Novicios de aquella caſa, y ſin paſſar de la Porteria pidió ſu ropa, y le deſpidieron. A otro que havia entrado para Coadjutor temporal, dandole la ropa, y embiandole â la cozina fuè todo uno, y de la cozina ſalió brevemente para ſu caſa; porque â ſus vanos penſamientos no le hizo buen plato la humildad Religioſa. Eſtos, y otros caſos muy ſemejantes, que ſe comunicaban, y ſabian en la caſa, tenian perſuadidos á todos, que no levantaba los ojos, ni paſſaba en ſu interior coſa, que el Sr. no le manifeſtaſe á ſu Maeſtro; y aſſi todos procuraban tenerle manifieſto, y patente ſu corazon.

§.

§. XXI.

Casos de sanidad con sus Novicios.

MAnifestóse la eficacia de su oracion en la sanidad, que daba à sus Novicios enfermos, con la imposici on de sus manos, diciendoles el Evangelio de S. Juan. Vencido de un recio tabardillo se hallaba un Novicio en los ultimos terminos de la vida, desahuciado ya de los Medicos, recividos los santos Sacramentos, oleado, recomendada ya el alma, quebrados los ojos, y ya mas con accidentes de muerto, que de vivo; cercabanle sus hermanos, aguardando por instantes, que rindiesse el espiritu; sentian todos tiernamente su fallecimiento, por ser el Novicio de mucha virtud, amables prendas, y talentos con que podia servir gloriosamente á la Religion. Lastimado el Padre Rector Pedro de Velasco de la compassion, que à todos causaba su muerte, se recogió â la Capilla del Noviciado, y despues de rato fué al aposento del moribundo, entrò muy alegre diciendo: *Infirmitas hæc non est ad mortem.* Dixole el Evangelio de S. Juan, hizole la señal de la Cruz sobre la cabeza, sintióse el enfermo al instante con mejoría, y muy en breve con entera convalecencia. Luego que le dixo el Evangelio hizo llamar á un famoso pintor, que vivia en el Pueblo, dióle una estampa de Santa Tecla para que la copiase en un lienzo, que se puso, y hoy persevera sobre la puerta de la Sacristia del Noviciado: entendiendo-

se

ſe de eſta diligencia haver ſido la Santa, interceſora, y medianera para alcanzar de nueſtro Señor la vida de aquel Novicio, que deſpues leyò una de las Cathedras de Philoſophia de eſta Provincia. Otro Novicio tambien deſahuciado de la Medicina por una fiebre putrida, que le ſobrevino, hallandoſe bien diſpueſto para morir, y deſſeando aſegurar entonces ſu ſalvacion, pidió á ſu Maeſtro alcanzaſe de nueſtro Señor le ſacaſe de eſta vida para la eterna. Hizo el P. Rector que los de caſa encomendaſen á nueſtro Señor al enfermo en la Miſſa de aquel dia; antes de decirla le preguntò ſi queria morir, reſpondiò el enfermo, que ſi, dixo el Padre la Miſſa, tardóſe en ella mas de lo acoſtumbrado, todo hecho lagrimas; en acabandola, ſaliò de la Sacriſtia ſin detenerſe à dar gracias, coſa, que jamás le havia ſucedido, entrò á vêr à ſu enfermo, puſole la mano en la frente, hizole una Cruz en la lengua, y dixole: no quiere nueſtro Señor, que el Hermano ſe muera, ſin que primero le ſirva mucho en la Compañia; al inſtante ſe le quitó al enfermo el dolor de cabeza, ſe le abrieron las ganas de comer, hablò con expedicion, no pudiendo antes formar bien las palabras, y finalmente, quedó con tal mejoria, que viſitandole el Medico, dixo no poder ſer menos, que milagroſa; porque ſegun los terminos, y eſtado del mal, no parecia poder naturalmente eſcapar; dentro de poco tiempo convaleciò, y viviò deſpues empleado en el miniſterio de las Miſſiones. A otro tambien deſahuciado le dixo, que no moriria tan preſto, ni de

de aquella enfermedad, y con ſolas eſtas palabras cobrò repentina mejoría, y apreſurada convalecencia. A otro de eryſipela muy peligroſo le ſanò con la ſeñal de la Cruz, y el Evangelio de S. Juan. Havia adolecido un Novicio de una calentura muy malignante, de ſus apreſurados crecimientos, ſe rezelaba algun tabardillo graviſſimo, eſtaba auſente del Pueblo el barbero, y ſe juzgaba el ſangrarle por muy neceſſario. Havia en el Colegio un Hermano Coadjutor, que haviendo querido ſangrar los dias antecedentes á un Padre, fiado de algun poco exercicio, que tenia de lanceta, le havia hecho tres ſciſuras ſin ſacar ſangre, de que por muchos dias le dexó manco; llamóle en eſta ocaſion el P. Rector, dióle una lanzeta, y mandóle ſangrar al Novicio; eſcuſabaſe el Hermano, temeroſo de errar la ſangria con el miſmo peligro, que la otra: dixole el P. Rector Pedro de Velaſco animandole, fie mi Hermano de la obediencia, y haga eſta ſangria. Hizola finalmente en ſu preſencia con tanta deſtreza como el mejor de la facultad, ni el enfermo ſintiò la ſciſion, ni el mal paſſó à delante, aliviandoſe luego de la fiebre el paciente; en acabando de hacer la ſangria, quitandole al Hermano Coadjutor la lanzeta, le mandò que nunca mas en ſu vida exercitaſe el oficio. Preveniale Dios de algunos rieſgos en que podia peligrar la vida de ſus Novicios. Dà tranſito à dos quartos de la clauſura del Noviciado, una ſala muy alegre, y capaz, que ſirve de quiete, y oficio manual para los Novicios; en las bovedas de
eſta

esta sala se acababan de hacer unos florones de yeso hermosissimos, mandò una mañana al dispertador, que quando fuesse â dar luz â los Hnos. Novicios, les dixese que aunque tocaran á oracion ninguno saliese del aposento hasta que èl avisase otra cosa: obedecieron bien cuidadosos de la novedad, quando dentro de poco rato oyeron un grande estruendo de un golpe, que hizo estremecer el edificio; entonces les mandò avisar, que bien podian salir de sus aposentos, y acudir â su tiempo â la Capilla. Salieron los Novicios, y al passar por la sala, que dixe, vieron, que el golpe, y el estruendo havia sido de uno de aquellos florones, que con su mucha grandeza, y peso no fraguò bien en la boveda, y se havia venido abajo, que por haver caido en el mismo transito, y â hora que muchos de ellos havian de passar por allì para la Capilla, se tuvo por del Cielo el aviso, y mas quando vieron, que llamaba el P. Pedro de Velasco â un Novicio, y mostrandole el floron le decia: què fuera de èl Hermano si le huviera cogido esto debajo? Vaya, dè gracias â nuestro Señor, y reze tres vezes la oracion del sudario por las almas del Purgatorio; de donde se coligiò, que sin duda era aquel Novicio â quien amenazaba el fracaso de que Dios le havia librado por las oraciones, y diligencias de su Maestro. Otros casos de la misma calidad omito, por no hazer prolija la narracion, en que se veìa manifiestamente lo mucho, que valian su oracion, y merecimientos delante de nuestro Señor, que con tan singular assistencia le favorecia en el oficio

de Maeſtro de Novicios, que es de tanta importancia, y peſo para la Compañia.

§. XXII.

Va por Procurador à Roma.

EN eſte retiro del Noviciado vivia muy conforme â la devocion, y fervor de ſu eſpiritu, todo ocupado en Dios, ſin el embarazo que trahen conſigo otras ocupaciones mas publicas. Quando en la Congregacion que celebró la Provincia el año de 1637. fuè electo en ſegundo lugar para Procurador à Roma, bolviò à ſu Noviciado acabada ya la Congregacion, y como los Padres antiguos, que ſalieron à recivirle â la Porteria, le ſignificaſſen el conſuelo, que les havia dado ſu eleccion, aunque en ſegundo lugar, dixo: encomienden â nueſtro Señor, que nos trahiga con bien de Roma; y replicandole, pues Padre no và el P. Andrès Perez (era electo en primer lugar) reſpondió, como haciendo reparo en lo que havia dicho, ſin duda, que es aſſi, que puede nueſtro Señor ordenar otra coſa; y ordenolo Dios de modo, que llegando el pliego del govierno antes del deſpacho del primer Procurador, vino por Provincial el P. Andrès Perez; y aſſi huvo de ir à Roma el P. Pedro de Velaſco. Embarcoſe el año ſiguiente de 1638. para Eſpaña, venerandole la gente, y Capitanes de flota como à Santo. No pudo recavarſe del General, que ſe cu-

briesse

brieſſe delante del P. Pedro de Velaſco; tratóle ſiempre con titulo de Señoria, por mas que reconocia en el Padre Procurador peſadumbre, y mortificacion con aquella corteſia con que el General de la flota reſpectaba la calidad de ſu perſona, y ſu ſantidad. En la navegacion todo ſu trato era con los gurumetes, y gente ordinaria del Navio, ſocorriendolos con la racion, ſoſegandolos en ſus diferencias, enſeñandoles la doctrina, y reduciendolos á que ſe confeſſaſen. Llegó á Eſpaña, y la noticia de ſu llegada al Excmo. Señor Condeſtable de Caſtilla, ſu Sobrino, que preciandoſe de venerar en el P. Pedro de Velaſco, un Tio Santo, embiò ſu repoſteria para que lo hoſpedaſen por los caminos, ſaliendo ſu Exca. con muchos Señores de ſu nobiliſſima caſa à recivirlo. Lo mas de que el Padre huia era de eſtas eſtimaciones, y haviendo recivido carta del Señor Condeſtable con la prevencion de ſu venida, para que le aguardaſe, el humilde Padre diſponiendo las coſas de modo, que no ſe alcanzaſe por los criados de ſu Exca. el ardid, ſaliò de la hoſpederia en que ſe hallaba el dia que havia de entrar en ella el Señor Condeſtable, con titulo de ſalirle al encuentro, y cogiendo otro camino de mas rodèo, eſcuſó eſtas honras, y entró en Madrid, donde halló á ſus Excas. no ſolo ſatisfechos de ſu humildad, ſino muy edificados tambien, y con mas aprecio de ſu ſantidad. Dióle nueſtro Señor ocaſion de continua mortificacion en el titulo de V. S. con que le tratò ſiempre el Sr. Condeſtable. Proſiguiò ſu viage à Roma, fuè recivido de

nueſtro P. General Mucio Viteleſchi con demoſtraciones de amor, y de eſtimacion; evacuó felizmente los negocios, que llevaba á ſu cargo, y llenando los Colegios de las Provincias por donde paſſaba del olor de ſu ſantidad, y religioſos exemplos, de que referirè algunos en otros lugares, diò la buelta à Eſpaña, en donde los Colegios de nueſtra Compañia le honraron con ſingulares demoſtraciones del aprecio que hacian de ſu perſona, letras, y religion. Havianle encargado los Superiores à inſtancias del Tribunal ſanto de la fê en eſtos Reynos, que procuraſe por la Suprema el titulo de Calificador del Santo Oficio. Bien queria el P. Pedro de Velaſco eſcuſarlo, mas huvo de obedecer, y comunicandolo con el Señor Condeſtable, le reſpondiò ſu Exc^a. no ſer dificil en haciendo informacion, como lo haria ſu Exc^a. de que era ſu Tio; pues ſi eſſo es meneſter, reſpondiò el humilde Padre, dexelo V. Exc^a. Puſo todo conato en que de ninguna manera ſe le alcanzaſe el titulo por aquel camino; mas no por eſſo dejò de experimentar el mucho aprecio con que eſte ſantiſſimo Tribunal honró, y venerò ſiempre ſu mucha ſabiduria en las continuas, y graves conſultas con que procuraba como de oraculo ſu parecer, y juicio; ni por eſſo tampoco pudo ocultar el deudo tan cercano al Señor Condeſtable, pues lo tenia executoriado D^{na}. Antonia de Velaſco ſu hermana, en los informes preſentados â eſte ſanto Tribunal para el titulo de Alguacil mayor del Santo Oficio, que exerciò en eſtos Reynos D. Pedro de los Rios

ſu

su Eſpoſo. Otros empleos, y ſuceſos de tan largo viage ſe han omitido, porque el P. Diego de Salazar, que fuè ſu Compañero, y nos havia de dar la plena noticia de todo, embarazado con otras ocupaciones fuè dilatando el eſcrito, que de todo ſe le havia pedido, haſta llevarle Dios para si, dexandonos defraudados de eſte conſuelo.

§. XXIII.

Es Prepoſito de la Caſa Profeſſa de Mexico.

VOlviò de Europa à la America con catorze Sugetos, que traxo para eſta Provincia, y en ella hallò Patente de Nueſtro P. General, en que le nombraba Prepoſito de la Caſa Profeſſa de Mexico. Es eſta Caſa muy frequentada de lo mas lucido de la Republica: aſsi por ſus miniſterios, como por eſtár ſituada en el centro, y corazon de la Ciudad. Viendoſe el P. Prepoſito Pedro de Velaſco à los ojos de lo mas granado, y noble de eſtas Indias, fuè en ſu concepto obligacion mas preciſſa el buſcar con mas veras ſu abatimiento, y humillacion; aunque al paſo que mas ſe abatia mas le veneraban. Viſitabale el Exc.^mo^ Sr. Conde de Salvatierra, Vi-Rey entonces de la Nueva-Eſpaña, como tambien los demàs Tribunales, y principal de la nobleza, y el hallarle todo lleno de cal, y polvo, trabajando con los Indios en la fabrica de la Caſa, era motivo en el Sr. Vi-Rey, y demàs Cavalleros de mayor veneracion, y

apre-

aprecio de ſu ſantidad. Con ſatisfaccion del amor, que â los Señores Vi-Reyes, Condes de Salvatierra debió la Compañia de JESUS de eſta Provincia, ſolia embiarles del corto jardin, que tiene la Caſa, unas brevas en uno de los platos comunes, y baſtos de la cozina, y ſus Exc^as. le recivian con mas eſtimacion, y gozo, que ſi les preſentaſe un teſoro, eſtimando en aquella pobre, y llana demoſtracion, un animo limpio de todo polvo de vanidad, un afecto verdadero, y un corazon ſanto. Experimentò la Caſa lo mucho, que valia ſu oracion delante de nueſtro Señor en el ſocorro de las limoſnas de que ſe ſuſtenta; muchos la daban por la devocion particular, que tenian al P. Pedro de Velaſco. Hallabaſe en algunas ocaſiones con total falta de lo neceſſario: aſſi para la Sacriſtia, como para la diſpenſa; iban apurados los oficiales á darle quenta de la neceſſidad en que ſe hallaban, y lleno de ſerenidad, y confianza, reſpondia: vaya H^no. que Dios lo darâ; y luego ſe veìan los efectos de ſu fê viva en los conſiderables ſocorros, que algunos piadoſos republicanos le embiaban, movidos de impulſos ſantos, que ſentian en el alma para hazer entonces aquella limoſna. Entre otros caſos es ſingular el ſiguiente. Hallabaſe la Caſa Profeſſa gravada de un cenſo de ſeis mil peſos, inſtaban los reditos, no tenia la Caſa de donde ſatisfacerlos; afligiaſe el Miniſtro, que juntamente hacia oficio de Procurador de la Caſa, y conſultando con el P. Prepoſito algunos medios para ayudarſe en aquella apretura, le reſpondiò: nego-

go-

gociemos primero con Dios el remedio. Para negociarlo ſe retirò â unos exercicios, en eſte tiempo le diò impulſo al P.Miniſtro de viſitar al Theſorero D.Juan de Ontiveros Barrera (hoy defuncto) Caballero muy pio, y benefactor inſigne de la Caſa Profeſſa, dióle quenta de la afliccion en que ſe hallaba la Caſa, remediòla el Theſorero con los reditos, que exhibiò luego con los ſeis mil peſos para que ſe quitaſe el cenſo. Volviò grandemente conſolado el Miniſtro, que era â la verdad inſigne, contò la limoſna, y en ocaſion de tanta apretura juzgò por neceſſario dar quenta del buen ſuceſo al P.Prepoſito, no obſtante la clauſura de ſu retiro, abriò la puerta del apoſento, entró, y antes de hablar palabra le ſaliò el P. Pedro de Velaſco al encuentro diciendole: vê V. R. P. Miniſtro como nueſtro Señor nos ha favorecido, Dios ſe lo pague al Señor Theſorero, pues nos dà los ſeis mil peſos, y quita de cuidado. En oyendolo el Miniſtro ſe le erizaron los cabellos, porque ſolo Dios ſe lo podia haver dicho, y lleno de eſtupor exclamò diciendo: *Exi â me Domine, quia homo peccator ego ſum.* Mas la reſpueſta del P. Prepoſito Pedro de Velaſco, fuè cerrar otra vez ſu ventana, y tornar al retiro de ſu oracion. Debiòſe â ſu mucha ſolicitud acompañada de tanta ſantidad, el feliz ſuceſo del pleyto, que criò Dña. Mariana Niño de Aguilar, contra la fundacion de la Caſa de Novicios, que tenemos en Mexico, con titulo, y advocacion de Santa ANNA, intentando paſſarla con deſcredito de la Compañia al Colegio de San Angel,

que tienen los Padres del Carmen descalzos fuera de la Ciudad. Pretendia D^{na}. Mariana no haver cumplido la Compañia con las obligaciones de la escriptura de la fundacion. Tocaba â lo mas vivo del credito, y puntualidad con que siempre se ha desempeñado la Compañia de las obligaciones de que se carga para con sus fundadores. Saliò â la defensa de su credito, y de modo se confundió la inteligencia de algunas clausulas de la escriptura, que se fuè dilatando por muchos años el pleyto. Llevose al Real Consejo de las Indias, de donde por no ir en estado se debolviò otra vez â la Real Audiencia de Mexico. Estaba muy crecido el proceso por tener mucha edad; entregosele por ultimo remedio al P. Preposito Pedro de Velasco, fiando de su mucha capacidad les hallaria estado â las materias, y sacaría en limpio el credito de la Religion. Leyóle todo sin perdonar folio, ni renglon; y de modo facilitò la inteligencia, y sano conocimiento de algunos puntos enmarañados, que concediendo el Real Acuerdo la vista de ojos, que por instancias del P. Preposito Pedro de Velasco hizo personalmente el Exc^{mo}. Señor Vi-Rey, Conde de Salvatierra, constó al mundo las muchas ventajas con que la Compañia de JESUS se havia desempeñado mas de lo que era obligada en las escripturas de su fundacion. Desistióse del pleyto por instrumento publico, que entonces hizo D^{na}. Mariana Niño de Aguilar, y confirmò de nuevo la fundacion, que havia hecho con el Capitan D. Melchor de Cuellar su Esposo, debiendose

dóſe el buen progreſo de ſus aciertos, al cuidado, y oraciones ſantas del Padre Prepoſito Pedro de Velaſco, que tan felizmente lo dirigiò.

§. XXIV.

Es Rector del Colegio Maximo, y entra â ſer Provincial.

PRepoſito de la Caſa Profeſſa le hallò el P. Viſitador Juan de Bueras, á quien dentro de poco tiempo le vino Patente de Provincial, y al P. Pedro de Velaſco el Rectorado de S. Pedro, y S. Pablo de Mexico. El miſmo dia que el P. Provincial Juan de Bueras tomó poſeſſion de ſu oficio le derribó en la cama una calentura maligna; cogióle desflaquecido con ſus muchos achaques, y edad, y aſſi en breve llegò â los ultimos terminos de la vida. No perdonò gaſto, ni diligencia el P. Rector Pedro de Velaſco, que no la empleaſe toda en el regalo, y cura del P. Provincial. La aſſiſtencia â ſu cabezera era continua, y de la miſma ſuerte las oraciones â nueſtro Sr. pidiendole ſu ſalud, pero queria premiarle Dios los muchos trabajos, que por ſu amor, y ſervicio havia padecido en la Provincia de Philipinas, de donde havia venido por Viſitador â la Nueva-Eſpaña, para edificarnos con ſus ſantos exemplos, de que hazen honorificas memorias las letras annuas de eſta Provincia de Mexico por los años de 1646. y 1647. Con las medicinas, y

mucho cuidado, parece amainaba la calentura en ocasion, que de improviso juzgò el P. Rector ser preciso darle luego aquel dia el Viatico, y Extrema-Uncion; pareciò â los Medicos, y â los de Casa apresurada la diligencia. Hizo el P. Rector Pedro de Velasco, bien contra el parecer de los que podian darle, que tocasen la campana de Comunidad, ya â los fines de la tarde, para que baxasen â la Sacristia los de Casa. Haviase revestido ya de Sobrepelliz, y Estola, quando el juzgarse por muy fuera de tiempo la diligencia, y estàr muy minorada la calentura, hizo determinar en los mas cercanos al P. Provincial, que se difirieſſe para otro dia el Viatico. Aſſi se lo avisaron en la Sacristia delante de la Comunidad del Colegio. Suspendiò por un rato la respuesta, y con eficaz, y notable resolucion respondiò, poniendose la museta, que avisasen al P. Provincial, que allá le llevaba el Santiſſimo Sacramento, que le aguardase. Reciviò el P. Provincial el Viatico aquella tarde, poco despues la Extrema-Uncion, y aquella noche rindió el alma en manos de su Criador. El efecto tan no esperado manifestò no ser apresurada, sino muy â tiempo, y revelada del Cielo al P. Rector Pedro de Velasco, la diligencia, con que recividos todos los Sacramentos descansó en el Señor â los catorze dias de su Provincialato el P. Provincial Juan de Bueras. Abriòse el pliego, *casu mortis*, y en èl se hallò nombrado Provincial de la Nueva-España el P. Pedro de Velasco, puso precepto â los Consultores, para que no publicasen su nombramiento hasta

con-

concluir los funerales del P. Provincial defuncto. No por esso dejó de traslucirse â los de Casa;porque viendo, que èl tambien iba con los Hermanos á cubrir de lutos el lugar en donde pusieron el cuerpo para llevarle en procession á la Iglesia, y juntamente lo demiso, y triste de su semblante; juzgaron no ser otra la causa, que el oficio de Provincial; lo uno, porque la serenidad, y paz uniforme en lo prospero, y en lo adverso del Padre Pedro de Velasco, sin alterarle, ni la afliccion, ni el consuelo; y lo otro saber, que si para èl havia mortificacion, que pudiera sobresalir con visos tan melancolicos al semblante, solo era el govierno. Indicaban con certidumbre haver puesto Dios sobre sus ombros, no sin particular providencia, por el modo con que entrò en el oficio, y efectos, que se siguieron, la carga, y cuidado de la Provincia. En publicandose, que el Padre Pedro de Velasco era el Provincial, ocupò â todos un gozo, y alegria muy sencible, prognosticando el celestial govierno con que sus Subditos havian de experimentar en su pecho oficios verdaderos de Padre. Quanto era zeloso en la observancia, no permitiendo, que por modo alguno se disimulase la correccion publica, aun de las faltas muy leves, en que le tuvieron por nimio, era igualmente piadoso, y caritativo. Vivian todos seguros, y confiados del amor paternal con que los corregia en sus necessidades, y desconsuelos. Acudian â èl con toda satisfaccion, y llaneza; porque siempre le hallaban benigno, y siempre desseoso de remediarlos.

No havia para èl tiempos, ni coyunturas, qualquier tiempo, y en qualquier inſtante le hallaban de ſazòn, y temple para negociar los Subditos ſu conſuelo, no dejando medio, ni diligencia poſſible para contentarlos â todos. Embióle nueſtro Padre General nueva Patente, confirmandole por todo el triennio ſiguiente el oficio de Provincial; mas la humildad del P. Pedro de Velaſco, que le hacia la carga del govierno muy peſada, admitiendo la libre diſpoſicion, que en eſte caſo le dejaba nueſtro Padre General, con beneplacito, y licencia, que para ello conſiguiò de ſu Paternidad; empezó la quenta de ſu triennio, no deſde el tiempo en que recivia la nueva Patente, ſino deſde el dia, que con la muerte del P. Juan de Bueras le entregó Nrô. Sr. la Provincia; y porque el grande caudal de virtudes excelentiſſimas con que le gozamos en ſu Provincialato, no ſe puede comprehender en breves renglones, diré de algunas de ellas, en particular por los parrafos, que ſe ſiguen.

§. XXV.

Su Abnegacion.

ABnegacion de si miſmo, no es otra coſa (dice S. Baſilio el Magno en ſus reglas) ſino un ſumo olvido de quantas coſas ſe poſeyeron en la vida paſſada, y una entera renunciacion de ſu voluntad, y guſtos en la preſente. Ardua empreſa le pareció al Santo, y verda-

daderamente la total abnegacion de sì miſmo, con la perfeccion, que el Evangelio nos pide; es muy ardua, y por eſſo tan meritoria, que en ſolo la abnegacion propria quieren los Santos ſe recopile toda la perfeccion. El P. Pedro de Velaſco es uno de los exemplares, que Dios nos ha pueſto para que mas ſe nos facilite ſu execucion. Todas ſus virtudes, como iremos viendo, ſon una perfectiſſima abnegacion de sì miſmo, como San Baſilio la pide, y quiere el Evangelio. De tal manera olvidò quanto poſeía en el mundo, que como dixe parecia un hombre ſin genealogía de carne, jamás en toda ſu vida ſe le oyò palabra, que tocaſe al excelentiſſimo tronco de ſu caſa, los Señores Condeſtables de Caſtilla, ni al Exc^{mo}. Vi-Rey tres vezes de Indias, primer Marquèz de Salinas D. Luis de Velaſco ſu Tio, ni â los demàs Señores, Titulos, y Vi-Reyes ſus nobiliſſimos deudos, que con tan ſuperiores goviernos iluſtraron eſtas Provincias; los Iluſtres Señores Condes de Santiago, luſtre, y honor de la Nueva-Eſpaña, reconociendo quanto honraba ſu linage un Varon de tan heroyca ſantidad, y prendas, como el P. Pedro de Velaſco, y viendo por otra parte el eſtremado retiro con que teniendo en Mexico ſu Palacio, ni aun lo viſitaba, decian con amoroſa quexa, que parecia, que el P. Pedro de Velaſco, no ſe dignaba de ſer ſu pariente. Quando algunos Señores, y Cavalleros le viſitaban, tratando de los grandes ſervicios, que ſus progenitores havian hecho â los Reyes nueſtros Señores, y la grande eſti-

ma-

macion, y caudal, que hizo el Sr. Rey Phelipe II. del acertado consejo, y prudencia militar, y nautica de su Abuelo el Adelantado Comendador D. Pedro Melendez de Avilès, refiriendo sus gloriosas hazañas, se sonroseaba con un encogimiento, y semblante tan mortificado, que reconociendo su pesadumbre mudaban la platica, y si persistian en ella cortaba â las materias el hilo con notable destreza. Ni la cercania de los lugares, y de la sangre, pudo reducirle â que visitase â sus hermanos. Siendo Rector de Tepotzotlan no se pudo recavar con èl por ruegos algunos, que visitase â Doña Antonia de Velasco su hermana, que por muchos tiempos havia carecido de este consuelo, y â la sazòn era Alcaldesa mayor de Quautitlàn, Pueblo distante del Noviciado una legua, y huvieron de recurrir al P. Provincial estos Señores, para que expressamente se lo mandase. Visitabale algunas vezes en el Colegio de Tepotzotlan el P. Fr. Diego de Velasco su hermano, del Orden de S. Augustin. Tenian ordenado los Superiores al P. Pedro de Velasco, le socorriesse con alguna limosna, conforme â su calidad, nunca quiso, que la reciviesse de su mano. Ttratabale cortès, y caritativamente, y lo remitia al portero, para que reciviesse la limosna de mano del que tenia por oficio repartirla â los demàs pobres. Haviendo de ir por Procurador á Roma le pareció al P. Fr. Diego se le abria muy seguro camino para negociar sus ascensos en España. Hallóle tan cerrado, que no halló en el P. Pedro de Velasco, sino razones para disuadirle

de

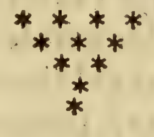
de ſus intentos. Rogabale, que por lo menos llevaſe ſus papeles, y en Eſpaña los entregaſe â uno de ſus muchos, y muy nobles deudos; y para mas obligarle â eſta pequeña diligencia le dejò los papeles ſobre la meſa del apoſento; mas el P. Pedro de Velaſco haciendo ſu viage ſe dejó en el miſmo apoſento los papeles: y aſsi deſiſtió ſu hermano del aſcenſo que pretendia. Muchas vezes le buſcaban perſonas de calidad, que hacian camino por nueſtro Noviciado de Tepotzotlan, hallabanle metido entre la mezcla, y peones de la obra, tan lleno de cal, y tierra, que deſconociendole por el veſtido, y oficio tan deſpreciable â los ojos del mundo, penſando ſer el Hermano obrero le preguntaban â él miſmo por el P. Rector, y encaminandolos â ſu apoſento les hurtaba la buelta, y limpiandoſe el veſtido mal, y apriſa, del lodo, y polvo, que ſe le havia pegado, ſalia â recivirlos con no poca admiracion de los que le havian hollado en ſu tratamiento, conociendo ſu calidad. Sucedia ir algunos eſtudiantes â ſer recividos, y hallando al P. Rector con el P. Miniſtro, juzgando de la vil ſotana, y ropa del P. Pedro de Velaſco, que ſerìa el Hermano cozinero, iban á abrazar primero al Miniſtro, que advirtiendoles reciviesſen primero la bendicion del P. Rector, reſpondia alegre de vêr, que le tenian por menos, que á los demàs, *bien hacian, bien hacian.* Hallabale el Señor Vi-Rey Conde de Salvatierra, quando le viſitaba en la Caſa Profeſſa, y los demàs Señores de aquella Republica, entre el lodo, tierra, y

ma-

materiales de la fabrica: enterneciendose de vêr un hombre de sus prendas en aquel abatimiento, y aunque el Padre se alegraba de que lo hallasen lleno de cal, y lodo, porque assi le tuviessen en menos, le salian tan contrarios sus pensamientos, que quando iba à Palacio aunque fuessen muchas las ocupaciones de los Señores Vi-Reyes, siempre le franqueaban la entrada, saliendole á recivir con la veneracion, que á un San Francisco de Borja, como decian sus Excelencias, que en este concepto le veneraban. Y aunque le pedian muchas vezes su bendicion como à Santo, jamás lo pudieron recavar de él, escusandose con otras platicas, y razones. Quando salia por las calles de Mexico ya Preposito, y ya Provincial, viendo el trage, y habito de su persona tan despreciable, y abatido, juzgaban los que no le conocian por hombre de muy baja esfera, si bien la santidad, que se traslucia por su rostro ponia en los que le miraban devocion, y respecto. Como este menosprecio, y abnegacion de sì mismo era de tanto aprecio en los ojos de Dios, tal vez, que à los ojos ciegos del mundo, fué motivo de despreciarle, se viò de contado el castigo del Cielo. Entre los muchos viages, que por razon de sus oficios hizo en servicio de la Religion, una vez llegó enfermo con otro de la Compañia á una venta, pidió el Compañero le diessen un colchonsillo para alivio del P. Pedro de Velasco su enfermo; la ventera, que era libre, y de condicion aspera, como de ordinario lo son las de este oficio, viendole tan abatido en el habi-

to,

to, y trage de ſu perſona. Empezò â tratarle con notable rigor, y deſcomedimiento, notandole de acomodado, y haciendo mofa, y eſcarnio de ſu dolencia. Salteóle de repente una enfermedad â la dicha ventera, con tan agudos dolores, y anſias, que entendiendo todos, que acababa la vida la Sacramentaron â toda priſa; perſuadieronſe ſer caſtigo del Cielo, por la deſcorteſia con que havia deſpreciado la perſona del P. Pedro de Velaſco, que compadecido de la afliccion de aquella pobre muger, hizo oracion à Dios, pidiendole ſu ſalud: luego ſe ſintiò aliviada del accidente, y dentro de poco tiempo con ſanidad. Nunca ſe le oyò en ſus converſaciones, que hicieſſe memoria de ninguno de los oficios de Superior, que havia tenido, ni de las mejoras con que havia aumentado los Colegios que governò: aſſi ſe olvidaba de ellos en acabando el oficio, como ſi jamàs huviera tenido tal cargo. Todo el diſcurſo de la vida del P. Pedro de Velaſco eſtá brotando raros exemplos de la abnegacion, y deſprecio con que tratò al mundo en el abatimiento de ſu perſona, por lo qual decia el P. Guillermo de los Rios, Varon graviſſimo, que en el P. Pedro de Velaſco ſe veia muy bien executado el *abneget ſemetipſum*.



§. XXVI.

Su Humildad.

ES inſeparable compañera de la propria abnegacion la humildad. No parece, que traía otro cuidado el P. Pedro de Velaſco, que el de humillarſe, y abatirſe; ya le vimos deſde que entrò en la Religion rodar como un eſtropajo por las cozinas, acudir â la obra como un alarife, frequentar las Porterias de las Religiones como un pobre mendigo, comer con los pobres mas aſqueroſos, ſervir â los enfermos, aunque fueſſen eſclavos, buſcar los infimos lugares; y en todo lugar, y tiempo no perder ocaſion de humillarſe en las Miſſiones; èl miſmo con un azadòn les ayudaba â labrar la tierra â los Indios, y fabricar ſus pobres chozuelas; èl era el primero, que ponia manos â la obra para edificar las Igleſias de ſu Partido. Levantando las paredes de una Igleſia le hallò el fervoroſo P. Miguel Godines, que vino de Europa para eſtas Miſſiones, quando movido de la fama de ſu ſantidad, y letras, de que eſtaba llena la Provincia, llegó con deſſeo de vêrle, y comunicarle â eſtos Pueblos de ſu Partido; preguntó â los Indios de la obra por el P. Pedro de Velaſco, reſpondióle el miſmo Padre en latin, y conociendo por el Idioma â quien no havia conocido, ni por el trage; porque la ſotana era de paño pardo, y tan llena de remiendos, de varios colo-

res,

res, que no lo parecia, juzgando ſer el Sacriſtan de la Igleſia, ni por la ocupacion; porque le halló entre el lodo, y tierra, en los andamios ſobre que trabajaban; ſe le hechò â los pies el Padre Miguel Godines, reverenciandole, y confirmandoſe mas en el concepto, que traía de ſu ſantidad. Con el teſtimonio cierto de abatimiento tan grande, ſiendo Rector del Colegio Real de S. Ildefonſo, èl miſmo remendaba los mantos, y veſtidos à los Colegiales pobres, y meneſteroſos. Lo miſmo le ſucediò con los eſclavos del miſmo Colegio, limpiandoles, y aderezandoles con ſus proprias manos los veſtidos viejos. Siendo Rector del Colegio de Valladolid èl miſmo cargaba las tablas, y colchones para los hueſpedes, y les hacia las camas. Todo el tiempo que fuè Prefecto de la Salud en el Colegio de Mexico, â titulo, y con ocaſion de ſu oficio, no permitia que otro limpiaſe los vaſos inmundos de los enfermos, barriales los apoſentos, limpiabalos, y aplicabales con ſus miſmas manos los medicamentos. Los años que fuè Maeſtro de Novicios ya le vimos acudir con ellos â la obra de aquel Colegio, que la huvo todo el tiempo, que governò aquella Caſa, y á ſu ſolicitud, y trabajo perſonal, ſe debe la mayor parte del hermoſo edificio, que hoy tiene el Noviciado de Tepotzotlàn. El miſmo cogia el pico para desbaratar las piedras, dabalas â los alarifes, cargaba en ſus ombros la mezcla, amazaba la tierra de que ſe havian de hacer los ladrillos; deſpues de cozidos èl los raſpaba para igualarlos, molia el yeſo, batiálo,

bruñia el enjalbegado de las paredes. No le faltaban en eſtos exercicios tan humildes,ocaſiones muy grandes de mortificacion. Eſtaba una vez dentro de una zanja muy honda labrando con los demás Indios el cimiento de un quarto, que ſe havia de levantar; llevaban los Novicios la piedra, dexó caer uno de ellos una gran loza ſobre cantidad de mezcla en que trabajaba el Padre, ſalpicóle con el golpe los ojos, y limpiandoſe con la ropa le dixo con notable ſerenidad: ea hermano, bueno va. Otro Novicio le diò un barretazo en el pie, con el dolor que ſe deja entender, y con toda manſedumbre le dixo: Hermano mire otro dia lo que hace. Otra vez apagando una poca de cal hecharon de repente un cubo de agua azia la parte donde èl eſtaba, ſaltò la cal, diò al Padre de modo, que fuè meneſter arrojarle encima cubos de agua para que no ſe abraſaſe; y ſin decir una ſola palabra ſe fuè â ſu apoſento. En acabando la preciſa ocupacion de exhortaciones, conferencias, y platicas, todo ſu empleo era en la obra. La viſpera del dia en que havia de ſalir de Tepotzotlàn para ſu viage â Roma, ſe eſtuvo trabajando en la obra haſta la noche, como ſi tal viage no le eſperaſe. Quando traìan las carretas de paja hacia que los Novicios la acarreaſen deſde la calle â los pajares en unas mantas, y èl en ſu miſma ropa, con que era preciſo que ſe le pegaſen muchas en el veſtido, y hacia de ellas el donaìre, que ſe pudiera hacer de una gala de muy rica tela. Para entretener â los enfermos,y ocupar â los Novicios, que les

aſſiſtian, apoſtaba con ellos à quien mejor les eſpantaba las moſcas, con mil trazas que buſcaba para hecharlas del apoſento del enfermo, y ſiempre daba la apueſta â los Novicios, para que ellos ſe alboroſaſen de que le ganaban, y ſe alentaſen â ſacudir con mas eficacia las moſcas. Quando en el Colegio de Sevilla aguardaba â los Padres, que havia de traer para eſta Provincia, llegando los de la Provincia Flandro-Belgica, èl miſmo les quitò las eſpuelas, y llevò en ſus ombros haſta el apoſento de ſu hoſpederìa el hatillo pobre de ſus papeles. Ya le vimos en la Caſa Profeſſa ſiendo Prepoſito, como â viſta de los Vi-Reyes, y nobleza de Indias ſe ocupaba en la obra como en el Noviciado. Tal vez le coſtaràn caro eſtas humillaciones, ſi Dios no le guardara. Andaba entre los paredones, que ſe derribaban, y los que ſe levantaban de nuevo, mirando, y remirando lo que ſe trabajaba, quando poniendo el pie en vago ſe hundiò de manera en un albañal, que â no hallarſe cerca quien con tiempo le ſocorrieſſe huviera peligrado ſu vida, mas le ſacaron tal, que fuè neceſſario mudarle todo el veſtido, alegrandoſe de vêrſe tan aſqueroſo. Siendo Provincial nunca quiſo dar la mano que le pedian para beſarla, venerandole como á Santo, aſſi en la Ciudad, como por los caminos. Traìa contienda con el Hermano que hacia oficio de Compañero ſuyo, ſobre que no le havia de barrer el apoſento, eſtando èl impedido con ſus achaques para ſemejante exercicio; lo mas que ſe recababa de èl, era que permitieſſe, que le ayudaſen, y en

tal caſo èl cogia el agua para regar, y la eſcoba para barrer. Quando caminaba para viſitar la Provincia, y llegaban â parage donde no havia caſa, leña, ni lumbre, èl era el primero que ſalia á buſcar la leña, y ſe ponia â hacer la lumbre; ſi querian eſtorvarle los mozos, ô el Compañero, blandamente los retraìa, diciendoles: cada uno haga por sí, dando á entender, que como todos havian de comer, todos havian de cooperar â lo neceſſario para la comida. El miſmo cuidaba de dar la cebada, y paja à la mula, y eſtorvandoſelo los Compañeros èl los divertía, diciendo: cada uno cuide de lo que le toca. Aprovechóle aun para librarſe de un grande precipicio eſta humildad: era tan brioſa la mula, que le tenian dedicada, que en ſubiendo en ella qualquiera de los mozos, que la trataban, ſe azoraba tanto, que con ſer buenos ginetes, y picadores, tenian muy bien que hacer para que no los ſacudieſſe de la ſilla. Por eſtos brios, y azoramientos la llamaban los mozos la rebelada: en queriendo ſubir en ella el P. Provincial Pedro de Velaſco, ô reconociendo el beneficio con que le daba en el canto de ſu ropa, los granos, ô lo que es mas cierto, conociendo ſu ſantidad, ſe dejaba llegar como una oveja â qualquiera pretil, ô lugar alto, y alli ſin menearſe recivia al Padre, que por impedido no podia ſubir con tanta agilidad, que no le fueſſe hiriendo con la eſpuela la anca, y caminaba con èl tan ſin inquietud, ni azoramiento, como ſi nunca ſupieſſe de brios. Eſpantoſele una vez, hechóſe á correr por unos precipicios,

quan-

quanto mas carreras, y vozes daban los mozos para detenerla, tanto mas ſe alborotaba la mula. Dejò los eſtribos el Padre, y aſiendoſe de la arcion con las manos, le clavó las eſpuelas en el peſcueſo, accion que la havia de inquietar mas, y diciendole con un grito: detente mula por amor de Chriſto, ſe parò inmoble la mula, ſoſegóſe, y proſiguiò ſu camino con la miſma manſedumbre, que antes, haſta que el Padre ſe apeaba de ella, que entonces eran ſus alborotos, y brios. Con ſer el P. Pedro de Velaſco tan humilde en ſus obras, y en ſus acciones, ſe le notò, que jamás uſó de aquellas palabras con que otros ſantos Varones loablemente han querido ſignificar el bajo concepto de ſu eſtimacion propria, llamandoſe jumentos, beſtias, y otras de eſte genero; lo mas que ſe le oyò decir, haviendo ya dejado el cargo de Provincial, reſpondiendo â otro Padre, que le daba el parabien de haver dejado el oficio: nos han quitado la carga, pero no la enjalma, ſignificando humildemente, que aunque no era Provincial, le havia dejado nueſtro Padre General el cuidado de algunos negocios graves de la Provincia. El mayor teſtimonio de ſu humildad excelentiſſima, es lo mucho que procurò encubrirnos ſus virtudes, y regalos con que Dios le favorecia; porque ſi ſu Divina Mageſtad no huviera diſpueſto, conforme los lugares, y tiempos de ſus oficios, ſe traſlucieſſen â nueſtros ojos, es cierto, que nada ſupieramos. Era totalmente adverſo à exterioridades, aun en ſus Novicios no las permitia, ſino que

todo

todo fuesse solidez de interior. Nunca se le notò ademàn el mas leve, que sobresaliesse de la serenidad, y modestia, que comunmente professa la Compañia.

§. XXVII.

Su Pobreza.

NO se le conocieron mas alhajas en toda su vida, que sus cartapacios, y estos muy pocos, ni mas libros, ni una Imagen siquiera de papel. De los Colegios, que governò, saliò sin mas aumento en lo personal, que el vestido ordinario. El dia que salió de Tepotzotlàn para Roma, no sacò otra mejora, que una sotana de paño tosco, menos vieja, que la que antes le servia. Conservaba todavia el titulo, y oficio de Rector de aquella Casa, y con todo le pidió licencia muy especial al Ministro, que quedaba por Vice-Rector, para llevar dos piedresitas de estancàr sangre. Por mas que le instò el Ministro para que admitiesse algunos reales, que le podian ser muy necessarios para su vestuario, â puras instancias solo admitió unos medios tomines para que los mozos que le acompañaban comprasen alguna fruta en el camino. Quando era Novicio se vestia el deshecho de los otros Novicios. En las Missiones andaba tan roto, que por las roturas de la sotana se le parecian lar carnes. Muchas vezes anduvo descalzo, porque ni aun zapatos tenia.

Sien-

Siendo Rector del Noviciado no ſe pudo recavar dèl, que ſe viſtieſſe de nuevo. Aqui le preſentaron unas gamuzas, y pareciendole ſer la materia pobre, y durable, mandó al ropero que le hicieſſe de ellas unos calzones; los que ſe quitó eſtaban tan llenos de remiendos, y tan deſpedazados, que no ſupo diſtinguir el ropero qual havia ſido la primera materia de que ſe havian cortado. Los de gamuza llevò, y traxo de Roma, y en el Colegio de Sevilla le hallò uno de nueſtros Hermanos, que traxo para eſta Provincia, que los eſtaba tirando con toda fuerza, porque haviendolos lavado el miſmo Padre, como eran de gamuza, ſe encogieron, y ſe arrugaron de modo al enjugarſe, que no tan facilmente pudo deſpues ſuaviſarlos; con todo eſſo le ſirvieron, y deſpues en la Provincia coſtó no poca dificultad el mudarſelos. Si no era quando el ropero le aviſaba, que ya los zapatos que traìa paſſaban de viejos â indecentes, no ſe los quitaba, y entonces havian de ſer los que ſe ponia del deshecho de ſus Novicios, con un remiendo como capillo en la punta. Teniale ordenado el Provincial, que moderaſe la extremada pobreza de ſu veſtido, ſiquiera por el decir de las gentes; mas el decir de las gentes le inmutaba tan poco, que perſiſtia en el rigor de ſu tratamiento. Fuè el Provincial â viſitar el Colegio, aviſaronle que eſtaba en la Porteria, ſaliò â recivirle, y por no darle diſguſto cambió ſu ſobre-ropa con la del primer Novicio, que ſe encontró; y ſiendo ordinariamente la ropa de los Novicios la mas vieja, y remen-

dada, fuè la de un Novicio mejor, que la de ſu Maeſtro. No le ſalió la diligencia al intento; porque el Novicio con quien mudò la ſobre-ropa era pequeñito, y quedó, penſando mejorarſe,tan empeorado,por venirle muy corta, que no pudo dejar de notarlo el Provincial, y reñirſelo, diſcurriendo lo que havia ſucedido. No hay memoria de que ſe puſieſſe veſtido nuevo, que le duraſe dos, ô tres dias; porque ô no le podian vencer â que lo admitieſſe, ô ſi por voluntad, y fuerza ſuperior lo recivia, no ſoſegaba haſta cambiarlo por otro ya remendado, ô traido. Un mantèo nuevo de paño le hicieron recivir recien venido de Roma, puſoſelo en el apoſento, y dixo, que ya con aquello havia ſatisfecho al deſſeo que tenian de que ſe lo puſieſſe,y al inſtante lo cambiò por uno ya maltratado, y raìdo de otro Padre de los de la Caſa Profeſſa de que era Prepoſito. Siendo Provincial le hicieron una ſobre-ropa nueva, y no huvo remedio de ponerſela, haſta que el Hermano que hacia oficio de ſu Compañero la uſaſe por algun tiempo. En eſte miſmo oficio de Provincial no pudiendo ſus Compañeros perſuadirle á que mudaſe de ropa interior, por conſtarles,que traìa hecho arapos el jubòn,y calzones, le dexaron deſcuidar, y una noche con diſimulo ſe la mudaron;quando â la mañana hechò menos ſu ropa, y que ya no tenia remedio el mejorarla, fuè graviſſimo ſu ſentimiento, y cauſó en èl tanta pena, que no podia diſimular ſu ſemblante el tormento graviſſimo, que le ocaſionaron. Viendo el Hermano Coadjutor

que

que le acompañaba, que la ſotana de ſu Provincial paſſaba ya de muy rota â menos decente, y que era impoſſible reducirle â ponerſe otra nueva, ſe fué â la roperia, buſcò una ſotana limpia, y remendada, llevoſela, padeciò mucho para que la admitieſſe, mas no le venciò menos, que diciendole, que por quanto ſu oficio era cuidar de ſu perſona, y la ſotana que traía, no ſolo no era decente para un Provincial, pero ni aun para un cozinero, le intimaba como podia de parte de los Superiores, que ſe puſieſſe la ſotana, que le llevaba; en oyendole el P. Provincial Pedro de Velaſco, como ſi oyera la voz de nueſtro Padre General, ſe mudò ſin replicar la ſotana. El ſombrero con que ſalia por las calles, y entraba en Palacio, era tal, y tan caido de falda, que mas parecia eſtorbarle, que cubrirle. Muchos caſos pudieran referirſe de eſta calidad; haſta en el tiempo hallaba materia de pobreza ſobre que eſcrupulizar, procuraba no perder un ſolo inſtante ſin logro en el ſervicio de nueſtro Señor; ſentia mucho que le gaſtaſen el tiempo en prolixidades, que podian eſcuſarſe. Deſpachaba con brevedad los negocios que le ocurrian, y hacia que abreviaſen los que lo trataban. Tal vez, que eſcuſando perder tiempo el P. Provincial Pedro de Velaſco, le inſtò alguno, que en ſu negocio no ſe perdia, le corrigió manſamente diciendo: en materias ſin provecho, y que no importan, ſe pierde el tiempo, que es muy precioſo, y verdaderamente, que en eſto tambien tiene ſu parte la pobreza, que gaſtemos el tiempo neceſſario, y

aprovechemos el que nos ſobra. Era verdadero pobre de eſpiritu, no le debieron los bienes de la tierra un afecto. Hizo camino una vez por la Caſa, y hacienda de ſu Hermano, tenia orden de los Superiores para llegar á ſu caſa, huvo de hacer noche en ella, quiſo lograr aquel Caballero la dicha de vêr en ſu caſa tal hueſped, regalóle con amor de Hermano, y generoſidad de quien era; previnieronſe para el P. Pedro de Velaſco, y ſu Compañero, dos camas muy aſeadas, y de regalo, llegò el tiempo de recogerſe, y al P. Pedro de Velaſco de mortificarſe, ô por mejor decir de deſcanzar en el regazo de nueva Madre la ſanta pobreza; no ſe deſnudò aquella noche, ni durmió en mas colchones, que recoſtado en el duro ſuelo. Iba â viſitar ſiendo Provincial nueſtro Colegio de Oaxaca, encontróſe en el camino con el Señor Obiſpo de aquella Dioceſi, D. Bartholomè Benavides de la Cerda, tratóle eſte Prelado con magnificencia de Principe, y venerandole como â Santo, por la grande fama que corria de ſu ſantidad; no ſolo le bajo de la mula en ſus brazos, ſino que hoſpedandole en ſu caſa, y previniendole una cama muy rica, el miſmo Señor Obiſpo la aderezó con ſus manos; huvo de admitir el Padre las honras, eſtimando, como era razon, el amor de aquel Principe, que como tan entendido, y que ſabia que ſemejantes agazajos eran para los Siervos de Dios ocaſiones de no pequeña mortificacion, ſe puſo â eſpiarle por las rendijas de la puerta ſi dormia en la cama, y convenian las obras con la opi-

nion

nion de ſu heroyca virtud. Eſte examen le calificò en ſu concepto por mayor de lo que haſta allì le tenia; porque como el miſmo Señor Obiſpo depuſo, y pregonò le vió recoſtarſe veſtido de ſu pobre ſotana, y ſobre-ropa en el ſuelo, donde paſó la noche, ajando primero con las manos el cobertòn de la cama, para que no fueſſe ſu mortificacion advertida. Finalmente, fuè el P. Pedro de Velaſco raro exemplo de pobreza, y que admiró ſiempre aun â los muy practicos en tan evangelica, y excelente virtud.

§. XXVIII.

Su Caſtidad.

FUE ſu pureza angelical, no ſolo ſe conſervó toda ſu vida virgen puriſſimo, con la integridad de ſu cuerpo, ſino tambien en la inocencia de ſu alma. Uno de ſus Confeſſores, que le acompañò en el oficio de Provincial, y con quien ſe confeſſó generalmente de toda ſu vida, depone: que no ſolo no pecò mortalmente, pero ni aun materia le hallaba de abſolucion. El zeloſo, y eſpiritual Padre Domingo de Aburquerque ſu Confeſſor tambien, y con quien ſe confeſſó de toda ſu vida, para morir, afirma con la ponderacion, que el caſo pide, que pecado mortal, ni de â legua, venial con mucha duda; porque ni un leve mirar de ojos hallò en toda ſu confeſſion, y que ni aun los ojos levantò, ſin conſiderar primero ſi era

agrado

agrado de Dios; y esto haviendo peregrinado por tantas Provincias de Europa, y de Indias, fué admirable en la guarda de sus ojos, y recato de sus sentidos. Ya le vimos, que en el calor de sus argumentos, y replicas, por mas cuidado que ponian para vêr si levantaba los ojos alguna vez, nunca pudieron notarle, que los quitase del suelo. Salió de Cinaloa, en su compañia un Soldado, que le diò el Capitan del Presidio para que le acompañase hasta Mexico; llegaron â Tamásula de Topia, en donde tuvo necessidad de una cabalgadura; embiò al Soldado que le acompañaba, para que la comprase en un lugar, algunas leguas distante, camino de Culiacán, fuè el Soldado, compróla, bolviò el dia siguiente con ella, y en viendole el P. Pedro de Velasco, acordandose que le havia conocido en las Missiones, le preguntó donde iba, y como quedaba el Capitan? A que respondió el Soldado, admirandose de la nueva pregunta, que ni sabia del Capitan, ni venia de otra parte, que de comprar la mula, que el dia antes le havia mandado, y ya la traía. Caso, que en su genero tiene mas circunstancias, que el del Lago de S. Bernardo; pues no uno, sino muchos dias, y por caminos bien asperos havia caminado con él el Soldado, â quien era preciso hablar, y comunicar, y â quien havia dado el dinero para la cabalgadura; mas como llevaba los ojos del alma fixos en solo Dios, divertia los del cuerpo con tan singular retiro de la tierra. Vino de Europa â su Provincia sin haver visto muchas maravillas, que en toda ella, y por los lugares

res que caminò, eran celebres, y famoſas en Roma. Saliò de Caſa muy pocas vezes, y â inſtancias de algunos Padres Romanos,que le ſacaban.Las pocas vezes que paſſeò las calles de aquel emporeo ſagrado de toda la Chriſtiandad, fuè ninguna la curioſidad que le debieron ſu magnifica ſumptuoſidad, y grandeza. Hablaba en las recreaciones del eſtilo ſanto,y religioſos exemplos, que havia notado en las Caſas, y Colegios de Roma, y otras Provincias;y preguntado de la policìa,y adorno de ſus Republicas,y Ciudades, magnificencia de Templos, y opulencia de Palacios, callaba por no haverlos viſto. Paſſò â viſta del Eſcurial, oſtentacion digna de la Mageſtad de nueſtros Reyes Catholicos, cuya maravilla ſaca de ſus tierras innumerables gentes para admirarla, y no ſe pudo recavar del P. Pedro de Velaſco, que llegaſe â vêrla. En algunos retratos, que ſe han hecho de ſu perſona, aunque muy proprios en las demás facciones, del roſtro ſe deſconocen los ojos; porque como rara vez ſe los vieron abiertos, ò patentes, no hazen los que le conocieron baſtante concepto de ſi tenia los ojos como los repreſenta el pinzel. Es comun opinion entre los que le comunicaron mas de cerca, que nunca mirò â muger ninguna â la cara. Quando por los caminos le ſalian al encuentro algunas niñas Indiſuelitas para beſarle la mano, huìa de ellas, con la priſa que de una ſerpiente; poniales ſobre una piedra la limoſna que le pedian, y ſe retiraba al mas eſcondido rincòn. Una Paſqua de Navidad ſe jugaron unos titeres

teres

teres en el Colegio de Tepotzotlàn, y no abriò los ojos en todo el tiempo que durò la repreſentacion. Quiſo el Señor Arzobiſpo de Mexico, que gozaſe en ſu caſa de una fieſta, que ſe diſpuſo para recreacion de ſu Illma. â que aſſiſtieron otros Religioſos, y perſonas muy graves; y atendiendo el Señor Arzobiſpo â los ojos del P. Provincial Pedro de Velaſco, y viendo que mientras durò la fieſta no los quitò un ſolo inſtante del ſuelo, decia ſu Señoria, que no veìa la hora de que la fieſta ſe acabaſe, por parecerle, que el P. Pedro de Velaſco los eſtaba condenando â todos delante de Dios. Con el miſmo recato guardaba los otros ſentidos quando llegaban algunos niños â que les puſieſſe la mano ſobre las cabezas, accion de cariño para los de eſta edad, ô no la ponia, ô ſi eran de calidad, que por reſpecto de ſus Padres ſe les debia todo agazajo, les ponia la manga de la ſobre-ropa, ô el canto del mantèo. En Tepotzotlàn donde juntamente era Rector, y Cura, llegò una Indiſuelita, niña de tres años, â pedirle la mano para beſarla, y inſtancias que hacia la chiquilla, y aun con ruegos de algunos Padres, que eſtaban preſentes, no pudo recavarſe de èl eſte agazajo tan leve. Quando daba limoſna hacia que eſtendieſſen los pobres la mano, y ſin tocarles les dejaba caer en la palma la limoſna. Muchas vezes que pedian ſus achaques algunas unturas en el eſtomago, no permitia que ſu Compañero, ni enfermero ninguno hicieſſe eſte oficio; y aunque inſtaban en hallarſe preſentes, porque no ſe omitieſſe èl miſmo cogia la

un-

untura, y hechandoſe la ropa haſta la cara, y cerrando los ojos ſe la aplicaba ſin deſcubrirſe ni aun â ſus miſmos ojos. Tan maravilloſa fué ſu honeſtidad, y pureza, que haciendoſe una informacion para un caſamiento; porque ſe apartó neceſſariamente un poco el Padre que le acompañaba, le reprehendiò aſperamente; que con eſte cuidado vivia, quien tan puramente guardaba la integridad de ſu cuerpo, y de ſu eſpiritu.

§. XXIX.

Su mortificacion.

FUE muy ſevéro conſigo, aun eſtando enfermo no dejò de diſciplinarſe todos los dias, y con tan grande rigor, que ſe oian en los tranſitos el eſtruendo de los azotes con que maceraba ſu carne. Era continuo el cilicio, preſumióſe todo el tiempo que vivió en Tepotzotlán, que dormia en el ſuelo, ſobre cantidad de ceniza, mezclada de los carbonſillos del fogòn que con grande ſecreto hacia que le ſubieſſen â ſu apoſento, y los que cuidaban de èl le hallaban eſparcida en un rincòn, con ſeñales de algun cuerpo, que en ella ſe huvieſſe acoſtado. No hechaba las moſcas, ni moſquitos que ſe aſentaban en ſu roſtro, dejabalas que le atormentaſen; muchas vezes con pena de los que le veìan cubierto de eſtas ſabandijas, y ſentian en sí miſmos la que le cauſarìan al Padre. Mientras comia

eſtaba con los pies encogidos en alto para padecer eſta mortificacion tan penoſa mientras le daba al cuerpo lo neceſſario. Fué muy parco en la comida; entreteniaſe en la meſa con la vianda mas deſabrida, ô toſca, ſin llegar â las otras mas nobles; y como muchas vezes ſe lo reparaſen los Miniſtros, ô los Compañeros, y le rogaſen comieſſe otras coſas de mas ſubſtancia, reſpondia, que aquello le era mas apetitoſo. Con eſte modo ſe ſuſtentaba de yerbas, y legumbres. Su ordinaria comida eran friſoles, y pimientos; ordenaronle los Medicos que tomaſe unas almendras toſtadas ſobre la comida; fuè eſte orden baſtante titulo para eſcuſar la fruta, diciendo: que ſu poſtre eran almendras, de las quales apenas comia dos, ô tres. Cuidaba mucho de que le guardaſen las que ſobraban; porque no ſe gaſtaſe en ſu perſona mas de lo neceſſario; miraba la fruta que le ponian delante, tocabala, y alababala, mas no la comia. Quando eſtaba enfermo andaban los Superiores mas inmediatos en continuo pleyto para que comieſſe carne los dias de peſcado. Siempre hallaba razones que le deſobligaſen, haſta que uſando de ſuperioridad los Miniſtros, le ordenaban ſeveramente que la comieſſe, y entonces obedecia como un Novicio. Lo miſmo le ſucedia ſiendo Provincial con el Padre ſu Compañero, â quien daba tan grande obediencia en lo que tocaba â ſu alma, que no havia para èl mas fuerte obligacion para dejarſe curar, y ſervir, que la voz del Padre Secretario. Finalmente, la continua mortificacion de toda

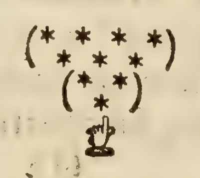
ſu vida fuè de un perfectiſſimo penitente. §.

§. XXX.

Su Obediencia.

FUE ſu obediencia tan ſin achaque, que nunca le quiſo admitir para diſpenſar conſigo en las reglas. Ya dixe como en todo el tiempo que fuè eſtudiante, no quebrantó ni la del ſilencio. Quando le ſeñalaron â Miſſiones queria ſalir de Mexico con ſolo ſu breviario, ſi los Superiores lo huvieran permitido;por abreviar con la partida no ſacò para viage tan largo mas avío, ni prevencion, que una cabalgadura tan flaca, y de mal talante, que juzgaron le dejaría en pocas leguas à pie. Llegò en ella â la Provincia de Cinaloa, ſin cama, ni otras prevenciones, ni un quita ſol, ſiendo el camino de treſcientas leguas tan aſpero, de climas tan varios, y en la mayor parte tan deſpoblado deſierto, y falto aun de lo muy preciſo para el ſuſtento, que qualquier alivio, y prevencion es tan neceſſaria, que aun con eſta diligencia, de ordinario padecen nueſtros Miſſioneros en eſte viage, trabajos, y quebrantos no pequeños de la ſalud. En las Miſſiones, aun en coſas pertenecientes al Partido, que adminiſtraba, no diſponia coſa ſin particular licencia del Superior. Deſpues de Miſſiones en la Provincia, aun para beber agua pedia licencia. Siendo Rector de Tepotzotlán, por ſolo que le dixo el Provincial, que tenia mucho cabello, ſin aguardar â mas expreſſa voluntad,

luntad, que esta leve insinuacion, embiò luego â llamar al barbero, ê hizo que se lo quitara tan baxo, que parecia salir de un tabardillo. Detuvo un orden del Superior, mientras respondia â lo que cerca de su execucion le havia propuesto, y pareciendole esta licencia, que nos permiten las reglas, no tan puntual promptitud, como la que èl professaba, puesto de rodillas en medio del Refectorio dixo su falta, imponiendose por penitencia besar los pies â sus Novicios, como lo hizo. Siendo Provincial, en conform d d de un orden, que nuestro P. General embiò para toda la Provincia, empezando por su aposento la execúcion, sacó de èl un Crucifixo muy devoto, aunque pobre, solo por ser algo curiosa la materia, sin quedarse con mas que una Imagen pequeña de la Virgen, alhaja antigua del aposento, ya con el tiempo amortiguados los matizes de la pintura. Toda su vida fuè un continuo exemplar de perfectissima obediencia, y quanto se puede ponderar de excelente en esta virtud, se representa en diciendo, que no solo quando Novicio, y quando estudiante, pero en toda su vida, ni en tantas, y tan diversas ocupaciones no quebrantó â sabiendas una tan sola regla, siendo las de la Compañia tan ajustadas, aun â las acciones mas menudas, y leves de la vida humana.



§.

§. XXXI.

Su Oracion.

LOS lugares, los oficios, y las ocupaciones tan embarazosas, y varias que tuvo, no le estorbaron, ni divirtieron un punto del exercicio santo de la oracion, que perpetuamente traia. Ya vimos el recogimiento maravilloso de sus sentidos, originado de la comunicacion tan continua, que tenia con nuestro Señor desde Novicio. Sacaba los puntos de que se prevenia para la oracion del libro de la vida de Christo, que sacò â luz el P. Bartholomè Riccio, â instancias del Santo Cardenal Belarmino, en que proponiendo â los ojos la estampa de los pasos de Christo Señor nuestro, que va refiriendo, pone luego subsequente el texto, concordante de todos los quatro Evangelistas. Este libro llevò consigo â las Missiones, y nunca le dexó de las manos hasta morir, y en aquel trance pidió licencia particular â los Superiores para darselo â su Confessor el P. Domingo de Alburquerque, por los singulares efectos, que entre los dos comunicaron haver experimentado el P. Pedro de Velasco en la meditacion del orden, y forma de aquellos mysterios sagrados. Depone su Confessor, que traia una continua hambre de darse â Dios, tan sin otro embarazo, que continuamente estuviesse en oracion, y que los ratos que por sus ocupaciones interrumpia

de

de eſte exercicio, los ſuplia con preſencia de nueſtro Señor, y otras obras pias. De eſte trato tan familiar con la Divina Mageſtad prorrumpian â lo exterior de ſu cuerpo las luzes que no podian reprimirſe en lo interior de ſu alma. Siendo Rector del Noviciado de Tepotzotlán, abriendo la puerta de ſu apoſento para darle luz el Hermano diſpertador, ſe hallò con tantas luzes, y tan ſuperiores â las materiales, que nos alumbran, que reconociendo admirado de donde podian originarſe, vió que ſalian de la alcobilla donde el Padre ſe recogia, con tanta abundancia, que le pareciò ſer de haſta diez, ó doze hachas encendidas. Aſombrado el Hermano ſe ſalia del apoſento ſin encender la candela, mas al ſalir oyó al Padre, que le llamaba, y decia: encienda mi Hermano, y vayaſſe. En eſte miſmo Colegio havia aviſado â un Novicio para que ſe levantaſe algo antes de la Comunidad, por haver de ir con èl â viſitar una granja de Caſa, madrugó el Novicio, fuè al apoſento del P. Rector Pedro de Velaſco, abriò la puerta, y le halló tan claro, y reſplandeciente, que juzgando haver dentro de èl muchas luzes, examinando el origen, y fuente de donde podian dimanar, tubo por cierto, que ſalian del cuerpo del Padre; porque no hallandole en el cuerpo del apoſento, le buſcó en la alcobilla, donde le viò de rodillas, y tan inmoble, que aunque le llamò por tres vezes, nunca le reſpondia. Determinado â ſalirſe diò un grande golpe â la puerta, â cuyo eſtruendo bolviò en sí el P. Pedro de Velaſco, y le habló.

blò. Salia de la Miſſa tan encendido, que parecia arrojar llamas de fuego, y con un ſemblante tan abraſado, que ponia particular advertencia en la Comunidad de ſus Novicios, que ſe hallaban preſentes. Entre otras fué una vez de manera, que â todos les pareciò haverle viſto con rayos de luz. Comunicandoſe el penſamiento deſpues, por ſalir cada uno de la duda, en ſi â caſo havia ſido preſumpcion propria, ô luz verdadera, ſe convinieron todos en haver viſto, que arrojaba luzes ſu roſtro, alabando à nueſtro Señor por la merced con que les manifeſtaba la ſantidad de ſu Maeſtro, y P. Encontraronle otra vez por los tranſitos, y oficinas, tan ſin ſaber donde eſtaba, como un hombre fuera de ſus ſentidos; mas con el ſemblante, y roſtro tan hecho luzes, que caſi ſenſiblemente parecia arrojar de sí aſquas; y quien mas le advirtiò eſte encendimiento de ſu ſemblante, dice que juzgò al P. Pedro de Velaſco con aquella embriaguez del amor divino, que en la venida del Eſpiritu-Santo refiere S. Lucas de los Apoſtoles. Otra vez bajando la Comunidad al Refectorio, y hechando menos al P. Rector Pedro de Velaſco en la primera, y ſegunda meſa, y en la quiete, cuidadoſo el Miniſtro, le hizo buſcar por toda la Caſa; llegaban á ſu apoſento, tocaban, no reſpondia, puſo en cuidado el no hallarle, haſta que deſpues de las dos de la tarde ſalió del apoſento encendido en vivas llamas el roſtro, preguntando en los apoſentos cercanos ſi havian tocado à comer; perſuadieronſe todos haverle tenido Dios ocupado en
ſan-

ſanta contemplacion. Sus raptos, y extaſis eran en la Miſſa continuos, ponia grande atencion el Compañero que le ayudaba, para aviſarle del eſtado del Sacrificio en que le cogian eſtos raptos. Porque no ſe hicieſſen publicos tenia ſeñalado ayudante, â quien debiò poner eſtrecho, y rigoroſo orden, para que no comunicaſe eſtos favores del Cielo; porque ſolia decir con admiracion de coſas eſtupendas, que ocultaba ſu corazon; ô lo que yo ſé del P. Rector, què luzes! Què maravillas! Mas el haver nueſtro Señor llevado para sì á eſta perſona quando ſe recogian los materiales de eſte libro, nos ha privado de la grande noticia, que de èl pudieramos haver alcanzado. Siendo R^r. del Colegio Rl. de S. Ildefonſo le hallò uno de nueſtros Religioſos mas de una bara arrebatado en el ayre, bueltos los ojos al Cielo, y lleno de admiracion, y ternura ſe ſaliò del apoſento ſin ſer ſentido del P. Rector. Otro Religioſo nueſtro de los que vivian en el miſmo Colegio, haviendo de ſalir fuera de la Ciudad muy de mañana, ſe fué al apoſento del P. Rector Pedro de Velaſco à pedirle ſu bendicion, y la llave de la Porteria, tocò á la puerta, y como no le reſpondieſſen, entrò, y hallò al P. Pedro de Velaſco fuera de sí, como una bara levantado del ſuelo en el ayre, mas como ſu viage era neceſſario, le huvo de llamar, haſta que bolviendo en sí, le deſpachò. Viſitaba el P. Provincial Florian de Ayerbe el Noviciado de Tepotzotlàn, quiſo un dia viſitar la oracion á los Padres, llevò conſigo al Miniſtro, paſſaron por el apoſento del P.

P. Rector Pedro de Velaſco, y diciendo el P. Provincial veamos ſi tiene oracion eſte Rector, le hallaron en el ayre, tan alto del ſuelo, que llevado de un piadoſo impetu el P. Miniſtro, dixo: bajemoſle Padre no ſe caiga, â que el P. Provincial reſpondiò, lo que en ſuceſo ſemejante ſe quenta de otro Varon ſanto de eſta Provincia: dejemoſle, que quien le ſubiò lo bajarà, caſo que el miſmo P. Miniſtro referia, ponderando ſu inadvertencia piadoſa. Muchas vezes ſiendo Provincial entraban ſus Compañeros en el apoſento â horas extraordinarias para oracion, y le hallaban en ella tan abſorto, que por no interrumpirle ſe bolvian â ſalir; porque ya otras vezes aunque llegaſen muy cerca, y le hablaſen en algunos negocios que ſe ofrecian, no los oìa.

§. XXXII.

Otros caſos en eſta materia.

DE la luz que en la oracion le comunicaba Dios para conocer corazones, ſuceſos futuros, y preteritos, hemos referido, y por el diſcurſo de lo que falta de ſu vida, referiremos caſos muy ſingulares; ſolo dirè aqui de algunos que ſucedieron en ſu Provincialato. Un Padre, que era Miniſtro del Noviciado, quando ſe diſponia la Carta de ſus Virtudes, en una ſuya dice del P. Pedro de Velaſco lo que ſe ſigue: *Siendo ya Provincial, y yo Theologo de tercer año,*

me hallè un dia casi sin fuerzas, ni vigor, y aun me faltaba respiracion, por causa de una tentacion con que me hallè fuertemente combatido, â cerca de la vocacion, con dudas que me aquexaban de la certidumbre de mi perseverancia; por otra parte me sentia con impulsos de ir â vêr al P. Provincial, que estaba al presente enfermo, y por esta causa acostado, salì de la recreacion donde estaba con otros, y sin ser otra cosa en mi mano, me fui â toda prisa al aposento del P. Provincial, y haviendome dicho, que entrase, antes de decirle palabra me recivió diciendo, que me sentase, y me sosegase; y como si huviera passado todo por el P. me fuè diciendo lo que me havia sucedido, de que quedè muy admirado, y suspenso, por quanto reconocí, que lo que Dios, y yo no mas sabiamos, lo sabia tambien el P. Provincial, acabandome de suceder, y se me quedaron muy fixas las palabras, que me dixo, con las quales quedè con sosiego, y en varias ocasiones que he sido combatido de pensamientos en materia de mi vocacion, y assaltado de temores, me hallo con serenidad, y tranquila paz, solo con acordarme de lo que me dixo. En otras dos ocasiones, que le iba â consultar cosas bien dificiles, que me passaban en lo interior, me diò la respuesta aun antes de decirle palabra, con que quedè bastantemente corregido, y satisfecho; hasta aqui las palabras del P. Ministro del Noviciado en caso tan admirable. No lo fuè menos el que le sucedió â otro Padre, que estando actualmente hablando con el P. Provincial Pedro de Velasco, le sucedió padecer algunos pensamientos impulsivos â presump-

cion,

cion, y al inſtante que ſe le ofrecieron, mudando tono de voz el P. Pedro de Velaſco, y con alguna ſeveridad le fuè diciendo las miſmas palabras, que al penſamiento ſe le proponian al que en ſu preſencia los padecia de preſumpcion. Iba el P. Procurador del Colegio de S. Pedro, y S. Pablo de Mexico, â convidarle para que vieſſe el edificio nuevo, que ſe havia labrado para recreacion de nueſtros eſtudiantes en la huerta, que tienen fuera de la Ciudad; en entrando el Procurador en ſu apoſento, antes de hablarle palabra ninguna, le previno el P. Provincial Pedro de Velaſco, diciendole: vaya V. R. con Dios, que no puedo ir, y como admirado le replicaſſe; pues V. R. ſabe â lo que vengo? El P. Provincial le reſpondiò: no viene V. R. â decirme, que vaya â la huerta; pues no puedo ir. Caſo que le dejò ſuſpenſo, por no haver comunicado ſu penſamiento á otro, que al Padre Secretario, â quien acababa de hablar en ello, y con quien entrò â vêr al P. Provincial para eſte fin. En dos ocaſiones, que recivió unas cartas, dixo antes de abrirlas mirando los ſobre eſcriptos: eſtas cartas no traen firmas, y abriendolas, ſe viò ſer aſſi, que no la llevaban. Eſtaba en la carzel un hombre por una deuda, y muy afligido de no tener modo para pagarla, determinóſe, alentado de la voz publica con que era aclamada la ſantidad del Provincial de la Compañia, â pedirle el ſocorro, eſcribióle un papel lleno de confianza con eſte intento, entrò el menſagero, que era un hombre honrado, y piadoſo, y apenas diò el villete,

el P. Provincial Pedro de Velaſco, ſin decirle alguna palabra, aun antes de abrirle le pregnntò, compadeciendoſe de la afliccion del encarzelado, què tanto havrìa meneſter? Reſpondiò el menſagero, no ſe cierto: lea V. R. el papel, abriólo, miròlo, y ſin lêrlo le diò luego la cantidad de que neceſſitaba, no ſin aſombro del menſagero, que informandoſe del encarzelado, ſi antes le havia dado aviſo de ſu afliccion, afirmò ſer aquella la vez primera que le eſcribia. Llegò la flota del año de 1647. y con ella algunos Sugetos de Europa para eſta Provincia, quiſo ſalir â recivirlos, y regalarlos por los caminos el P. Alonſo de Roxas, Procurador General de Provincia, que â la ſazòn andaba achacozo de una pierna, repugnabalo el P. Provincial, porque no expuſieſſe ſu ſalud â peligros, encomendando eſte oficio de tan fraternal amor â otro Sugeto. Inſtaba el P. Alonſo de Roxas en aquel piadoſo viage, poſponiendo ſu ſalud â la charidad fraterna; vino en ſus inſtancias el P. Provincial Pedro de Velaſco, mas de tal manera, que dexaſe concluido el ajuſtamiento de las quentas, que tocaban â la Procuradurìa, y eſtaba dando en eſta ocaſion; concluyolas, pidiòle el P. Provincial las llaves de los apoſentos de ſu oficio, llegò el P. Procurador â nueſtro Colegio de la Puebla, tan enconada la pierna con la agitacion del camino, que hizo cama. Entrò un dia el P. Provincial Pedro de Velaſco â buſcar unas Eſcripturas en la Procuradurìa, y rebolviendo papeles los ſoltò de repente diciendo: *Requieſcat in pace, Requieſ-*

quiescat in pace, apartandose un rato â hacer oracion, como que decia algun Responso: Dentro de poco llegò nueva de la muerte del P. Procurador Alonso de Roxas, que havia sido en nuestro Colegio de la Puebla el mismo dia, y al tiempo, que el P. Provincial Pedro de Velasco dixo, buscando en la Procuraduría las Escripturas: *Requiescat in pace*, fuè el P. Alonso de Roxas natural de Goathemala, hombre de tan ajustada, y religiosa vida, que diciendole, que se dispusiesse para morir, respondiò: lo harè como para decir Missa, reconciliandose, porque siempre, à Dios gracias, me he dispuesto para celebrarla como para morir; y preguntandole, si acerca de su oficio tenia, que declarar, ô cosa, que le diesse cuidado, dixo, las quentas dexè yá ajustadas con el P. Provincial, y del oficio de Procurador no se me ha pegado jamás otra cosa, que el polvo de la calle à los zapatos. Varon verdaderamente fervoroso de muy religiosas virtudes, y de quien hay muy seguras prendas, que goza la compañia de los Bienaventurados.

§. XXXIII.

Su Fê, Esperanza, y Charidad.

ESTAS tres virtudes, como tan hermanas, las hemos visto exercitadas en las sanidades, que con la señal de la Cruz, y el Evangelio de S. Juan, dió à muchos enfermos. En este partido de Chicoràto, Mission

ſion de Cinaloa, es voz de los mas ancianos, que con la impoſicion de ſus manos daba ſalud à todo genero de dolientes. Aquel perſiſtir ſiempre en medio de las apreturas, y neceſſidades, que padecia la Caſa Profeſſa en la eſperanza cierta, que le embiaria nueſtro Señor el ſocorro, como de hecho ſucedia. Con eſta fê viva haviendo apetecido un enfermo Novicio ſuyo unas yerbas muy eſquiſitas, ſe fuè à la huerta, y las traxo ſin haverſe viſto, ni antes ni deſpues de eſte caſo tal genero de yerbas en aquellos paizes. Eſta fê le hacia tan preſente á Nrô. Sr. quando rezaba el Oficio Divino, que ponia en admiracion el oirle, y el vêrle rezar con tan profunda reverencia,con tan viva atencion, en repoſo tan ſoſegado, quando mas ſe atropellaban, y urgian los deſpachos, y negociaciones, como ſi no tuviera á ſu cargo otro exercicio, que rezar. En un oficio doble gaſtaba cerca de dos horas; muchos buſcaban titulo para ir à ſu apoſento quando eſtaba rezando, ſolo para vêr con ſus ojos, y admirar en un hombre con tantos, y tan graves negocios â ſu cuidado; quando mas inſtaban las diligencias, y ſe acaloraban las aflicciones, que padecia eſta Provincia, olvidarſe tan de todo punto por aquel rato de todo bullicio de ocupaciones, como ſi ſe hallara en el mayor ocio, y tranquilidad de cuidados. Rezaba diccion por diccion con una pauſa,y expreſion tan grande, que ſi el Compañero que rezaba con èl no declaraba bien la razon, ſe la hacia repetir, y ſi entrando alguno á la mitad de algun Salmo les interrumpia

con

con ſu deſpacho, bolvia de nuevo à empezar, ſin que por ningun modo le pudieſſen ſacar de eſte eſtilo. Algunos imaginando que ſerian eſcrupulos, le decian, que bien podia darſe mas priſa, ſin faltar à la devocion, y èl reſpondia: mas preſto ſe acaba el Oficio rezando de eſpacio. Iba una vez el Compañero determinado â darſe alguna mas priſa, por vêr ſi el P. Pedro de Velaſco ſalia por ſu cauſa de aquel repoſo, y en entrando con ſu breviario le dixo, leyendole el penſamiento: cada uno reze como pudiere, con tal, que V. R. pronuncie bien, y enteramente las palabras, que yo acá me entiendo, razon, que le obligó á el Compañero â proſeguir en el eſtilo, que ſiempre. Nunca juzgò ſus achaques por baſtante ocaſion, para dejar el rezo. En medio de ſus mayores dolores rezaba el Oficio, deſcanſando â cada Salmo, y decia, qne aſſi venia â ſer divertimiento, y recreacion el rezar. Tal vez no pudo dejar de rendirſe al parecer de ſu Confeſſor, que le mandaba expreſſamente no rezaſe, y entonces eran entre los dos las contiendas ſantas, ſobre el conmutarle la obligacion, inſtando el P. Pedro de Velaſco, que fueſſe en devociones de algun trabajo, y dificultad. Efectos fueron de ſu charidad los trabajos que padeciò en las Miſſiones, y los muchos peligros en que por inſtantes arrieſgaba ſu vida por los aumentos de eſta nueva chriſtiandad, en cuya relacion vimos el invencible animo con que tantas vezes ſe ofreciò, y expuſo â la corona, que alcanzaron otros eſclarecidos Martyres de nueſtras Miſſio-

nes,

nes. Frutos fueron de ſu charidad los trabajos, hambres, deſnudez, Soles, frios, contumelias, y falſos teſtimonios, que padeció en las Miſſiones por Dios. Deshaciaſe en incendios de amor divino; arrojaba tiernos ſuſpiros â nueſtro Señor, que ſe oìan fuera de ſu apoſento, quando retirado â lo intimo de ſu recogimiento decia con un afecto, que parecia deshacerſe ſu alma en dulciſſimas lagrimas, y ſolloſos: ô Dios mio! O mi buen Dios! O mi Dios! Abraſabaſe en charidad ardiente de la ſalud de ſus proximos. Eſte le llevaba con tal propenſion al trato de la gente mas deſpreciable, y humilde, que ſe le iba el corazon tras un pobre, un Indio, ô un negro. Era de vêr el conſuelo con que ſe ponia â converſar con un negrito, y con un mulatillo de los que encontraba, enſeñandoles la doctrina Chriſtiana, y la inteligencia de los ſantos Sacramentos. Traía continuo cuidado en que ſe doctrinaſe la gente de ſervicio de nueſtros Colegios, y Caſas, y que los inclinaſen â la frequencia de los ſantos Sacramentos. Con ſu mucha charidad atendia al buen credito, haſta de los criados de Caſa. Quando ſabia que huvieſſen cometido alguna culpa, ſi era ſecreta los llamaba â ſu apoſento, los reñia, y corregia con amor: ſi era publica procuraba que fueſſe exemplar, pero benigna la correccion. No hay palabras que expliquen el paternal amor con que trataba, y corregia â ſus Religioſos. Què entrañas tan verdaderas de Padre! Què amor, y què zelo! No permitia que ſe diſimulaſe, ni remitieſſe la correccion Religio-

ſa,

ſa, mas junta con tanta benignidad, que ſe hacia ſuave. No le inmutaron jamás el ſemblante las faltas de ſus Subditos, de qualquiera calidad que fueſſen. Si la obligacion de ſu oficio le ponia en lances de deſpedir â alguno, andaba con dolores de tan grande afliccion, que no los podia diſimular, buſcando trazas, y caminos por donde eſcuſar aquella demoſtracion. Si ſe lograban ſus diligencias, era ſingular ſu alborozo; ſi finalmente deſpedia como deſpidió â algunos Sugetos, le coſtaba la expulſion muchas diſciplinas, y lagrimas. Quando la falta era ſecreta no ſalia de ſu pecho, llamaba al Subdito, y lo corregia con tanto amor, que quedaba no ſolo corregido, ſino obligado, viendo el recato, y ſecreto de ſu Provincial, en enmendarle, y conſervar ſu opinion. En eſto de tener ſecretas las faltas de ſus Subditos, y mirar por ſu buen nombre, era tan atento, que eſtando enfermo, y ſiendo neceſſario eſcribir en negocio de importancia â un Religioſo, y por eſto encomendado â ſu Compañero el P. Secretario, que le eſcribieſſe en ſu nombre, como ya en cierto punto havia hecho la averiguacion, y ſe hallaba ſer falſo, con todo embió â llamar al P. Secretario para decirle, que no eſcribieſſe, alentandoſe â eſcribir por sì miſmo; porque no queria que entendieſſe la dicha perſona, que el Secretario ſabia la materia. Amabanle tiernamente ſus Subditos, por ſaber que en èl tenian verdadero Padre, y aſſi acudian con notable llaneza, y confianza â pedirle el conſuelo de ſus afflicciones. El retiro con que

vivia, originado del perpetuo exercicio de ſu oracion, le havia opinado con algunos de un poco ſeco; mas comunicado, y tratado, le hallaban tan apacible, que robaba los corazones. A un Religioſo le ſucediò hallarſe algo ſentido con èl, perſuadiendoſe â que en algunas materias que le tocaban ſe movia por reſpectos de otro Padre teñido de ſu dictamen. Dióle eſtas ſentidas quexas en ſu apoſento, y bajando el P. Provincial Pedro de Velaſco los ojos, le dixo con la manſedumbre de un Angel, ſabe Dios, que nunca me he movido por reſpectos humanos, y que ſolo he mirado el mayor ſervicio de Dios. Con que el Religioſo ſe compungiò admirando, y venerando en adelante con grandiſſimo afecto la ſantidad de ſu Provincial.

§. XXXIV.

Otras excelentes virtudes.

ERA grandemente puntual en la diſtribucion Religioſa, en las de Comunidad era el primero, huìa de ſingularidades, ni â titulo de enfermo las admitia. Siendo Provincial, y haviendo hecho cama por ſus achaques, le llevaron para la comida un poco de vinagre, preguntò al enfermero de donde lo havia ſacado, reſpondiendo que de la diſpenſa, lo hizo bolver, y que ſe lo llevaſe del Refectorio, en donde eſtaba ya deſtinado el que havia de ſervir â la Comu-

nidad,

nidad, procurando ſeguirla aunque fueſſe deſde la cama, y en eſtas menudencias, que ſon argumentos de grandiſſima perfeccion. Por los caminos obſervaba la diſtribucion de los Colegios en quanto podia, y la que él ſe havia impueſto era indiſpenſable. Al principio de la jornada rezaba con ſu Compañero el Itinerario, luego la Letania de Nrâ. Srâ. y otras oraciones; en acabandolas aſeguraba la rienda â la cabeza de la ſilla, y empezaba â orar con tan alta contemplacion, que ageno de ſus ſentidos ſe veian obligados los Compañeros â poner un mozo, que fueſſe delante de él, porque no le ſucedieſſe algun deſcamino á la mula. Como iba tan lleno de Dios no reparaba en los Soles, ni deſabrigos, ni buſcaba reparos à las inclemencias del tiempo. En uno de eſtos caminos le faltò à un mozo que le guiaba el ſombrero, ni era poſſible haverſe perdido, menos que entre los otros mozos que le acompañaban: eſcuſabanſe todos, negando tener el ſombrero, decia el P. Provincial Pedro de Velaſco, el que tiene el ſombrero, y no lo dá, no ha de caminar mas conmigo; ninguno ſe daba por entendido, el ſombrero no parecia, y el pobre mozo iba deſcubierto, ſin reſiſtencia al fuerte Sol, que los abraſaba; al bajar de un repecho, mandando que paraſe la gente, hizo que quitaſen la carga á una mula, que ſeñalò, y en ella ſe hallò eſcondido el ſombrero, y aunque por no haverſe hallado determinadamente en alguno de los mozos el hurto, no ſe executó por entonces la pena; en llegando à Mexico deſpidiò de ſu compañia

à un mozo, de quien ſe havia ſoſpechado la culpa, teniendoſe por cierto haver ſido, en cumplimiento de lo que havia dicho, el que tiene el ſombrero, y no lo dà, no ha de caminar mas conmigo. Fuè muy liberal, ningun pobre llegó à pedirle limoſna las vezes que fuè Superior, que no ſalieſſe de ſu preſencia con el remedio de ſu neceſſidad. Siendo Provincial hizo conſiderables ſocorros à los Colegios, y les procuraba aliviar de los gaſtos precìſos de viaticos, haciendo que ſe ſuplieſſen por otra parte. Solicitaba con notable cuidado el regalo de los enfermos, y Padres impedidos por ſus achaques, y ancianidad, aplicandoles quanto podia de limoſnas para eſte fin. Quanto menos cuidaba de sí, cuidaba mas de ſus Subditos: aſſi las vezes que fuè Rector, como ſiendo Provincial, traìalos muy bien tratados de veſtuario, y el Refectorio muy abaſtecido, inſtando á los Miniſtros, y Procuradores, que acudieſſen con liberalidad al gaſto neceſſario de eſta oficina. Qualquier vianda le parecia muy ſazonada para sí; mas con todo procuraba, que la de la Comunidad llevaſe la debida ſazón. Nunca dejò el eſtudio de la Doctrina de Santo Thomàs, todos los dias eſtudiaba de rodillas una hora por lo menos en las obras del Santo Doctor. Por los caminos obſervó el miſmo eſtudio; llegaban à la jornada, y retirandoſe debajo de un arbol, ſacaba un tomo pequeñito de las obras de Santo Thomàs, que llevaba conſigo, y ſe ponia de rodillas â meditar ſu Doctrina. Alcanzó en ella tan particular ciencia, que de quantos negocios ſe

ſe ofrecian, hallaba en el Santo Doctor quanto havia meneſter. Hizo un papel en favor de las Doctrinas de los Religioſos, muy importante, y muy docto, concluyóle con un celebre lugar de los Opuſculos de Santo Thomás; pidió el tomo para ſacarle con fidelidad, y diciendo à un Padre, que le acompañaba, que abrieſſe en tal parte, y vieſſe en tal columna à tantos renglones, ſi decian las palabras como él las referia en ſu eſcrito, y no diſcrepando una tilde, dixo: veinte años ha que las leì. Su manſedumbre era grande, ni una tan ſola vez hay quien ſe acuerde haverle viſto enojado, ni en el ſemblante, ni en las palabras, haviendo tenido muchas ocaſiones de deſabrimiento. Eſtaba enfermo en la cama, ſubieronle de cenar á ſu apoſento, partiò el enfermero una lima, y como al exprimirla en el plato le roſiaſe los ojos con dolor del Padre, y por eſto el enfermero ſe afligieſſe demaſiado, el Padre le dixo para conſolarle, con una boca de riſa: no le dè pena à mi Hermano, que la lima dicen, que es buena para la viſta. Era magnanimo de corazon, nada le inmutaba la ſerenidad de ſu animo en las mayores aflicciones, apreturas, y neceſſidades, aſſi de los Colegios, como de la Provincia. Quando los Procuradores, y demás Religioſos ſe afligian, y ahogaban, èl nadaba en medio de todas ellas con una paz, y tranquilidad rara. Jamàs le embarazaron arduas, y al parecer inacceſibles empreſſas, todo lo hallaba facil, y ſalia con notable deſahogo de todo. Fué tiernamente devoto de la Reyna de los Angeles, en qualquier

quier parte que pudo adelantò ſu culto, procuraba imprimir en los corazones de todos un amor muy afectuoſo â la Madre de Dios. La primera Igleſia que edificó en las Miſſiones, y levantò, como dixe, con ſus proprias manos, la dedicò, y conſagrò al Myſterio de la Puriſſima Concepcion de la Virgen MARIA nueſtra Señora, que eſta es la titular del Pueblo de Chicoráto, en donde puſo la Cabezera del Partido, que adminiſtró en eſtas Miſſiones. Siempre que pudo dixo la Miſſa en Altar dedicado â la Virgen Santiſſima, en ſu Concepcion Inmaculada. Fué devotiſſimo de nueſtros Santos, y mucho de las almas del Purgatorio. Siempre que ſe podia entre ſemana, decia Miſſa de *Requiem*, para alivio de ſus penas; procurabales aplicar, y ganar por ellas muchas Indulgencias. Tuvo por ſingular Patron de toda ſu vida al Glorioſo Patriarcha S. JOSEPH. Quando entró en el Provincialato le hizo, y conſtituyò en quanto él podia, y le tocaba por Superior, y Provincial de la Compañia, entregandole en todo el govierno, que Dios havia pueſto ſobre ſus ombros. Quanto el P. Provincial Pedro de Velaſco ordenaba, quanto diſponia, y quanto ſe le ofrecia, lo conſultaba con el Glorioſiſſimo Patriarcha S. JOSEPH, â èl le encomendò la eſpecial direccion del pleyto de Conſervatoria, que havia criado para defenſa de ſu Religion, con los aciertos que veremos. Parece que le previno Nrô. Sr. para la afliccion que le eſperaba; porque viniendo ya de la Viſita de ſus Colegios á Mexico, y hallandoſe en el Novicia

viciado de Tepotzotlàn, por el mes de Diciembre de 1646. un dia diciendo Miſſa en el Altar de la limpia Concepcion de la Virgen SSma. que eſtá en nueſtra Igleſia, reparó un Religioſo nueſtro, que le ayudaba, como en el primer memento, antes de conſagrar, miraba, y remiraba atentamente una efigie del Roſtro de Chriſto Señor nueſtro, que tiene el Altar, llevò los ojos del ayudante eſta advertencia de ſu Provincial al *Facies Chriſti*, y viò que brotaban por aquella efigie ſacroſanta unas pequeñas gotas de ſudor. En el ſegundo memento quedó el P. Provincial Pedro de Velaſco como fuera de sì, con los ojos fixos en la miſma efigie, y hechos los ſignos de la Hoſtia ſobre el Caliz, tomando la Patena para ſignar, ſe quedò ſuſpenſo otra vez, con los ojos clavados en la miſma Imagen, cuyo ſudor ya corria entonces en grueſas gotas deſde la frente por todo el roſtro; bolvió en sì el P. Provincial, y olvidado con la tranſportacion del eſtado de la Miſſa, bolvia á repetir los ſignos: aviſóle el ayudante del punto en que eſtaba el Sacrificio, eſte aviſo le hizo recelar no ſe huvieſſe advertido el ſudór de la efigie de Chriſto. Quiſo el dia ſiguiente eſcuſarſe de ayudante Religioſo, previniendo á un Indiſuelo pequeño para que le ayudaſe, mas inſiſtiendo el Religioſo ſer orden del P. Rr. que él hicieſſe eſte oficio, huvo de ſalir con èl al miſmo Altar de la Concepcion, y bolviò â ſuceder el miſmo caſo del ſudor del *Facies Chriſti*, por los miſmos terminos que el dia antecedente. Al tercer dia adelantando la Miſſa el P. Provincial, dentro

tro

tro del tiempo de la oracion tuvo titulo para eſcuſar que le ayudaſe el Religioſo, con pretexto de que no perdieſſe ſu oracion, y â la verdad fué, porque no reparaſe en eſta maravilla, que confiriendola el dicho Hermano con otros dos Religioſos ſus Condiſcipulos, y viſitando à la noche del primer dia, que ſucediò, las puertas de la Igleſia, llegaron á reconocer la dicha Imagen, corrieron un velo de ſeda, que de ordinario la cubria, y hallaron, que eſtaba ſudando, y corrian las gotas deſde la frente por el Roſtro. Uno de ellos la limpiò con un lienzo, que oliò, y dió á oler á los otros, por vêr ſi acaſo tenia parenteſco el olor con algun humor ſobrepueſto, y no ſintiendo bueno, ni mal olor, y por otra parte conſiderando, quan libre de ſemejantes accidentes ſe guardaba aquella Imagen, por eſtàr ſiempre cubierta de un velo; aunque por entonces determinaron no comunicarlo al Superior por no parecer noveleros; juzgaron los tres Religioſos, que ſin duda era aviſo, que daba Dios â ſu Provincial de algun trabajo, y afliccion grande que ſe le prevenia â ſu Religion, y lo tuvieron por cierto acordandoſe de eſte prodigio, quando dentro de pocos meſes ſiguientes ſe levantó la borraſca, que ha padecido nueſtra Compañia de Jesus en eſta Provincia: en ellas ſe vieron exercitadas con excelencia por el P. Provincial Pedro de Velaſco, las quatro virtudes ſobre que rueda, como en ſus quatro exes el moble todo de la perfeccion Evangelica; pues como dice S. Bernardo, aſſi ſe hermanan todas, que no pueden

den menos que darse las manos en su exercicio con admirable circulo, y succession; porque lo que busca la Justicia se halla con la prudencia, con la fortaleza se obra, y se goza con la templanza: governando la Justicia los sentimientos, la prudencia los juicios, los afectos la fortaleza, y la templanza los usos: y quan bien se hayan hermanado todas en el P. Pedro de Velasco, lo dirán los parrafos que se siguen.

§. XXXV.

Prosigue la materia del passado.

SIendo tan excelentes las virtudes, y hechos heroycos, que en los Capitulos antecedentes llevamos referidos del P. Pedro de Velasco, merecen todavia particular atencion su zelo, y amor ardiente por la gloria de Dios. Como verdadero Hijo de nuestro glorioso P. S. IGNACIO dedicaba sus obras, y acciones todas â la mayor honra, y gloria del Señor. Esta mayor gloria de Dios, era la expression con que comenzaba sus Sermones, apuntes, y qualquier otra cosa, que escribia. Quando le era preciso dár assignacion â algun Sujeto para que se emplease en los ministerios de nuestro Instituto, el exordio, y fin de su conversacion era: Muy buen campo le ofrece â V.R. la divina providencia para que se emplè en cosas de su agrado, sirviendo con esmero esta, ô la otra ocupacion: dediquela desde ahora al Señor, y no permi-

ta, que ofrecida yá â ſu Mageſtad haya exercicio alguno de ella, que no ſea con el fin de darle mayor, y mayor gloria.

Eſcribiale un Sujeto confidente del Padre, noticiandole el mal ſuceſo, que havia tenido un negocio, que el miſmo P. Pedro de Velaſco, ſiendo Provincial, havia pueſto â ſu cuidado, y cuyo deſgraciado exito havia acaëcido à peſar de las diligencias, y eſmeros del Sujeto, que lo manejaba, y eſcribia. Reſpondiòle el P. Velaſco alentando ſu deſconſuelo, con palabras de paternal afecto, y para mas ſerenar ſu pena le dice: *Yo quedo enteramente ſatisfecho del proceder, y empeño de V. R. Mi Padre:* Quod debuimus facere fecimus; *y para que mejor ſe verifique eſto, conformemonos prontamente con la voluntad de Dios. Aſſi lo quiſo Dios, y no hay que buſcar mas razones para el aliento. Por lo que à mi toca, alabo humildemente ſu ſoberana providencia, y confieſſo, que aſſi debe de convenir, y que ibamos errados quando intentabamos otra coſa, pueſto que Dios nos ha manifeſtado yà lo que quiere, y es de ſu agrado. Sea por todo glorificada ſu Mageſtad Santiſſima; y nunca permita haga Yo coſa ſegun mi voluntad. Agradezca V. R. à eſſos Señores ſu buen deſſeo de mi parte, diciendoles: que quedo muy conſolado, con la reflexa de que* quod Domino placuit, factum eſt. Eſte fuè el aſſumpto de la mayor parte de las platicas, que hizo en Tepotzotlan ſiendo Maeſtro de Novicios: procurando con admirable dulzura, y ſolidez de razones manifeſtar la perfeccion, y real-

realze, que ennobleze à qualquier accion virtuosa, practicada con atencion á la mayor honra, y gloria de Dios. Era de gusto, y assombro â todos oìr la eloquencia del Padre quando se tocaba este punto. Penetrado su corazon de tan generosa idèa, y elevado fin, meditaba muchas vezes en èl: de esta seria, y frequente consideracion nacian aquellas singulares reflexas, con que exhortaba à todos, buscasen en todo el soberano agrado del Señor, enterneciendose tanto en hablando de semejante punto que se conocia la abundancia de que rebosaba su espiritu.

Fuè singular en el P. Pedro de Velasco el esmero con que procurò siempre edificar á los de Cassa, y á los de fuera. En su exterior se notò siempre una rara compostura, y modestia, sin que bastasen las adversidades por graves, y sensibles, que fuessen, á inmutar un tanto la serenidad de su apacible aspecto. Obraba siempre con tal reflexa, que no daba lugar à que las passiones tuviessen parte en sus acciones. Muchas vezes sucediò entrarle á dár repentinamente noticia de alguna novedad, que havia ocurrido, y siendo estos unos lanzes en que prorrumpe quasi indeliberadamente el gusto, ô el sentimiento segun la naturaleza de la noticia, que se refiere. Tenia el Padre tan dominadas estas passiones, que jamàs le advirtieron movimiento alguno, que declinase à uno de estos extremos. Oìa con apacibilidad lo que se referia, y su mas comun respuesta era: *Bendito sea Dios, que assi lo dispone todo.* Tal vez en su presencia se hizo rela-

cion de cierto hecho,que algo denigraba el honor de un Sujeto;y cuya noticia era del todo impertinente al Padre. Hallabanſe en la converſacion varias Perſonas ſeculares, dignas de reſpecto, y yà que por eſta circunſtancia no pudo retirarſe luego de la junta, procurò deſviar la atencion, divirtiendo el penſamiento â otras coſas muy diſtintas. Eſperaban todos, que conteſtaſe el Padre en alguna coſa como ſuele acaëcer en platicas familiares : mas advirtiendo ſu ſilencio el que llevaba el hilo de la converſacion, preguntò determinadamente al Padre: què ſentia del hecho? Eſcuſóſe de la reſpueſta diciendo : me ocurriò otra coſa à la memoria, y me abſtraje. Pretendia referir de nuevo el caſo, y deteniendo al Sujeto le dixo con mucha urbanidad : à mi me parece, que ſi hay algun yerro en eſſe caſo, la intencion del que aſſi obrò puede ſer muy diſculpable, y ſana. En prueba de eſto hizo mencion de algunos lanzes, que en otros aſuntos havian ſucedido, que ciendo al parecer de los hombres reprehenſibles, le conſtaba al Padre, y à muchos otros del buen animo con que ſe havian hecho; y rodando platica con arte, y gracioſa diſcrecion, hazia lo ocurrente en los juegos de manos, que tanto engañan nueſtra viſta, concluyò diciendo : tengo yá experiencia de las muchas ocaſiones, que me ha engañado mi juicio; y aſſi no merece, que Yo lo crèa ſiempre. Con lo que todos los de la junta quedaron advertidos de la moderacion tan debida á materias, que tocan en el buen nombre, y reputacion del proximo;

ximo; caſo, que deſpues de paſſados muchos dias refirió uno de los concurrentes, edificado de la entereza, y modeſtia del P. Pedro de Velaſco.

El P. Domingo de Alburquerque Varon humildiſſimo, y de grande eſpiritu, de quien ſerà preciſo hazer deſpues honorifica mencion, como que manejò por mucho tiempo la conciencia del P. Velaſco, certificó muchas vezes el eſcrupuloſo miramiento del Padre, en orden á la buena nota, y exemplo en ſus procederes. En el folio 5. de un quaderno que hizo, ſobre la vida del P. Velaſco, dice aſſi. *Me ſervia de increible confuſion advertir las muchas reflexas, que ſolia hazer, yà ſobre eſta, yà ſobre la otra accion. Parece que á todas luces, ô viſos las miraba, y remiraba, porque no fueſſen de ofenſion, ò de tropiezo â alguno. Eran ciertamente â lo que Yo juzgaba, no ſolo indiferentes, mas â las vezes eran algunas de ſus acciones muy buenas, y fundadas en doctrinas de Santos, y confirmadas con la practica de Varones exemplares. Pero todo eſto no le aquietaba, conſiderando las razones que acaſo le podrian mover para obrar de eſta manera; viviendo ſiempre con ſoſpecha de ſu amor proprio, ô de alguna paſſion, que le perſuadiera ſer razonable lo que pudiera ſer digno de nota, y de eſcandalo á los que la obſervaran.*

En el folio 6. del citado quaderno habla aſſi el miſmo P. Alburquerque: *Me aſſombro de los juicios de Dios, y de la prolixidad con que ſerá examinada Jeruſalen, ſiempre que advierto en el P.* (habla del

P.

P. Velaſco) *los temores de ſu conciencia. Todo le es ſoſpechoſo, y en todo tiene que reparar, obras inocentiſſimas ſuyas, ſuelen ſalir reas en el tribunal de ſu conciencia, y ſon condenadas como delinquentes á la luz del rigoroſo examen con que las eſcudriña. Aunque tal vez no haya, ni ſe reconoſca culpa en la intencion, la encontraba el Padre ſi atendia â ſus proximos, â cuya edificacion quiſiera cooperar no ſolo por los modos comunes, ſino tambien por modos extraordinarios.* Haſta aqui el P. Alburquerque. En efecto miraba el P. Pedro de Velaſco con tal cuidado eſte buen exemplo, que eran repetidas las conſultas á ſu Confeſſor ſobre las coſas mas uſuales, y que por tanto parecia poder proceder con mas libertad, ſi ſu temeroſa, y delicada conciencia, no le repreſentara obices, donde ſolo havia que alabar, y de que edificarſe.

§. XXXVI.

Practicas que obſervó en varios negocios que le ocurrieron.

CONcurriendo en el P. Pedro de Velaſco los talentos, y prendas, que quedan referidos, deſpues que saliò de Miſſiones haſta ſu dichoſa muerte, lo ocupò la obediencia caſi ſiempre en oficios, y empleos honorificos de la Provincia. Fue Rector del Colegio de Valladolid, y deſpues de Tepotzotlàn, juntamente con el cargo de Maeſtro de Novicios,

que exercitò por eſpacio de ſiete años continuos. Al fin de eſte govierno en Congregacion Provincial fuè electo por Procurador â las Cortes de Madrid, y Roma;y haviendole dado el lleno todo â eſte empleo,con mucha ſatisfaccion,y luſtre de la Provincia,y dexado en todos los Colegios de la Europa por donde paſſaba alta opinion de ſu Religioſidad, y literatura, volviò con catorze Sujetos, que traxo de las Provincias de Eſpaña,y que trabajaron glorioſamente en las muchas, y dilatadas Miſſiones de eſta Provincia. Deſpues le vino Patente de N. P. General para ſer Prepoſito de la Caſſa Profeſſa. De eſte empleo paſſó al de Rector del Colegio Maximo,que tiene eſta Provincia en Mexico. Y finalmente el año de ſeiſcientos y quarenta y ſiete, por muerte del P, Provincial Juan de Bueras, ſe hallò elegido en Carta de nueſtro P.General por Provincial de eſta Provincia, que governò por tres años.

En tantos goviernos como tuvo le ocurrieron varios, y graves negocios, ſobre que debia tomar reſolucion : mas para el acierto ſe valia de todos los medios, que inſpira la mas circunſpecta prudencia. Podia el P. Velaſco proceder â las determinaciones con alguna confianza de ſus letras, y mucho eſtudio. Jamás ſin embargo tubo ſatisfaccion alguna de ſu proprio dictamen : por tanto conſultaba antes de determinar â dos,ô tresSujetos de los mas graves,que ſe hallaban en la Caſſa,ô Colegio en que vivia,exponia todas las circunſtancias para que enterados del hecho,

arbi-

arbitrasen la mas conveniente providencia. Si el negocio lo permitia, dexaba passar dos, ô tres, ô mas dias, y despues de ellos volvia â informarse si mantenian el proprio dictamen. En el interin encomendaba â Dios muy despacio el negocio. Retirado á solas en su aposento solia gastar muchas horas de Oracion, recabando del Cielo la luz que necessitaba para aquel expediente. Al mismo fin aplicaba muchas penitencias corporales, y suplicaba â otros practicasen las mismas diligencias para lograr el acierto que se desseaba.

Dos Iglesias se edificaron â expensas del cuidado, y solicitud del Padre. Para el semanario gasto de semejantes fabricas, tubo mucho que padecer, pues solia suceder hallarse la vispera del dia en que se havia de hazer el pagamento â los oficiales, y operarios, sin un real con que satisfacer los salarios. No faltò quien enterado de estas angustias, culpara su determinacion, calificandola de poco cuerda, y aun temeraria por parecerles se havian emprendido estas obras, sin pulsar las dificultades que pudieran ocurrir. Esto particularmente le culparon al P. Pedro de Velasco en la Iglesia, que fundó en el Partido de Chicoràto, sonaron tan alto las quexas, que llegaron hasta Mexico, y aun á los oîdos del P. Provincial, quien aunque mantenia un grande concepto de la cordura, y proceder del Padre, juzgó oportuno el escribirle para cerciorarse de lo que por otros lados se le informaba. No le fuè al P. Velasco de sentimiento algu-

no eſta averiguacion; y aſſi luego reſpondiò al P. Provincial, incluyendole muchas Cartas de varios Sujetos nueſtros, y extraños, á quienes havia conſultado con mucha indiferencia la empreſa. Repreſentò el deſaſeo de la Capilla, que antes havia, y lo ruinoſo de ſu debil fabrica, las limoſnas con que los miſmos vecinos de la Miſſion, prometieron contribuir. Y cerraba la Carta diciendo, llevaba gaſtados en la obra mas de dos mil peſos, ſin haver contrahido dependencia alguna, ni gravado al vecindario en un ſolo real; pero que no obſtante eſto, eſtaba pronto á ſuſpender la obra, y hazer con el mayor guſto lo que le mandaran. Parecieron juſtamente dignas de atencion eſtas razones al P. Provincial, y dandole, no ſolo la licencia, ſino gracias por la nueva fabrica, calificò de nimio ſu miramiento, y de muy pauſada ſu reſolucion, quando con menos conſultas, y motivos podia proceder á dicha obra.

Para las ocupaciones que daba á los Sujetos, quando era Superior, procuraba que fueſſen proporcionados los talentos al empleo; y nunca diò aſſignacion aun de las de menor luſtre, que no la encomendaſe á Dios con particularidad en la Miſſa, augmentando ſus ſuplicas, y rogaciones á Dios, á la Santiſſima Virgen, y á Nueſtro Padre S. Ignacio, conforme era mayor la utilidad del miniſterio á que deſtinaba los Sujetos. Deſpues de encomendado á Dios el acierto inſtruya con oportunos, y ſaludables conſejos al que nombraba, exhortando á todos cooperaſſen á

mantener con religioso empeño el lustre, y reputacion de nuestra Madre la Compañia.

Yá se vè, que si para estas, y semejantes determinaciones procedia el Padre con tanta madurez, y tiento quando parece ofrecia menores riesgos al yerro, el conocimiento, y experiencias de lo que determinaba, que serian mayores las diligencias, y cuidados quando la naturaleza de los incidentes por su gravedad, y circunstancias, ô por los respectos que intervenian, hazian dudoso el acierto. En conformidad à esto, quando le ocurrian negocios de mucha monta doblaba las penitencias, y oraciones; y si era Superior, mandaba se hiciessen en los Colegios plegarias publicas, y que todos clamasen à Dios por el buen exito. Assi lo practicó en el gravissimo negocio, que sucedió en su Provincialato, con ocasion de ciertas diferencias, que se excitaron entre un Principe Eclesiastico, y tres Colegios de la Compañia. Què negocio fuesse este, y sus circunstancias, los diversos passages, y sucesos, que ocurrieron hasta su ultima determinacion, pareciò conveniente omitirlo por ahora, dexando para mas oportuno lugar el hazer una exacta, y cabal relacion de todo.

Muchas, y muy grandes ocasiones de merecimiento le ofreciò nuestro Señor en los tres años, que fuè Provincial; y las lograba con tanta solicitud, que nunca le remordiò su delicado espiritu haverse excedido en tales lanzes. No desmayò un punto su fortaleza, ni perdonò á diligencia, que èl mismo perso-

nal-

nalmente pudiesse en la eficacia, y despacho de los negocios. En qualquiera tiempo, aunque fuesse à deshora, si lo pedia la necessidad salia á solicitar el expediente de lo que precisaba. Ofendido, jamàs diò quexa alguna; y si oía quexarse á otros el P. Pedro de Velasco los consolaba, y los alentaba con un semblante de regocijo tan santo; y con unas palabras de tan celestial mansedumbre, que les parecia ser un hombre de marmol, y de bronze, pues heridas vivissimas no lastimaban su paciencia. Si tal vez dolorido con la afliccion, que acaso padecia la Compañia, prorrumpia algun Sujeto con palabras agrias, y ofensivas del contrario, lo corregia severissimamente. Y aun quando las personas eran de calidad, solia decirles con un aspecto terrible, y severo, quando oìa semejantes excesos: *No se negocia nada con esso.* Bastando esta reprehension para que mudasen de platica. En cierta ocasion un hermano nuestro Coadjutor se mostrò sentidamente quexoso con un Religioso de otra Religion, que llegando á pedir limosna à una hazienda nuestra, quiso condenando à la Compañia, justificar la conducta de un Sujeto poco favorable á la Compañia. En sabiendolo el P. Provincial Pedro de Velasco, lo penitenciò por espacio de ocho dias gravemente. Si le fuè alguna vez preciso escribir al Rey nuestro Señor contra alguna persona, siempre hablò de ella con estilo muy cortesano, y respectuoso. Viòse en estas ocasiones muy á los ojos el dominio de su corazon. Entre muchas penalidades, y negocios

muy urgentes, y complicados, rezaba el Oficio Divino con la pausa, y reposo que acostumbraba, tan olvidado de lo que no era Dios, como si no tuviesse á su cargo, ni instasen otras ocupaciones. En el mayor tropel de ellas le hallaban ordinariamente retirado en oracion, negociando primero con Dios el suceso. En los papeles de Memoriales, Peticiones, Manifiestos, y Defensorios, que en su tiempo se hizieron, y publicaron, era tan mirado, y atento, que despues de comunicados con los Letrados, y dispuestos yà para presentarse, ô imprimirse, quitaba, ô añadia palabritas, de suerte, que era necessario volverlos â disponer de nuevo; â vezes con tan prolixos reparos, y advertencias tan escrupulosas, que se cansaban los que intervenian en estas disposiciones. Nunca pudieron notarle en sus Cartas palabra que no se ajustase con la razon, acompañada siempre de religiosa modestia, y cortesia. Qualquier punto que se ofreciesse de dificultad lo estudiaba en las obras del glorioso Doctor de la Iglesia Sto. Thomas de Aquino, en donde hallaba quanto buscaba; y era de modo, que quando se acostaba, viendole el Hermano, que hacia (mientras fuè Provincial) oficio de su compañero, revolver uno de los tomos del Santo, que tenia colorada la cubierta, ô forro, decia: El librito colorado ha cojido? El sacarà algo que admire, como sucedia, porque levantandose â la una, ô las dos de la noche, despues de tenida su Oracion se ponia â escribir, ô formar algun papel, que causa admiracion, en orden â los negocios, que le ocurrian.

§. XXXVII.

§. XXXVII.

Su feliz tranſito.

CUmplido por mediado el mes de Febrero de 1649. los tres años enteros del govierno del P. Provincial Pedro de Velaſco, ſe abrieron las letras Patentes que ſe guardaban en el Archivo en que nombraba N. P. General Vincencio Carrafa por ſucceſſor del P. Velaſco, y Provincial de la Nueva Eſpaña, al P. Andrès de Rada, que â la ſazon era Rector, y Maeſtro de Novicios del Colegio de Tepotzotlàn. Quedò el P. Pedro de Velaſco aliviado mucho ſin el peſo, y carga del govierno de la Provincia, mas no ſin el trabajo de varias reſultas del Oficio que acababa de dexar, porque juntamente con el oficio de Conſultor de Provincia, le dexò N. P. General por particular orden ſuyo, la direccion, y ſolicitud de ciertos puntos de mucha importancia; â que atendiò con el miſmo zelo, y eſpiritu que quando era Provincial, en el poco tiempo que le quedò de vida.

La gravedad de dichos puntos pedia à mas de una conſumada prudencia, literatura, y eſtilo, una grande deſtreza, y actividad en el que los manejara. Practicabalo todo el Padre, conociendo era aquello del agrado de Dios, pues lo hacia por obediencia; y en eſta conformidad jamàs ſe eſcusò de agenciar eſtas cauſas aunque en el ſeguimiento de ellas reconocia mas ſenſible cada dia la falta de fuerzas, y que con

acelerados pasos se le avecinaba la muerte. Tenia el Padre muy de antemano prevenida esta hora; y assi solo cuidaba de hacer con mayor atencion lo que se le encomendaba, juzgando ser medios muy oportunos para prepararse á morir todos aquellos en que se exercita el subdito por obedecer à sus Superiores.

Parece haverle manifestado nuestro Señor el transito de esta vida á la eterna de nuestro Padre General Vincencio Carrafa, porque como por el mes de Abril de aquel año de 1649. se tratase á instancias suyas de juntar Congregacion para elegir Procurador á Roma, que fuesse en la Flota, que estaba yá para despacharse; y entonces se determinase no convenir. Viendo algunos lo mucho, que el P. Pedro de Velasco instaba en que se convocase Congregacion, le preguntaron: què causas podian ofrecerse, que diessen bastante necessidad, y motivo para la Eleccion de Procurador, pues en Roma no se havia de celebrar tan presto la Congregacion de los nueve años? Respondiò: *Puede ser, que haya en Roma muy presto Congregacion general.* Y como le replicasen: menos, que muriendo N. P. General, no parece haver razon para ello. Respondiò: *Y no puede ser que muera N. P. General?* Con que cesó por entonces la conferencia. En llegando la nueva del santo fenecimiento de N. P. General Vincencio Carrafa, que fuè por el mes de Junio siguiente, se hizo memoria de lo referido, persuadiendose los que supieron el caso, haverle Dios manifestado lo que havia de suceder en Roma, y en don-

donde para la Congregacion general en que fuè electo N.P. General Francisco Picolomini se huviera hallado el Procurador, que esta Provincia eligiera en la Congregacion, que tanto instaba el P. Pedro de Velasco se convocase.

Poco mas de seis meses viviò despues de su Provincialato tan exercitado de achaques, que contraxo en lo mucho que padeció, y trabajó por defender â su Religion, que ultimamente le ocasionaron una disenteria mortal. Conociò desde luego serle llegado el fin de su peregrinacion santa; hablaba de su cercana muerte con notable regocijo, y consuelo. A los enfermeros les pedia por instantes le perdonassen en lo que les fuesse prolixo; actuabase todo el tiempo de su enfermedad en fervorosos actos de Religion; hazia votos de rezar de rodillas algunas oraciones â particulares Santos, como à nuestro P. San IGNACIO, y otros que cumplia con grandissima puntualidad. Exercitabase continuamente en tiernissimas Jaculatorias, tan entregado â Dios, y negado â memorias de la tierra, que entrando â visitarle en nombre de los Señores Condes de Santiago sus deudos, un Gentil-hombre suyo, apenas reconociò ser de sus Parientes, quando pidiendo un medicamento que havia de efectuarse â solas, interrumpió el recado sin mas admitirle. Visitaronle personas de lo mas ilustre de la Republica, entre ellos el Illmo. Sr. Dr. D. Nicolàs de la Torre, Obispo de la Havana, que amò siempre al P. Pedro de Velasco con fineza de verdadero amigo,

go,y tiernamente ſentia ſu falta. Para moſtrar en eſta ocaſion ultima el P. Pedro de Velaſco, quanto agradecia el afecto con que ſu Señoria havia venerado ſiempre â la Compañia de JESUS, le pidiò licencia al P. Provincial para que deſpues de ſu fallecimiento ſe le dieſſe un Crucifixo pequeñito de bronze, que le havia ſido toda ſu vida inſeparable compañero, y amigo; y el Sr. Obiſpo haziendole guarnecer precioſamente, le guardò, y eſtimò como reliquia de un Varon tan calificadamente ſanto. El miſmo dia, que la llamò nueſtro Señor para la gloria, le intimò el Medico la cercania de ſu tranſito, diciendole: Padre mio Pedro de Velaſco: *In domum Domini ibimus*, â que reſpondiò el Siervo de Dios,con la ſerenidad que en toda ſu vida, y con un gozo del Cielo, que brotaba por ſu ſemblante:*Fiat voluntas Domini*; reciviò los Santos Sacramentos con devotiſſima reverencia. En la reconciliacion para recivir el ſanto oleo, depone ſu Confeſſor, que volviendoſe â un Santo Crucifixo hizo una ſolemne proteſtacion de la fê con todas ſus circunſtancias, y que para mayor humildad, y confuſion propria, delante de nueſtro Señor le pidió le fueſſe advirtiendo de lo que debia confeſſarſe, y acuſarſe, â que no tubo que reſponder el Confeſſor, ſino que ſe acuſaſe de algunas omiſiones inadvertidas, por ſi acaſo huvieſſe alguna inadvertencia culpable,â que reſpondió : *Y muy advertidas mi Padre*. Eſtas omiſiones advertidas, dixo haver ſido de las ordinarias devociones, que aunque ninguna de obligacion, ni
vo-

voto, y haverlas omitido por la flaqueza, y dolores, con todo, dixo el P.Pedro de Velaſco, acuſandoſe de ellas, quizá pudiera esforzarme mas. Iten, que moria con ſingular conſuelo, porque moria con las armas en la mano, peleando actualmente en defenſa de ſu Religion, y de la verdad. Cercaban ſu cama los Religioſos mas graves, y todo el comun del Colegio, ſin acertar â ſalir de ſu apoſento, anticipandoſe el llanto con el dolor, que ya empezaba â cauſarles la auſencia de tal Varon. Llegaban muchos à beſarle la mano, y pedirle ſu bendicion; entre otros el P.Rector, y Maeſtro de Novicios de nueſtro Noviciado de Santa Anna de Mexico, que juntamente era Conſultór de Provincia, y havia ſido ſu Compañero en el oficio de Provincial, como perſona que le havia confeſſado generalmente de toda ſu vida, y ſabia lo intimo de ſu alma, de rodillas, y deshaziendoſe en lagrimas, le pedia con inſtancias le dieſſe la mano para beſarla, y le hechaſe ſu bendicion. Armóſe entre los dos una tierniſſima contienda, que ſacò el llanto á los ojos de los que ſe hallaban preſentes, viendo la anſia con que el P. Pedro de Velaſco pedia al P.Rector de Sta. Anna, le dieſſe la mano para beſarſela, y ſu bendicion. Inſtaba el P. Rector en que primero hizieſſe eſte oficio de tan religioſo amor nueſtro enfermo. Venció la humildad del P. Pedro de Velaſco, â quien por darle eſte conſuelo, â inſtancias de los que eſtaban preſentes le dió el P. Rector de Santa Anna ſu bendicion, y la mano, que beſó con humildad, reverencia, y de-

 vocion

vocion el P. Pedro de Velaſco, de quien la recivió luego ſu Compañero, y Confeſſor, que havia ſido. Entrò â viſitarle un Indio muy viejo, hortelano de nueſtro Colegio, derramando tiernas lagrimas por vêr â ſu P. Pedro de Velaſco en tal tranze, y el Padre en viendolo, lleno de alborozo, lo llamò, y lo abrazò recia, y eſtrechamente, en teſtimonio del amor grande, que tubo ſiempre â los Indios, acordandoſe de los que havia baptizado, y ganado para Chriſto en las Miſſiones. Parece haver Dios prevenido â ſu Siervo de la hora en que le havia de recivir en ſus brazos, porque aquel dia ultimo de ſu vida por la mañana, aſſiſtiendo â ſu cabezera uno de los Padres graves, y ancianos, que cuidan del eſpiritu de la Caſa, oyò que recogido al parecer en profunda contemplacion, pues no reparò en que havia quien le oyeſſe, decia el P. Pedro de Velaſco hablando con nueſtro Señor: *â las quatro de la tarde Señor?* Hagaſe vueſtra ſantiſſima voluntad. *No ſerìa mejor â las quatro de la mañana, por las Miſſas, Señor? Mas hagaſe vueſtra ſantiſſima voluntad*; en que parece que humildemente ſolicitaba de Dios el ſocorro de las Miſſas, para alivio del Purgatorio, que en ſu humilde concepto eſperaba; que mas le teme quien mas ajuſtadamente vive. Depuſo el Padre, que oyò lo referido, haverlo callado de intento por algunos meſes, y muy en particular quando por orden de los Superiores diò otros puntos de edificacion, que quedan ya referidos, y deſpues traxo en el corazon tal inquietud por no haver depueſto
eſte

eſte caſo, que ſin poder hazer otra coſa para ſu deſcanſo, fuè â mi apoſento, y me le manifeſtò con eſta circunſtancia, y deſde entonces quedò ſu animo quieto, ſoſegado, y tranquilo. Eſto ſe confirmò aquel miſmo dia en la tarde, que dando el relox de nueſtro Colegio, y preguntando â los preſentes, què hora es? Como le reſpondieſſen, que las dos, dixo: tiempo hay para de aqui â las quatro, replicóle uno, què quatro Padre? Y el Siervo de Dios como para deſlumbrarle de la merced, que nueſtro Señor le havia hecho en aviſarle de ſu hora, dixo: las de la mañana no ſon buenas para las Miſſas? Mas el efecto nos certificò del ſuceſo primero. Hallabaſe ya aquella tarde con una fiebre muy ardiente, y que le abraſaba con alguna inquietud, y agonia. Hizo voto de no menearſe de un lugar, haſta tanto tiempo, que fuè caſi una hora, cumpliòle con tan grande exaccion, que no ſe diò por deſobligado del voto, empezando â dar el relox del termino ſeñalado, haſta que acabaron de ſonar los golpes todos de la campana. En el tiempo que durò eſte voto ſe dejaba advertir muy bien por la agonia de ſu ſemblante, haverſe encendido la fiebre con mas intenſion, y grande tormento ſuyo. Acercabaſe el plazo de las quatro de la tarde, recomendaronle el alma, â cuyas preces reſpondiò ſiempre. Y como eſtuvieſſe profundamente recogido, quieto, y ſoſegado, y les parecieſſe â los que alli eſtaban, que rendiria preſto ſu eſpiritu, llegò un Hermano â darle un Santo Chriſto para que le tuvieſſe en la mano, â

que reſpondiò el Padre con gran tranquilidad: *Pongamelo aqui en la cabezera, que yo le tengo en mi corazon.* Otro tenia la candela bendita para eſtos tranzes, y ya cerca de las quatro, quitandoſela el P. Pedro de Velaſco, y tomandola en ſu mano, como quien con fortaleza catholica proteſtaba la fê, formando con la otra mano la ſeñal de la ſanta Cruz, haviendo gozado ſiempre la entereza de ſus ſentidos en ſuma quietud, y tranquilidad, y con un repoſo divino, rodeado de todos los Religioſos, ſin haver perdido la gracia baptiſmal, como afirman los dos Confeſſores, que le confeſſaron generalmente de toda ſu vida, y diciendo â la Reyna de los Angeles aquellas dulces palabras: *MARIA Mater Miſericordiæ*, durmiò en el Señor, que para tanta gloria ſuya le havia criado. Dando el relox de nueſtro Colegio las quatro horas de la tarde, Jueves â los 26. de Agoſto de 1649. â los 68. años de ſu edad, 53. de Compañia, y 36. cumplidos de Profeſſion ſolemne de quarto voto.

§. XXXVIII.

Sus Exequias.

LAS tiernas lagrimas, los ſollozos, y llantos, que generalmente cauſó en la Caſa la muerte de un Varon tan cordialmente amado por ſus grandes prendas, paternal amor, y heroyca ſantidad; jamàs ſe vieron ni mas verdaderas, ni mas ſentidas. Beſabanle

banle ſos pies, y las manos, deſpojabanle de ſus reliquias con tantas anſias, que unos ſe llevaban los lienzos, que le havian ſervido en ſu enfermedad; otros los veſtidos de que havia uſado en vida; haſta el barro en que bebia agua ſe huvo de hazer pedazos para repartirle entre los que pretendian llevarle; otros le cortaban los cabellos de la cabeza, y barba; otros las uñas, y â no eſtorbarlo, y defenderlo los Superiores, paſſara la piedad, y la veneracion â mayores deſpojos. Divulgóſe por la Ciudad ſu dichoſo tranſito, y empezaron à pedir, aſſi Religioſos, como Seculares, ſe les repartieſſen ſus venerables reliquias. Quiſo nueſtro Señor manifeſtar deſde luego los grandes merecimientos de ſu Siervo. Un Religioſo de una de las Sagradas Familias de eſtos Reynos vivia grandemente afligido, y deſconſolado en el eſtado Religioſo, que profeſſaba, abrumabale ſu inſtituto, y el Choro le era de inſoportable tormento. En ſabiendo que el P. Pedro de Velaſco era defuncto, deſſeoſo de hallar para ſus aflicciones remedio, ſe fuè â nueſtro Colegio, y arrodillandoſe â los pies del cuerpo del P. Pedro de Velaſco, beſandolos muchas vezes le pedia le alcanzaſe de Dios (cuya viſta entendia eſtàr ya gozando) le concedieſſe por ſus merecimientos el alivio de aquel deſconſuelo en que vivia. Antes de levantarſe de los pies de aquel venerable cadaver ſintiò ſu corazon tan tiernamente deshecho en lagrimas, tan conmovido el interior de ſu eſpiritu, y tan devotamente otro del que havia llegado, que deſde aquel punto hallò en la

re-

religiosa obſervancia de ſu Profeſſion, tanta dulzura, y tanta ſuavidad, que ya deſpues todas ſus delicias eran la clauſura, y el Choro. Reconociendo eſta converſion de ſu animo por una de las maravillas grandes, que obraba nueſtro Señor, por la interceſſion, y reliquias del P. Pedro de Velaſco. A ſus exequias concurrieron todas las eſclarecidas Religiones de la Ciudad de Mexico, en forma de Comunidad, y lo mas noble de la Republica. Hizo los oficios con la Capilla de la Cathedral el Illmo. Sr. Dr. D. Nicolás de la Torre, Obiſpo de la Havana, con aſſiſtencia tambien del Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Fr. Marcos Ramirez de Prado, Obiſpo de Mechoacàn, grande apreciador de la ſantidad del P. Pedro de Velaſco. Al ponerle en la ſepultura huvo nueva contienda entre los que le llevaban en ombros, ſobre quitarle algunas reliquias, y aſſi le deſaparecieron el bonete que llevaba, de que havia uſado quando vivia, y bien uſado; haſta de la cinta con que llevaba atado à las manos el Caliz, huvo de hazerſe diviſion entre los que pretendieron llevarla; porque todos pretendian alcanzar alguna reliquia de eſte Siervo de nueſtro Señor; ſeñalóſe el lugar en donde repoſa ſu cuerpo. Un Religioſo de otra Orden caminò muchas leguas, ſolo por decir Miſſa en el Sepulcro del P. Pedro de Velaſco, como de un gran ſanto; y encomendarſe à ſus excelentes merecimientos. Algunos alumnos de la Univerſidad de Mexico celebraron ſus glorioſas virtudes, y trabajos, con varios poemas, de que no hago parti-

ticular relacion; porque no cresca el volumen de este quaderno. Sirvióse nuestro Señor de manifestar la gloria de su Siervo, y para gloria de su divina Magestad me reconvino muchas vezes la expressase en este lugar el P. Nicolàs de Estrada, que refiero por sus mismas palabras, trasladado el parrafo de una carta suya, escrita al P. Diego de Monroy, Rr. que entonces era de nuestro Colegio de S. Pedro, y S. Pablo de Mexico, y dice assi: *Ahora dirè â V. R. en confirmacion de la santidad del P. Pedro de Velasco, una cosa, que aunque no le doy mas fê, ni pretendo se la dè mas de lo que demanda la piedad, y seguro de la vida del dicho Padre; pero tambien sabe V. R. que la simplicidad, y virtud, y las mercedes que nuestro Señor les haze â los que èl quiere manifestar sus secretos, no todas vezes deben menospreciarse. Una persona, pues, de estas â quien confiesso, me dixo haver visto â un Padre de la Compañia, que estaba para morir, y le assistia nuestra Señora, y los Angeles, y que era una cosa grande, y aunque le dixeron el nombre, no lo supo referir, ô no se acordó, solo refirió le havian dicho, que era un Padre grave. Supo que el Padre Eterno abiertos los brazos lo estaba esperando en el Cielo, y que él tenia como en el pecho un Jesvs, ô un globo hermosissimo, y allí escrito con letras de oro un* Jesvs, *y preguntado què significaba, le dieron â entender, que tenia gravado, ô escrito en el corazon el* Jesvs, *por la buena intension con que solamente pretendia su gloria; y mas le dixeron, que aquel era un gran Caballero. Esta persona à visto ir al Cielo al*

Pa-

Padre Azevedo, ſin haverlo jamás conocido, y algunos dias quando lo referia, por decir Azevedo decia Arzediano, haſta que le corrigieron, y repitieron Azevedo. Y tambien vió allà al Padre Cervantes, ſin que humana criatura ſe lo huviera nombrado; ya V. R. vè quan bien ſe ajuſtan â las viſiones las perſonas, y ſus vidas, y como confirman lo del P. Pedro de Velaſco, en cuya viſion le dixeron me lo refiriera â mi, para que diera gracias â Dios: Yo pienſo, que es para que refiriendoſe, todos nos obliguemos à darlas al Inmenſo Señor, èl ſea para ſiempre bendito, y nos guarde â V. R. como deſſeo. De la Puebla, y Septiembre 5. de 1649. Haſta aqui el parrafo de la carta del P. Nicolás de Eſtrada, Varon de la calidad, y eſpiritu, que tengo ya referido en el §. 36. Fuè el P. Pedro de Velaſco algo pequeño de cuerpo; un poco trigueño de color; la cabeza abultada; el cabello creſpo, y muy negro, y ya en ſus ultimos dias entrecano; la frente redonda, grande, y liza, con algunas entradas; la nariz aguileña; los ojos negros, hermoſos, y muy claros; nunca uſò anteojos, aunque parecia faltarle alguna viſta; la barba ancha; el ſemblante naturalmente modeſto, apacible, y grave; ſu ordinario aſpecto de un hombre endioſado, y que ponia veneracion, y reſpecto â los que le miraban. Pintanlo eſcribiendo el principio del Evangelio de S. Juan, por haverle comentado con excelente eſpiritu quando leyó Eſcriptura, los ojos fixos en un pequeño Crucifixo, que era el de ſu familiar converſacion, en la mano ſinieſtra un ramo de azuzenas, que teſti-

teſtifica la integridad de ſu alma, y de ſu cuerpo. Hizo memoria del P. Pedro de Velaſco, aun viviendo, el P. Andrès Perez de Rivas, en ſu hiſtoria de los triunfos de nueſtra ſanta fê, en el libro 2. cap. 30. 31. y 32.

§. XXXIX.

Caſos admirables con la invocacion, y reliquias del P. Pedro de Velaſco.

UN *mancebo vezino de Mexico* (ya Sacerdote, quando de ſu mano, y firma depuſo el caſo ſiguiente, que refiero por ſus miſmas palabras) *haviendo eſtado onze dias con ſus noches muy mortificado de un dolor de gota artetica, ſucediò en eſte tiempo la enfermedad del Venerable P. Pedro de Velaſco, y el dia de ſu entierro encomendandoſe al Padre, pidiendole que por la gloria que gozaba, y para mayor honra de Dios, y ſuya, le alcanzara de ſu Divina Mageſtad alguna mejoria, y no pudiendo en eſte tiempo comer con ſus manos, ni hazer movimiento alguno, aquella noche cenò, y empezò â mejorar, y dentro de quatro dias ſe levantò de la cama ſin dolor, con que verificó haver ſido la mejorìa, y alcanzadola por la interceſſion, y merecimientos del P. Pedro de Velaſco.*

En la Ciudad de la Puebla una Señora tenia muy â rieſgo una criada ſuya en el tranze de un recio parto; viendo el peligro en que eſtaba, invocò llena

de confianza el ſocorro, y la interceſſion del P.Pedro de Velaſco, diciendo: Santo P. Pedro de Velaſco favoreced á eſta pobre, y al miſmo punto pariò ſin dificultad.

En la miſma Ciudad ſe viò tambien en grandiſſima apretura, y rieſgos de otro parto, una Señora principal, y como haviendo invocado en ſu favor á muchos Santos, y aplicandole ſus reliquias no ſintieſſe algun alivio, llevóle uno de nueſtros Religioſos una carta, y firma del P. Pedro de Velaſco, y aplicandoſela, dixo la Señora hablando con el Padre: Santo P. Pedro de Velaſco, pues ſoys tan Santo, como dicen, ayudadme en eſte peligro, y al miſmo punto hechò la criatura con feliz alumbramiento, reconociendo el favor á la ſantidad, y patrocinio del Padre.

En la Ciudad de Mexico otra Señora tenia enferma à una hija ſuya, y el accidente fuè de tal calidad en ſus crecimientos, que le privò de ſentido deſuerte, que ni hablaba, ni entendia. Eſtuvo en eſte tranze deſde prima noche haſta la una, y viendo la Madre el peligro grande de ſu hija, y que corria rieſgo de morir ſin Sacramentos, ſe acordò del P. Pedro de Velaſco, y llevada de un afecto grande, ſe encomendò â èl, y le pidiò con palabras tan afectuoſas, que dice no ſabe quien ſe las dictò, que por la gloria que gozaba en el Cielo ſe apiadaſe de aquella ſu hija, que corria tanto rieſgo, la qual tenia una reliquia del Padre debajo de la almohada, y luego la enferma bolviò en sí, y mejorò deſuerte, que durmiò haſta la

ma-

mañana, y quedò buena, reconociendo eſta ſanidad repentina â la ſantidad del dicho Padre.

Haviaſele huido una eſclava â una Señora muy principal, muger de uno de los Señores de la Real Audiencia de Mexico, y al miſmo tiempo faltó en ſu caſa un plato de plata; preſumióſe lo havia llevado la fugitiva. Afligida la Señora en eſte caſo, diò â uno de ſus criados la limoſna, para que mandaſe decir una Miſſa por la interceſſion del Ven. P. Pedro de Velaſco, al modo que ſe mandan decir â S. Antonio de Padua, porque le traxeſſe â caſa la eſclava, y el plato. Dixóſe la Miſſa, y al miſmo tiempo eſtando eſta Señora en ſu eſtrado, y otra criada barriendo la ſala en ſu preſencia, le ocurrió al penſamiento una como voz, que le decia: eſta tiene el plato. La buena Señora, que era de las exemplares de la Republica, le deshechaba de sì como juicio temerario, ſin darle aſſenſo, pero tantas vezes oía la voz interior, que le decia: eſta tiene el plato, que ſin eſtár mas en ſu mano, ordenó, que la puſieſſen unos grillos. A eſta amenaza la que barria, convencida de ſu miſma culpa, la confeſſó diciendo: que ella lo havia hurtado, y dentro de breve rato le traxeron la eſclava huida, publicando â vozes eſta Señora ſer milagro, y efectos de la ſantidad del P. Pedro de Velaſco, requiriendo â ſus hijos, y familia, guardaſen como reliquias del ſanto Varon algunas medallas, y eſtampitas, que les ſolia repartir. Llamaron al P. Rector de Santa Anna para que confeſſaſe á una moribunda, quando el Padre

llegò tenia trabada la lengua, y perdidos los ſentidos de modo, que ni ſeñal alguna pudo recavar de ella para darle la abſolucion, ſino el ſolo dicho de los preſentes, que teſtificaban haver pedido confeſſion. Abſolvióla en aquel tranze, bolviò á ſu Colegio para tornar à caſa de la enferma, con unos cabellos del P. Pedro de Velaſco, hallóla en el miſmo eſtado, que antes, y poniendole los cabellos ſobre el corazon, le dixo: Señora quiere confeſſarſe? Al miſmo punto deſatandoſele la lengua, y cobrando el uſo de ſus ſentidos, reſpondiò que ſi, y ſe confeſſó muy de eſpacio, clamando los que ſe hallaban preſentes ſer milagro, y alabando â Dios en la ſantidad de ſu Siervo pedian encarecidamente ſe les dieſſe parte de aquella reliquia.

Una Señora Religioſa del Convento de *Regina Cœli* de Mexico tenia entre otros un pajarito que eſtimaba mucho, dabale de comer una criada, y dexóſe abierta la puerteſilla de la jaula, ſalióſe el pajarillo, volaba de una â otra de las azoteas del Convento, afligiaſe con la perdida del pajaro la Religioſa, y otras que ſe hallaban preſentes; fruſtradas muchas diligencias para cogerle, ſe acordò del P. Pedro de Velaſco, y de un Roſario ſuyo, que guardaba como reliquia, puſo el Roſario â manera de guirnalda ſobre la jaula, y eſtando ofreciendo al Padre algunas oraciones para que no ſe les fueſſe el pajaro, al decir con las otras Religioſas, que le acompañaban, que por la gloria que gozaba en el Cielo les bolvieſſe á la jaula ſu pajaro, diò el pajarillo un vuelo deſde la

azotea

azotea donde eſtaba, y ſe entrò por la puerteſilla en ſu jaula. Suceſo que cauſò admiracion â las Religioſas, y particular devocion al P. llamandole â voces Santo.

Padecia un Sacerdote nueſtro grave dolor de cabeza, y xaqueca, ſin poder repoſar, y acordandoſe de la ſanidad que havia dado Dios por los merecimientos del P. Pedro de Velaſco al enfermo de gota artetica, que diximos, encomendandoſe â èl con toda confianza, y pidiendole manifeſtaſe ſu gloria, quitandole tan fuerte dolor, ſe puſo un virrete del Padre, que guardaba por reliquia, y al punto ſintiò como que le arrancaban el dolor de la cabeza, quedando del todo ſano; y ſin poderſe reprimir ſaliò â contar el caſo â otros Padres, proponiendo de aviſar el dia ſiguiente â quien hacia la relacion de ſu vida. Olvidóſe de eſte propoſito, y el dia ſiguiente â la miſma hora de la noche le repitiò el miſmo dolor, hizo la miſma diligencia, quitoſele, y bolviò â proponer dar noticia del caſo. Ya ſin dolor le pareció moſtrarſe agradecido con el Padre, y aſſi ſe puſo â rezar el Roſario, y otras oraciones por ſu alma, juzgando eſtaría en el Purgatorio, y luego al punto le rebolvió el dolor mas reciamente, ſin mitigarſele en mucho tiempo, haſta que reconociendo podia ſer caſtigo de la duda que tenia de ſu gloria, haciendo á dos contrarios de no deberſele encomendar el alma, ſino encomendarſe â ella, ſe le quitò el dolor, quedando en èl un fixo concepto de que eſtá gozando de Dios, y valer mucho ſu interceſſion para con la Divina Mageſtad.

Ha-

Haviaſele encomendado eſta relacion al P. Balthaſſar Lopez, Maeſtro de Theologia, de quien ya hize memoria, el qual padeciendo un corrimiento grande de la cabeza â las muelas con grande dolor, ſentia en eſpecial la cabeza tan cargada, y perturbada, que nunca tal le havia acontecido; paſſó muy mala noche, y à la mañana ſiguiente viendoſe apurado ſe puſo el virrete del P. Pedro de Velaſco, encomendandoſele afectuoſamente: entraban á viſitarle los Padres, deciales como tenia pueſto el virrete del P. Pedro de Velaſco, pidiendole que le ſanaſe, y añadia por donaire, que ſi no le ſanaba no havia de hacerle la Carta de edificacion. En eſta ſazón entrò un Padre â referirle otro caſo maravilloſo por interceſſion del P. Pedro de Velaſco, y el dicho Padre Maeſtro le dió el virrete para que ſe lo puſieſſe de ſu mano, diciendo: que el era pecador, y por eſſo no lo oiría el P. Pedro de Velaſco, que el otro Padre era muy exemplar, y quizà aplicandole aquella reliquia con ſus manos le daria la ſalud. No quiſo nueſtro Señor, que ſe atribuyeſſe â otra virtud, y merecimientos el favor; y aſſi teniendo el virrete en ſus manos el Padre hueſped para ponerlo al enfermo, ſintiò de repente, que de la cabeza, y lado dolorido ſe le rebentó una apoſtema, que brotò por las narizes con mucha cantidad de materia, podre, y ſangraza, con que ſe halló del todo ſano, y el Cirujano, y Medico en viendo el humor dixeron ſer caſo milagroſo.

Uno

Uno de nueſtros Padres Miſſioneros en las Miſſiones de Sonora, que eſtán conjuntas con eſtas de Cinaloa, temiendo que con la ſequedad del tiempo ſe perdieſſen las cementeras del Pueblo en que reſidia, ſe encomendò al P. Pedro de Velaſco, pidiendole agua para ſu gente, y aquella miſma tarde eſtando el Cielo claro, y ſereno por todas las quatro partes, ſe formaron las nubes ſobre el diſtrito de aquel ſolo Pueblo, y llovió como ſe deſſeaba, y havia pedido al P. Pedro de Velaſco para logro de los ſembrados.

Cazando en el campo los Indios de otro diferente Partido, tiró uno de ellos una flecha envenenada, y ſe le clavò á otro Indio en la rodilla, quedò dentro un pedazo de la flecha del tamaño de un dedo, y no hallando remedio para ſacarſela, por eſtár en el miſmo juego de la rodilla. Haviendo oìdo el Padre Miſſionero de aquel Partido el caſo antecedente, y otros ſemejantes, que obraba nueſtro Señor con la invocacion, y reliquias del P. Pedro de Velaſco, fué á la caſa del Indio, hizo que ſe encomendara al Siervo de Dios, y que rezara, invocandole: aplicóle una carta, que tenia del P. Pedro de Velaſco, y dentro de poco tiempo ſaliò el pedazo de la flecha ſin diligencia alguna, y ſiendo el veneno tan fuerte, que havia hechado podre por los ojos, oìdos, narizes, y boca, y de que otros han muerto con ſolo un raſguño, eſte no ſolo no muriò, ſino que quedó ſano, aunque con la pierna algo encogida, para teſtimonio, y recuerdo de la merced, que reciviò de nueſtro Señor por los merecimientos de ſu Siervo.

Otros muchos casos de la calidad de los referidos dejo para otra ocasion, por haverme cogido la disposicion de mi venida á Missiones, en la sazòn, y tiempo que los estaba averiguando con todo examen, y solicitud, y no haver concluido las diligencias, que para el efecto tenia emprehendidas. Mas espero en nuestro Señor, que manifestando cada dia con nuevos favores la santidad, y gloria de su Siervo, obligaràn á mejor, y mas digno chronista á historiarlas.

§. XXXX.

Testimonios de la santidad del P. Pedro de Velasco.

EL mayor testimonio es el manifiesto de sus excelentes, y heroycas virtudes, ya referidas. En ella se fundó la voz publica, y sentir comun con que todas estas Provincias, y Reynos le tuvieron, y reverenciaron siempre por Santo. Si se huvieran de recoger los dichos, y sentimientos particulares de Prelados de Iglesias, y Religiones, personas gravissimas, y calificadas de todos estados, ocuparamos muchos folios; todos son de la calidad con que el Señor Conde de Salvatierra Virrey de la Nueva-España, decia parecerle, que veia en el P. Pedro de Velasco un San Ignacio, y un S. Francisco de Borja. El Ill^{mo}. Sr. Arzobispo de Mexico D. Juan de Mañosca, decia, que siempre que veia al P. Pedro de Velasco, reconocia en sì un encogimiento, y reverencia, como de quien

se

ſe hallaba, delante de perſona en quien habitaba Dios con eſpecial aſſiſtencia. El Señor Obiſpo de Michoacàn D. Fr. Marcos Ramirez de Prado, eſcribiendo â nueſtro Padre General la juſticia que militaba por parte de la Compañia, en las diferencias con el Señor Obiſpo de la Puebla, le dice como por ultima, y mas eficaz razon para aſegurarle: que ſolo con ſaber havia criado eſte pleyto el P. Provincial Pedro de Velaſco, podia ſatisfacerſe, y tener entendido la grande juſtificacion de eſtas materias por parte de la Compañia. Algunas perſonas graves decian, que en viendo al P. Pedro de Velaſco ſe ſatisfacia qualquier deſſeo de ſaber, que eſtilo guardaron de vida, què coſtumbres, què trato humano, y què modo en ſus perſonas, obras, y palabras, los S. Bernardos, y S. Ambroſios. El Padre Luis de Bonifaz, que fuè Provincial de eſta Provincia, ſolia decir, y repetir muchas vezes, que ſi le dixeſſen, que el P. Pedro de Velaſco eſtaba reſucitando muertos, no ſe moveria un paſſo à vêrlo; porque eſtas maravillas no havian de aumentar en èl un ſolo punto del concepto grande, que tenia de ſu ſantidad. Muchos lamentaban ſu muerte, diciendo: que havia faltado el Padre de todos, la columna de la Provincia, el defenſor de la inocencia, el eſcudo de la Religion. Todos á boca llena le llamaban, y le llaman el Santo; algunos ſiempre que havian de parecer en ſu preſencia procuraban reconciliarſe primero, ô prevenirſe de actos heroycos de amor de Dios, temeroſos de no parecer â ſus ojos, muy lim-

pios de qualquiera leve culpa, por el respecto con que en èl miraban una luz superior, que penetraba los corazones. En un memorial impresso, que las Religiones de Santo Domingo, S. Francisco, S. Augustin, y la Compañia de Jesvs, presentaron â su Magestad en Madrid, pidiendole su Real amparo contra las inquietudes, que padecian en la Puebla, en el fol. 2. en la segunda plana, haziendo memoria â su Magestad de la persona, y calidad del P. Pedro de Velasco, dice estas palabras: *Persona, que el edificio, y fabrica de sus virtudes, fundaba en el solar de los Condestables de Castilla, siendo Tio del que hoy vive, el qual muriò como se entiende, no de su confussion, ê ignominia, por tener muy mortificadas sus passiones, sino de sentimiento de vêr practicadas tales violencias, donde por V. M. corre el amparo de la justicia, en quien perdiò uno de los mas fieles vassallos, y Capellanes, que en aquel Reyno tenia, y la Compañia en aquella Provincia, el mayor Sugeto, hombre milagroso, por quien Dios en su muerte con diversas maravillas ha manifestado, que le goza.* Hasta aqui las palabras del memorial. Entre las personas de nuestra Compañia de Jesvs, que como mas domesticas experimentaron intima, y familiarmente la eximia virtud del P. Pedro de Velasco, uno fuè el P. Juan de Albizuri, natural de Viscaya, que estuvo muchos años en las Missiones, Rector, que fuè del Colegio de Valladolid, y muriò siendo Rector del Colegio de Patzquaro, en un quaderno de singulares casos del P. Pedro de Velasco, que fuè recogiendo

do para hiſtoriar ſus virtudes, haze eſte exordio: *Tan ſuave, y dulce es à todos la memoria del Siervo de Dios P. Pedro de Velaſco, como notoria ſu ſanta vida, y admirables virtudes; tan conocida ſu iluſtre ſangre de la caſa del Condeſtable de Caſtilla; ſu humildad prodigioſa; ſu prudencia tan circunſpecta; ſu charidad tan fervoroſa; ſu conmiſeracion tan benigna; ſu obſervancia tan admirable; ſu modeſtia tan exemplar; ſu zelo en defender el buen nombre, y derechos de ſu Religion, tan ſin ſegundo, como conſtante; en ſus adverſidades, y trabajos tan por eſtremo ſufrido; en los mayores oficios tan llano, tan humano; en ſu oracion, y devocion tan divino; y en todas ſus obras, y edades tan ſanto, que el referirlas dignamente ſerá aſſunto dificil à los mas elevados ingenios, y qualquiera que en bien merecidos loores levantare el vuelo, quedará corto, razon, que baſtantemente diſculpa mi inſuficiencia para no manoſear grandezas ſuyas, por no ajarlas, y deſlucirlas; con todo, me hallo forzado de la piadoſa ſolicitud de quien me lo manda, y del deſſeo de aſſegurar del olvido, hijo natural del tiempo, apuntar llana, y ſencillamente algunas pocas coſas, que puede ſer, que en la notoriedad de las coſas de nueſtro defuncto, ſe ignoren, venciendo las reſiſtencias del dolor, que cauſa á la memoria de tan reciente perdida de perſona tan tiernamente amada:* Cum magno dolore amittuntur, quæ cum magno amore habentur. *Y ſolo nos queda el conſuelo, que dà el Eſpiritu-Santo:* Modicum plora ſuper mortuum, quia requieſcit, *que eſte es el mas cierto, y eficaz alivio*

vio de nueſtro dolor; haſta aqui el P. Juan de Albizuri. De las perſonas mas iluſtres de fuera de la Compañia, aunque muy intimo en nueſtro reconocimiento, por el ſingular afecto con que nos honra el Ill^{mo}. y R^{mo}. Sr. Dr. D. Miguel de Poblete, Arzobiſpo de Manila, deſſeando ſalieſe ya â luz la vida del P. Pedro de Velaſco, eſcribiò al P. Rector, y Maeſtro de Novicios de nueſtro Noviciado de Santa Anna de Mexico eſte villete: *Mi Padre Franciſco de Ybarra, Rector de Santa Anna, las noticias que tengo de la loable coſtumbre, que obſerva la Compañia con ſus Religioſos defuntos, para celebrar ſus memorias, y mover con ellas à los vivos â la glorioſa, y provechoſa imitacion de ſus virtudes, ſacando, y eſcribiendo con una carta de edificacion, las que mas lucieron en el eſmero, y obſervancia de cada uno, avivaron en mì el deſſeo de ſaber muy en particular las admirables, que por mayor veneraba eſte Reyno, y todos admirabamos con la comun fama de las raras virtudes, letras, y govierno del Venerable P. Pedro de Velaſco; porque en todo conſidero exemplos raros, que havràn executado á ſu ſagrada Religion, â que con él haga por obligacion forzoſa, lo que con otros ſe haze por religioſa conveniencia, que pues ſolo ſu ſenblante modeſto, y ſus medidas palabras, eran motivos fuertes â la exterior veneracion de ſu perſona, ê indicios ciertos de la pureza de ſu alma, cauſando reſpecto, compoſtura, y modeſtia, en los que de fuera le trataban; con quanta mayor eficacia cauſarian ſantas emulaciones de ſus grandes virtudes, â los que con admiracion*

de

de mas cerca las atendian; y pues gozadas en vida eran claro exemplo para venerarlas, escritas, y publicadas ya defuncto, serà nuevo recuerdo para imitarlas, siendo tambien desengaño â los doctos, y â los nobles; pues conocerán estos, que no fuê desluстre, antes si decoro de su generosa sangre, y nobilissima ascendencia; lo austero de su vida, y lo rigoroso de su penitencia; y quedaràn enseñados aquellos â hermanar, y lograr de su sabiduria con lo profundo de su humildad; porque sus muchas letras se formaron, no solo con la mano de la noticia estudiosa, sino tambien â la luz de la oracion fervorosa, originandose de la una, y de la otra su atenta prudencia; sus acertados dictamenes; su suave govierno; y su apacible trato; su santa conversacion; su modesta compostura; y otras muchas, grandes, ê interiores virtudes, que con mas particularidad tendrán observadas, y notadas los que mas inmediatamente, y con mas casera comunicacion le manejaban; pues tantas letras lucian â los que mas de â fuera las atendiamos. Por esto pues, y por ser honra de esta santa Provincia criar tales Sugetos, gloria de nuestra Patria, producir tales hijos; consuelo comun de sus muchos aficionados, vèr perpetuadas sus memorias. Juzgo por forzoso, que se haya copiado su vida en lo breve, y verdadero de un escrito, que publique averiguadas noticias de su santidad, no omitiendo este tan debido obsequio al Venerable P. Pedro de Velasco. Yo tendrè â muy particular favor, y singular regalo, el que V. P. me le haga con embiarme un traslado de essa carta si se huviere formado, ô se

acuer-

acuerde, para quando ſe acabe el remitirmele, para que ſea lleno á eſte mi deſſeo, y à las memorias de eſte iluſtre Varon perpetuo recuerdo. A V. P. ruego le haga continuo de mi en ſus ſantos ſacrificios, á quien guarde Dios, &c. De eſta huerta de S. Coſme, y Noviembre 6. de 1651. Muy Servidor de V. P.
Miguel, Arzobiſpo de Manila.

§. ultimo.

Graviſſimas cenſuras de ſu Confeſſor.

FUE el P. Domingo de Alburquerque Religioſo muy exemplar, y obſervante Varon, humilde, y eſpiritual, retirado al rincón, y clauſura de ſu apoſento, zeloſo del bien de la Religion, exercitado de nueſtro Señor con un largo, prolixo, y peligroſo achaque de eſtomago, que llevó ſiempre con ſingular paciencia, ſufrimiento, alegria, y conformidad, con la voluntad de nueſtro Señor. Fué natural de Aragón en las fronteras de Cataluña, ſu oficio continuo en nueſtro Colegio de S. Pedro, y S. Pablo de Mexico, fuè de Confeſſor ordinario de la Caſa, y deſpues de ſu Provincialato le entregó el P. Pedro de Velaſco el regimiento, y govierno de ſu interior, y conciencia, con la ſugecion, y promptitud que pudiera un Novicio, con èl ſe confeſſó generalmente de toda ſu vida para morir, y el P. Domingo de Alburquerque queriendo darnos el precioſo manjar de las virtudes de eſte

eſte Siervo de Dios en el dorado plato del eſpiritu de ſu doctrina, quiſo irlas diſponiendo en forma de exhortaciones morales, que fabricaba ſobre la ſantidad, y exemplos del P. Pedro de Velaſco, dirigidas â los nueſtros, obra, que no acabò, por haverle cortado el hilo ſu ſanta muerte. Los que dejò eſcritos en eſta materia, ſon ochenta folios de â medio pliego, y de letra muy metida, de los quales iré entreſacando lo que ſolamente conduce â teſtimonio de la virtud grande del P. Pedro de Velaſco, como cenſuras de perſona grave, por ſu mucho eſpiritu, y glorioſos empleos en eſta Provincia, y que tubo la llave del teſoro de la conciencia, y alma del P. Pedro de Velaſco; entre cuyos heroycos exemplos, dandolos de grande humildad propria el P. Domingo de Alburquerque, pone el haverle elegido por ſu Confeſſor, y deſpues dice de ſi miſmo en el fol. 2. pag. 1. *Ruego yo ahora por reverencia del miſmo Señor, que aſſi ſe complaciò ſiempre en ſu Siervo, y niño, ſegun ſu corazon, que ſe advierta, y conſidere aqui lo que al mas lerdo, y tardo, es forzoſo ofrecercele deſde luego, y es como el P. Pedro de Velaſco, no ſe fue â ninguno de los demàs Confeſſores ordinarios, ſiendo todos de ſu Patria, y tierra, ſino que los dexò por uno, que no lo es, ſino muy lexos de ella; por un Aragonès, nacido en los confines, y frontera de Cataluña: Punto es eſte, que me parece hiziera muy mal en diſimularlo, y dejar entre renglones, ô tratarlo con ambages, y por mayor, ſino muy eſpecifica, y claramente, como lo tengo ya hecho, para que el hecho miſmo clame*

me

me la gloria del Señor en ſu Siervo, tan ageno de afectos, y reſpectos humanos; aſſi en eſta materia, como en otra qualquiera; haſta aqui ſus palabras. Y porque el P. Domingo de Alburquerque no ſiguió hilo de hiſtoria, ſino que trataba de las virtudes, conforme la ocaſion de ſu aſſumpto las pedia, ſiguiendo yo ſu eſtilo, ſolamente obſervarè el orden numeral de los folios, como ſigue:

Fol. 1. pag. 1. Dice tratando de ſu apoſtolica perfeccion: *nadie havrà que no confieſſe haya ſido toda ſu vida un* Contemptus mundi, *practico, y vivo, y un traſſumpto, ó copia abreviada de nueſtras Conſtituciones, Inſtituto, y modo de proceder*; y mas abajo, *aquel prodigio de ſu humildad tan entrañada, y como innata en ſu Reverencia, con aſſombro, y reparo comun de todos, que ſiempre en eſta virtud le havemos admirado, y con razon; pues ſus eſmeros en eſta parte ſon tales, que baſtaba eſta ſola virtud para aclamarle à boca llena por Santo.*

Fol. 2. pag. 1. *Què accion ſe podrà tocar en particular de ſu Reverencia, por minima, que ſea, en que no ſalten, y ſalgan luego al encuentro hileras de virtudes, de que ſe acompañò ſiempre, y entretexiò la tela maravilloſa de ſu religioſa vida?*

En el miſmo fol. pag. 1. y 2. Dice hablando de ſu pureza en afectos de ſangre: *digo, y certifico, y lo haria con juramento ſi fueſſe neceſſario, ſegun lo que por ſu dicho, y quenta de conciencia, tengo entendido, y me conſta, que el P. Pedro de Velaſco, en coſa de 53. años,*

que viviò en la Compañia, no ſolamente no tuvo neceſſidad de ahogar, ni ſuprimir jamàs afectos ſobreſalientes en eſta parte, que aun á muy remirados, y cuidadoſos de ſu perfeccion ſuelen tal vez aſorar, ô ſobreſaltar, aunque los enfrenen, y ſupriman como es juſto, á fuerza de virtud, y religion; pero ni reſabio, ni primeros movimientos de coſa ſemejante tuvo jamás, ni el menor raſtro, ô aſſomo de eſcrupulo de que poderſe acuſar, ô haver de dar de ello quenta en el ſupremo Tribunal, ſiendo una de las almas de las mas temeroſas de Dios, y que hilaban delgadiſſimo con ſu Divina Mageſtad, que en nueſtros dias ſe puede haver conocido, y encontrado â lo menos para mì.

Fol. 3. pag. 1. *Què ſe podrá decir, ô què no ſe podrá decir â cerca de otros afectos, ô afectillos particulares? En todos, y en cada uno le vimos, y conocimos ſingular en todos, y en cada uno prodigioſo; deſuerte, que podemos decir:* non eſt inventus ſimilis illi. *O Varon verdaderamente ſingular! O ſingularidad tan agena, y eſſempta de ſingularidades ofenſivas en una Comunidad, y en que ſin merecer ni deſmerecer, y aun ſin reparo, ni advertencia, ſuelen tropezar de ojos los muy advertidos, diſpiertos, expertos, y veteranos, en la eſcuela de la virtud, y perfeccion, dejandoſe llevar pedetentim de la miſma briſa de ſu virtud, tras la virtud que reconocen, y hallan en otro! A cerca del punto, es buen teſtigo toda la Provincia, y qualquiera de ella, antiguo, y moderno, de que jamàs ſe le conocieron aficiones particulares, ni clientulos, ni allegados, por quie-*

nes hicieſſe mas, que por otro qualquiera cæteris paribus y *o, que de parte del Sugeto no huvieſſe algun obice de los que ſe ſuelen reparar en la Compañia,* & in quocumque eventu, *ni un minimo eſcrupulo; con ſer en todo tan menudo como ſanto tubo de que acuſarſe en eſta parte jamàs.*

Fol. 5. pag. 1. Dando razon del motivo, que tiene en el Libro de ſus exhortaciones: *Mi deſignio no ſe eſtiende mas, que â buen deſſeo, y voluntad de ofrecer eſte ripio, â quien huviere de eſcribir ſu vida, y â todos los que fuimos ſus hijos, â unos materia de enſeñanza, â otros de confuſſion, y â todos de edificacion, admiracion, y glorificacion divina en ſu Siervo, y que tal nos le diò â conocer en nueſtros dias, ya que por ſus ſecretos juycios fuè ſervido privarnos de èl en la ocaſion, neceſſidad, y aprieto, à todos tan notorio, quando mas importaban, ſu aſſiſtencia, inteligencia, y experiencia de todo, como vivamente, y con harta demoſtracion de dolor, y pena me lo ſignificò el P. Provincial Andrès de Rada.*

Fol. 8. pag. 1. Tratando del eſpiritu de ſus platicas, y del libro en que las eſtudiaba, que era el de las eſtampas de Chriſto Señor nueſtro, y contextuacion evangelica del P. Bartholomè Riccio, dice: *Muy bien puedo, y debo yo proponer al P. Pedro de Velaſco por exemplar de los nueſtros, que huvieren de predicar, y platicar; y ſi nó, pregunto yo, por reverencia de Dios, no era guſto, deleyte, y gloria, con util, y provecho juntamente oìrle ſus platicas? Què lenguaje el ſuyo,*

yo, tan puro, casto, y claro! Què proprio, grave, y serio! Nada tenia de lo que se suele llamar humilde, baxo, y ratero; ni tal le aprobaba, ni desseaba su Reverencia en los suyos, como se lo oimos decir en ocasiones competentes; si, como el suyo, que èl nos propondria por exemplar, si su humildad no fuera mas que ordinaria; pero dionos exemplo tal, que sin ser humilde, ni ratero en su estilo, en todo exhalaba humildad evangelica, digna, y propria de un verdadero Jesuita; pues ni las cosas eran vulgares, y ordinarias, sino muy exquisitas, junto con una notable agudeza, agudeza digo, solida, y muy llena de moralidad, y espiritu.

En el mismo fol. pag. 2. Prosiguiendo la missma materia, dice: *En una de las conferencias, y coloquios breves, que en esta ultima enfermedad passaron entre los dos, sin querer, ni pensar, se descubriò, y dibujò assimismo el humilde Padre en esta parte. Ibamos tratando de quan altamente siente, y habla S. Bernardo de la sagrada humanidad de nuestro Sr. Jesu-Christo, y la mucha luz que dà con ello para saberla conocer, apreciar, y amar con todas las fuerzas possibles, y muy llenas de confianza. Dixome pues, â este proposito su Reverencia, tres cosas hallo yo con eminencia en S. Bernardo, con las quales da abasto, entretiene, y sustenta el alma en todas sus tres potencias; porque lo primero, tiene una agudeza notable, con que ceba el entendimiento, como con su proprio pasto, y sustento: lo segundo, acompañala con tal dulzura, piedad, y devocion, que la entraña en la voluntad, y corazon, moviendole, y aficionan-*

nandole â la virtud maravillosamente: lo tercero, informa, enseña, y llena la memoria de saludables documentos, y doctrina moral, de como se ha de practicar lo virtuoso, y evitar lo vicioso, y peligroso; todo esto hallo yo, dixo, en el Santo. De modo, que todas las tres potencias del alma ocupa, entretiene, y llena, sin dexarle ninguna valdía, vaca, ni ociosa. Sin duda, que es assi, que à todo el hombre ocupa, y entretiene este Santo quando se lee. Y â este modo iba dando, y tomando sobre ello por activa, y passiva, como quien se saboreaba en ello. Si en esta descripcion de S. Bernardo se delineò, y describiò assimismo, ô no el P. Pedro de Velasco, diganlo quantos lo oyeron en comun, y en particular, en publico, y en secreto, predicar, y platicar, hablar, y tratar de Dios, de la virtud, de la Religion, y cosas del Cielo. Para quien no era un Cielo el oìrle cosas tan particulares, y de Cielo, que no se vên, ni hallan en los libros, ni en ellos se aprenden? Estudiabalas el devoto Varon, y Padre en otra escuela, y libro mas superior, qual era aquel Christo de molde, ô libro de estampas, sobre los quatro Evangelios, y vida de Christo, que contemplaba, y meditaba.

Fol. 9. pag. 2. y fol. 10. pag. 1. Lamentando la falta, que nos hizo con su muerte: *Lloren pues todos los antiguos, y ancianos de la Provincia, y lloren juntamente con ellos los mozos, y modernos, y lloremos todos la perdida de una columna, y templo, como el P. Pedro de Velasco, que nos derribò la inexorable, y atrevida muerte, prestandole el Cielo mas armas, bombas, y*

ma-

maquinas con que volar esta fortaleza hasta allà, como embidiosa de ella, y porque no la merecimos nosotros para nuestro amparo, abrigo, y defensa; porque de otra suerte, ni la muerte se le atreviera, y quando lo quisiera intentar de suyo, no havia de ser bastante su arco con todas sus flechas para arrebatarnosle de los ojos, y vista, quando nos vêmos, y hallamos con tan pocos tales, que suplan su falta, sigan sus pisadas, imiten sus exemplos, y virtudes, con que edificaba, y admiraba â todos, y son las prendas, y reliquias mas ricas, y preciosas, que nos pudo dejar, y dejò para nuestro consuelo.

Fol. 11. pag. 1. Hablando de la rectitud, zelo, y fortaleza con que defendiò â la Compañia en el pleyto con el Sr. Obispo de la Puebla, dice: *O cosa rara! O caso estupendo, y nunca oído! O argumento de pureza, de conciencia, y alma, y como de un Cielo essempto de peregrinas impressiones! Pongo por testigo, pues, al mismo Cielo, y al mismo Rey de los Cielos, y à quantos reynan con èl, que en todo el tiempo que confessé al P. Pedro de Velasco, no le hallè, ni tuvo jamás de que acusarse en razon del Sr. D. Juan de Palafox, ni de cosa que à su Exc^a. tocase, ni aun oliesse de mil leguas, como si nunca tal D. Juan de Palafox huviera tenido el mundo. Y que esto me passasse con su Reverencia en sus reconciliaciones, que hacia en salud, maravilla es; pero que lo proprio le sucediesse en su ultima enfermedad, y en tantas reconciliaciones, como en ella hizo para morir. Esto me tuvo á mi absorto todos aquellos dias, aguardando yo tambien haver si acaso me*

toca-

tocaba algo, pero ni raſtro, ni ſeña, ni aſſomos de ello, como ſi nunca tal huviera havido, ni paſſado por ſu Reverencia. Mas los que acaſo deſſearen ſaber ſi yo ſe lo preguntè, ò le recordè algo en eſte aſunto, digo: que no tan ſolamente no lo hize, ſino que lo tubiera, y tenia por una necedad muy impertinente, y eſcuſada por mil razones, que dexo à la conſideracion de los que le conocieron, y á los demàs, eſtoy cierto les baſtarà, y quedaràn ſatisfechos, y aun concluſos, ſi en alguno huvieſſe pertinacia, el ſaber como eſtubo tan lejos de paſſarſele por alto por olvidadiſo, ô falto de memoria, y ſentido entero, como moribundo, que le conſervó nueſtro Señor ſu viveza de juycio, haſta las ultimas boqueadas, y que todos aquellos dias eſtando con la candela en la mano, como dicen, y tratando de ſu partida para la otra vida, trataba juntamente, y cuidaba del pleyto, y embiaba à llamar ya â eſte, ya à el otro perſonaje, que venian, y por ellos ſe informaba de lo que iba ſucediendo, y daba ſu Reverencia en eſta atencion ſus direcciones, y advertencias como ſiempre. Luego no fuè falta de memoria tampoco, ni inadvertencia, ni olvido, sí un glorioſo morir en la demanda por cauſa tan juſta, y en defenſa de ſu Religion, y de ſu credito, gloria, y decóro, en nada deſemejante al esforzado Machabeo, y valeroſo Eleazaro.

Fol. 14. pag. 1. *Qual puede haver ſido la cauſa, que ſiendo yo tan liciado de eſtomago, deſtituido de calor natural, y eſpiritus vitales, por la vecindad de un cirro, que como contrapeſa, pende, y tira de èl, por*

lo

lo qual con ocaſiones leviſſimas, y à vezes ſin ninguna ſe deſtiempla deſuerte, y por muchos dias, y aun ſemanas, y meſes, me ſuele ſuceder no cozer, ni retener lo que como con la moderacion, que es notoria, con que me lleva à eſtremo, ò tranze peligroſo de la vida, y por otra parte tengo larga experiencia, que con nada aſſi ſe me ocaſiona eſto, como con el entregarme â libros, y muy en particular quando â eſto ſe junta el trabajo de la pluma, con algun exceſſo de que no pocas vezes he formado eſcrupulo de ello, por lo indiſcreto, y deſmedido, no ſabiendome mortificar en eſta parte, ni irme à la mano con prudencia, y que ſiendo eſto aſſi, trabajando yo eſta obrilla con tal conato, y tomandolo tan â pechos, que es cierta verdad, que por muchos dias continuados, he paſſado con la pluma en la mano, ya premeditando lo que havia de eſcribir, y como lo havia de diſponer, ya eſcribiendo, y diſponiendo lo premeditado, empleando en eſto tres, y quatro horas por la mañana, y otras tantas por la tarde, que viene â ſer quaſi todo el dia, menos en las diſtribuciones preciſas, y de obligacion: ocurriendome en las acciones del Padre tal tropèl de virtudes, y exemplos, que me embarazaba yo miſmo, conſiderando, y contemplando â mi buen Padre el P. Pedro de Velaſco, y â la viveza de afectos, y ponderaciones con que me iban en los alcanzes, y me aguijaban, y aun aguijoneaban como con lanzas de mi propria confuſion, y verguenza, y tal vez tan oprimido, y ſitiado, que caſi deſmayaba de poder ſalir con la empreſſa, y de poderle hallar fin, y cabo, ſegun lo mucho bueno con que â

cada

cada passo me encontraba, y hallaba, y quanto mas hallaba, tanto mas me embebecia con ello, ô por mejor decir, ello mismo me absorvía, y llevaba al amor de tan dulces aguas, olvidado de mi, de mi estomago, y del peligro en que le ponia, hasta que bolviendo sobre mi, y reparando en lo que havia trabajado, y trabajaba, dixe entre mi mismo, què es esto? Donde está mi estomago? Como se ha olvidado de sus mañas haviendole yo dado tanta ocasion? Manhu, quid est hoc? *Algunas debilidades si sentia, y experimentaba â ratos, y creo me salian â la cara, segun lo que me decian algunos, y me preguntaban; pero vileza, ni bajeza de essas otras, ni memoria: como si me huvieran trocado el estomago por otro de bronze, tan solamente sentia acà en mi alma una admiracion en el trabajo, y en las cosas que trabajaba, y una admiracion tal, que sus desvelos me eran un dulce, y sabroso sueño, supliendo la falta del que esta me arrebataba, y yo havia menester para sustentar mi corta salud, y fuerzas. Y assi digo, que si no es, que esta misma admiracion me sirviesse como de conforte, y pictima, yo no se á lo que me lo atribuía.*

Fol. 17. pag. 2. Ponderando la imitacion, que procuró siempre de la vida de Christo Señor nuestro, dice con la metafora de piedra: *Consideremos siquiera por un rato aquella piedra celestial de nuestro Pedro, engastada ya en lo mejor de aquella fabrica de los Palacios del Cielo, piedra de las mas quadradas de aquella plaza, y edificio quadrado, que se labraron en nuestro siglo, ni en el passado, en la cantera de este mi-*

sera-

ferable mundo, en donde se viò tambien martillada, y golpeada, y que no perdona golpes suyos, ni diò lugar à que ninguno fuesse golpe en vano, y en el aire, sino que todos los fuè logrando, y en esso solo tubò siempre puesta la mira, y los ojos, en no perder golpe, mi martillada, que no labrase en sì perfecciones de un Varon perfecto, justo, y santo.

Mas porque en todo el discurso de su obra và hablando el P. Domingo de Alburquerque, con la ponderacion, y gravedad, que en lo ya referido, y no hay elogio con que acabe de explicar la santidad del P. Pedro de Velasco, llamandole corona de Jesvs, gloria de su Compañia, ilustre exemplar de esta Provincia Mexicana, escudo de la virtud, y digno por sus talentos, capacidad, y prendas, de ser General de la Compañia, con otros insignes significativos de su mucha perfeccion, concluyo por no dilatarme mas, que no tan facilmente pudiera abreviarse á pequeño volumen lo mucho que dejo omitido; porque ni la distancia de Missiones, y demás Colegios me han dado lugar á la plena averiguacion, ni es menester mas para dar á nuestro Señor la gloria, que todos debemos, por manifestarse en todos siglos admirable en sus Siervos, y con la Compañia de Jesvs mi eximia Madre, tan singularmente propicio, dandole en todos tiempos tales Hijos, que sean precioso esmalte de su gloriosa corona.

Y vos Venerable Padre mio Pedro de Velasco, cuya doctrina, y espiritu, no solo me informaron en

las primeras luzes de la Religion, ſino que con la perſonal aſſiſtencia al glorioſo aliento con que venciſte tantas tribulaciones en defenſa de la Compañia de Jesvs, me enſeñaſte ſer la manſedumbre evangelica inflegible, y el zelo de la honra de Dios, martillo indoblegable, que labran las coronas de perfeccion, con que piadoſamente creo triunfas en la Bienaventuranza; pues ſabeis, que el fin de eſte pequeño trabajo ha ſido la mayor gloria de Dios en la noticia de las mercedes, y gracia con que adornò vueſtra puriſſima alma, ſolicitad de la Divina Mageſtad, á quien tan zeloſamente ſerviſtes en eſta vida, que como me han traido á los ojos vueſtros heroycos exemplos para referirlos, me dè ſu favor, eſpiritu, y gracia para imitarlos. Amen.

EN conformidad del Decreto de N. M. S. P. Urbano VIII, (de feliz recordacion) protexto, y digo, que en todo lo que en la Vida, y heroycas virtudes del Ven. P. Pedro de Velaſco, que tengo aqui eſcrito, no es mi intento, ni pretendo mas indubitable fee, que la que en lo humano ſe debe á las depoſiciones, y dichos de Varones de verdad, religion, y conciencia, ſugetandome en todo â la correccion de mis Superiores, y de Nrá Sta. Madre Igleſia, Catholica, Romana, &c.

✠ IHS

Franciſco Xavier Faria.

